Mundo Argentino

20 centavos en toda la República

Año XXV - Nº 1293
OCTUBRE 30 de 1935



"EN EL TIMON"
Por
McClelland Barclay

FRANCES DRA

que interpreta con sobresaliente temperamento uno de los papeles más dramáticos de "Los miserables".



NUESTRO PROXIMO NUMERO

SUMARIO:

Novelas y Cuentos

MISERIA DE GALA. El protagonista de este cuento de **H. J. Gerona** es un poeta; "el poeta de la miseria", como lo llaman todos, por su tendencia a cantarla, proclamándose una de sus víctimas; pero ocurre que sus poemas, que arrastran y conmueven, los escribe después de una opípara comida o de una noche de placeres, o antes de recogerse en el mullido lecho. Y esta farsa con la que engaña a su público, le trae, como lógica consecuencia, el castigo, encarnado en una mujer que pudo labrar su felicidad de ser, efectivamente, un poeta miserable.

PALABRA DE HOMBRE, cuento, por **Juan José Cornaglia.** El pequeño protagonista de este relato criollo ha desdeñado sus estudios primarios por el trabajo, pero éste no le depara ninguna felicidad, sino más bien desdén por la vida, y cambia de colocación, para ser lo mismo: una pequeña bestia de trabajo; pero ahora con el aliciente de una promesa, ¡una promesa que, de cumplirse, cambiará su vida en adelante!

EL OJO DE OSIRIS, por **Jack Hulick,** es un cuento de intriga en el que el protagonista, que ha comprado una valiosa esmeralda a un ex virrey de Egipto, logra ingeniosamente zafarse del acecho de dos timadores que pretenden, en un hotel del Cairo, substituir la preciosa piedra por un vidrio similar.

¡POBRE LUCIANO! Horacio Nani hace en este cuento humorístico la psicología de un sujeto a quien podría llamársele con justicia "el parásito de la familia". Y, en efecto, lo es, porque explota los sentimientos de sus hermanas para pasarlo mejor. Durante el curso del cuento el lector asiste a una de las tantas farsas creadas por el protagonista, farsa que se resuelve con su derrota.

Artículos y Notas

UNA NUEVA CORRESPONDENCIA de nuestro ameno y veraz corresponsal en Africa Oriental, **Elías Badián.**

LA NUEVA PELICULA DE CARLITOS CHAPLIN es una burla al maquinismo moderno, por **Santiago de Luna.**

EL DESAFIO TRAGICO DE DAWIS A MEPHISTO en el Buckingham Palace, por **Luis Alberto Reilly.**



Mundo Argentino

SEMANARIO
ILUSTRADO

FUNDADOR: ALBERTO M. HAYNES

APARECE LOS MIÉRCOLES

Buenos Aires, 30 de Octubre de 1935

COSAS DEL MOMENTO

UNA COMISION PARLAMENTARIA INVESTIGA EL PRESUPUESTO DE LAS DEPENDENCIAS AUTONOMAS. — Dependencias autónomas son las Obras Sanitarias, Yacimientos Petrolíferos, Dirección Nacional de Vialidad, etc. Cada una administra sus fondos, tira por su lado. En algunas hay empleos que son verdaderas canonjías, y que originan situaciones de flagrante injusticia. ¡Ojalá se consiguiera coordinar el presupuesto de la administración nacional! Porque no existe ninguna razón para que haya situaciones de privilegio entre empleados que están al servicio del Estado.

●

LA POLICIA EN ALGUNAS PROVINCIAS NO ES MALA. ES PEOR. — Como un cuento al caso, ahí va una prueba. Venía operando en Corrientes una banda de ladrones, y resulta que los jefes de la banda cenaban en un restaurant local, con el segundo jefe de investigaciones y dos auxiliares, que, por supuesto, han sido suspendidos en sus cargos. Por algo quedan impunes tantos delitos.

●

Y OTROS SE DESCUBREN, COMO EL ASALTO AL BANCO DE SANTA CRUZ. — Es sorprendente que los autores fueran vecinos, y que nadie sospechara de ellos. Y, por fin, que el mejor sabueso haya sido el propio gerente del establecimiento asaltado. Es y no es sorprendente, porque los policías en los Territorios Nacionales ¿qué competencia tienen?... Son empleos escasamente rentados, de mucho peligro, y que la mayoría de las veces se otorgan a personas que a falta de otra cosa mejor, se resignan a desempeñarlos. Ahí está lo malo. Porque hay que entender de una vez por todas que la función policial es una función eminentemente técnica.

●

DE FALLAS CAPITALES ADOLECE LA ELECCION QUE SE REALIZARA EL DOMINGO EN BUENOS AIRES. — Los partidos que no son situacionistas han sido estorbados en su propaganda, y en determinados casos hasta se les ha hostilizado visiblemente; los fiscales se han visto impedidos de custodiar las urnas, según ha sido de práctica al amparo de la ley Sáenz Peña, y, finalmente, se descuenta desde ya el resultado de los comicios, y hasta la diferencia de sufragios que asegurará la victoria del partido oficial.

●

POCA AGUA QUE CAIGA ES SUFICIENTE PARA INUNDAR CIERTOS BARRIOS, lo mismo en Buenos Aires que en las ciudades del interior. Eso acontece porque en materia de desagües las obras ejecutadas son todavía muy deficientes. Las municipalidades, por lo general, desdeñan estas cosas prácticas. Prefieren transformar las plazas y los parques existentes. Donde hay árboles los sacan y donde no hay, los plantan. O levantan los afirmados todavía en buen uso para hacerlos de nuevo, en lugar de llevarlos adonde hacen falta.

●

HAY UNA DIRECCION DE NIVELES Y CALZADAS — viene al caso — encargada de dar el nivel para las casas que se construyen. Pero acontece que con posterioridad pasa el adoquinado, y el primitivo nivel no sirve. Las casas quedan arriba o debajo de éste. Lo providencial es que coincidan. ¿Cómo no se corrige esta anarquía que ocasiona tantos perjuicios a los particulares? Es un servicio que el vecindario paga, y al que tiene derecho.

●

OTRO SERVICIO QUE LOS VECINDARIOS PAGAN ES EL BARRIDO Y LIMPIEZA. Sólo que en Buenos Aires, como en Rosario o en Córdoba, el servicio se cumple en las importantes avenidas, en las calles de los barrios lujosos, donde viven los vecinos influyentes. Los demás, ¡que aguanten! En los barrios pobres — que son los más necesitados, por razones de tráfico — las barredoras aparecen una vez cada ocho días. Y gracias.

●

ACTIVAR LA PROPAGANDA ENCAMINADA A FAVORECER EL CONSUMO DE CARNE, es el camino emprendido por la Junta para resolver el problema ganadero. Hay 32 millones de vacunos en el país, y 44 millones de lanares para una población de 12 millones de habitantes. Para que estos 12 millones sean consumidores hace falta primero abaratar la carne, y segundo distribuirla racionalmente de modo que llegue a todos los extremos del territorio. Porque hay extensas zonas donde la carne es un lujo.

●

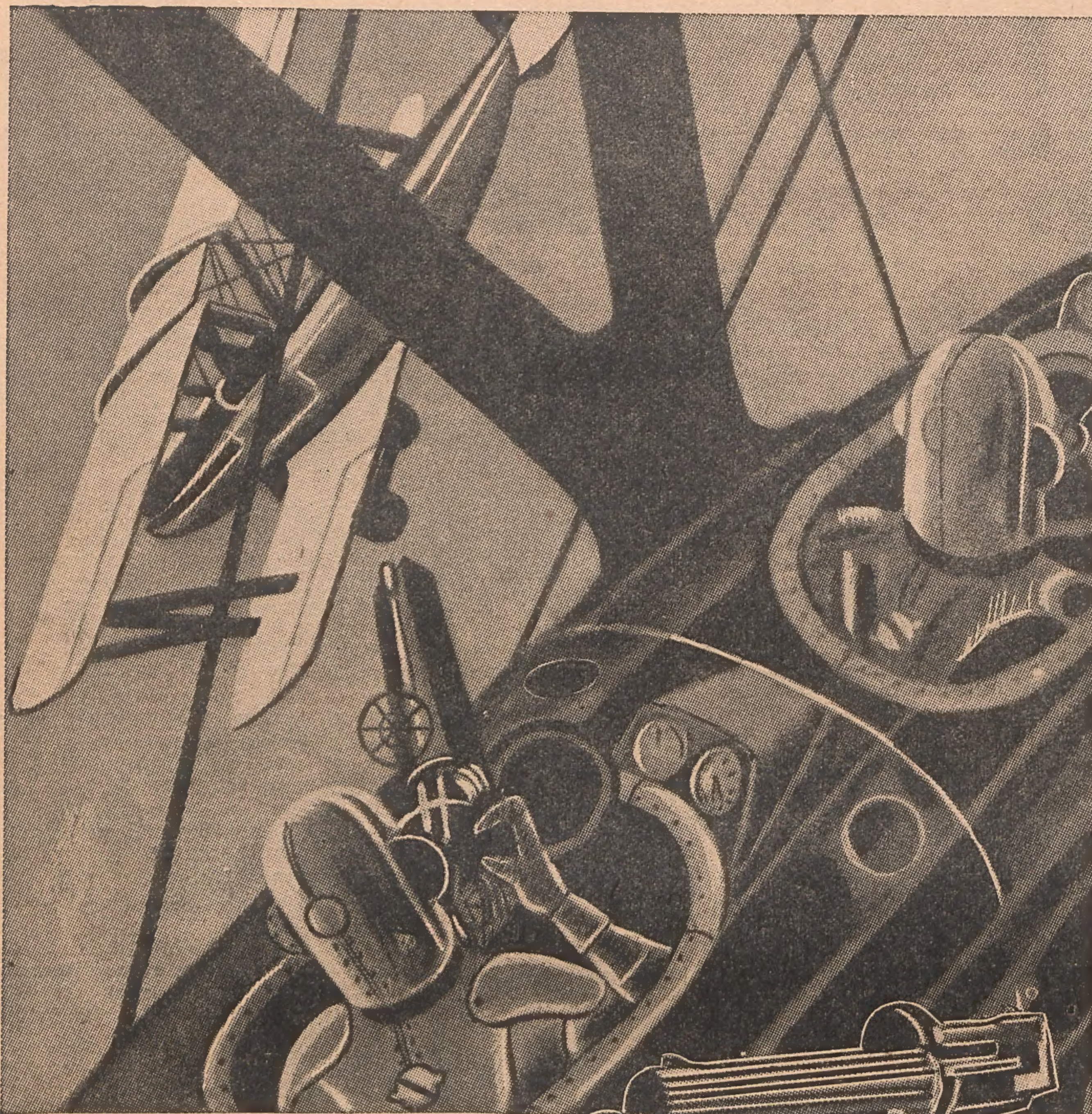
EN SEIS MESES EL COSTO DE LA VIDA HA AUMENTADO ENTRE UN 25 Y UN 30 POR CIENTO según el testimonio de un concejal. Se sabe así que en el mercado de patatas están entronizados los especuladores; que mientras se pretende que el pueblo consuma más manteca, ésta aumenta artificialmente de precio, como los huevos, acaparados en las cámaras frigoríficas, a la espera de la escasez que los valorice. Es claro que nada de todo esto se resolverá con interpelaciones al Departamento Ejecutivo Municipal.

VOTO SECRETO — Por TATO



Votante. — Pero ese sobre ya está cerrado...
Presidente de mesa. — Y... claro.
Votante. — Sí, pero yo tengo que saber por quién voto.
Presidente. — ¿Ah, sí? ¿No has leído la ley? ¿No sabés que el voto es secreto?

La GUERRA FUTURA será hecha



Un avión, conducido por un piloto mecánico y cargado de bombas, se convierte en un proyectil alado con enorme poder destructivo.

NADIE ignora que actualmente se hacen volar aeroplanos sin piloto por medio de aparatos de radio que hacen accionar los controles desde una estación en tierra con una exactitud sorprendente. No hace mucho los telegramas en los periódicos consignaban la noticia del ensayo efectuado por las Reales Fuerzas Aéreas de la Gran Bretaña en el aeródromo de Farnborough, Inglaterra. En ese ensayo, una aeronave, "The Queen Been", hizo evoluciones complicadas dirigida exclusivamente desde tierra por un aparato inalámbrico en manos de un oficial. Ascenso, descenso, viajes a derecha e izquierda, y todo el funcionamiento de la máquina obedecía a la presión de sus dedos sobre las llaves correspondientes en la caja de control. No solamente el vuelo era automático, sino que también llevaba el avión una ametralladora que funcionaba a voluntad de su lejano conductor.

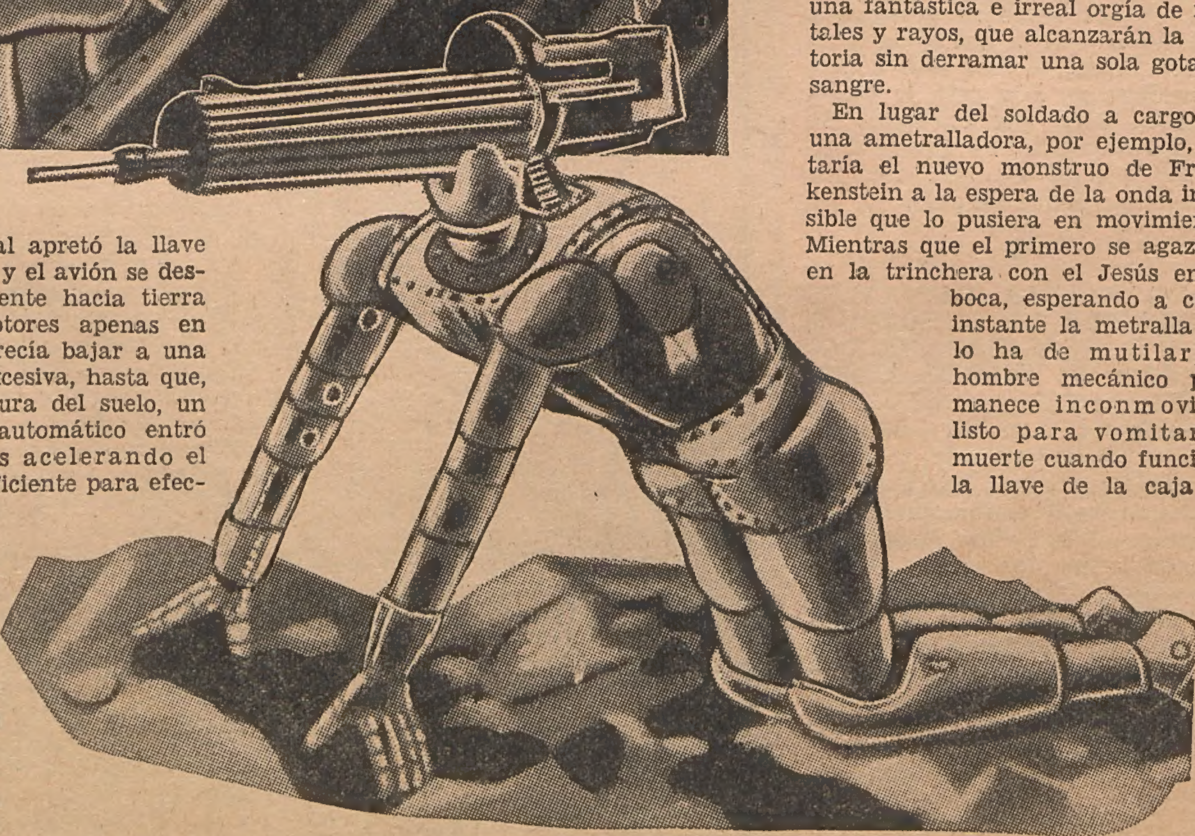
El momento más crítico del experimento fué el aterrizaje, operación que requiere la mayor pericia de parte del piloto de cualquier aeroplano. El oficial apretó la llave de "planeo" y el avión se deslizó suavemente hacia tierra con los motores apenas en marcha. Parecía bajar a una velocidad excesiva, hasta que, a cierta altura del suelo, un dispositivo automático entró en funciones acelerando el motor lo suficiente para efectuar un aterrizaje feliz. Después de este histórico ensayo, se han construído por lo menos quince aviones del mismo tipo, los que pueden ser lanzados desde la cubierta de un barco mediante las conocidas catapultas, como también remontarse en tierra firme por sus propios medios. Tienen un radio de acción de cerca de veinte kilómetros, pero se prevé que este radio puede ser extendido indefinidamente aumentando la potencia de los aparatos utilizados.

Un avión de esta especie, cargado de bombas, se convierte en un proyectil alado con suficiente poder destructivo para aniquilar poblaciones enteras. Pero no es este el aspecto más inquietante de la aplicación del nuevo invento. Si se ha llegado a manejar con semejante facilidad el complicado mecanismo de un ave mecánica, consiguiendo realizar maniobras que requieren suma habilidad en un piloto de carne y hueso, es presumible que, con el tiempo, se perfeccionarán máquinas capaces de efectuar trabajos determinados con mayor precisión que el propio ser humano.

El cerebro de un solo hombre, al hacer accionar las llaves de una caja de control, podrá animar a un sinnúmero de aparatos semejantes a sí mismo, dotados de un poder mortífero extraordinario, y contra los cuales resultaría casi imposible luchar.

Contra estos soldados de acero habrá que oponer otros soldados automáticos, de igual modo que contra los tanques sin conductor sólo conviene mandar otros tanques de la misma naturaleza. Si a los aviones sin piloto, a los tanques sin conductor y los barcos sin navegantes — todos ellos ya ensayados con pleno éxito — se agregan los ejércitos sin hombres, las guerras futuras serán una fantástica e irreal orgía de metales y rayos, que alcanzarán la victoria sin derramar una sola gota de sangre.

En lugar del soldado a cargo de una ametralladora, por ejemplo, estaría el nuevo monstruo de Frankenstein a la espera de la onda invisible que lo pusiera en movimiento. Mientras que el primero se agazapa en la trinchera con el Jesús en la boca, esperando a cada instante la metralla que lo ha de mutilar, el hombre mecánico permanece inconmovible, listo para vomitar la muerte cuando funciona la llave de la caja de



En lugar del soldado a cargo de una ametralladora, estaría el nuevo monstruo de Frankenstein a la espera de la onda invisible que lo pusiera en movimiento.

por HOMBRES MECANICOS

POR
TOMAS CHAKAY

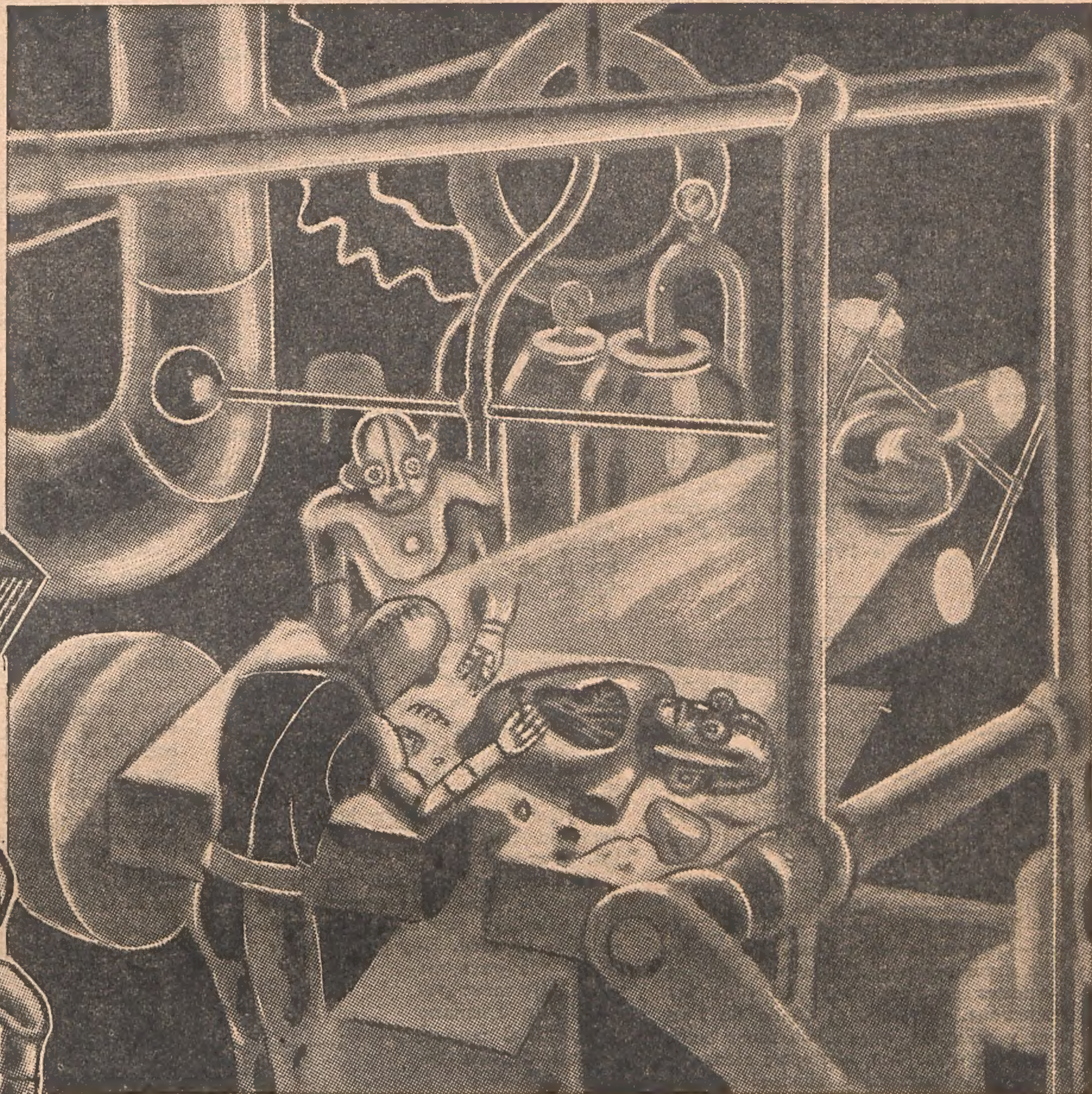
control, que bien puede estar a una gran distancia. El órgano más importante del soldado, sin el cual sus manos resultarían inútiles, es el de la vista. El combatiente de acero, en cambio, tendría por cabeza una ametralladora, y sus ojos serían los de un observador que se hallaría al abrigo del peligro y que, mediante la televisión, puede dirigir el fuego con una certeza casi sobrenatural.

Durante la gran guerra se consideraba la misión del patrullero como la más sacrificada de todas, por el constante peligro de muerte que se corría. En el porvenir ya no será preciso exponer la vida de los jóvenes a tan crueles suplicios. Sobre las posiciones enemigas volará un terrible muñeco, con aparatos fotográficos ultrasensibles y registradores de sonido, que mediante la radio y la televisión dará a conocer en el instante lo que ocurre en el campo contrario.

Además, las bajas en ese ejército monstruoso serían mucho menores. Un soldado herido es una pérdida irreparable en la mayoría de los casos; no así la máquina que lo reemplazará. La destrucción de cualquier parte del organismo articulado de esta última, sólo implica un viaje al taller de reparaciones. Con unas cuantas piezas de repuesto todo queda subsanado. Estas mismas reparaciones, que en el campo de batalla podrían ser peligrosas para el mecánico, como lo comprueba la gran mortandad de médicos en los hospitales de sangre durante la guerra mundial, podrían ser efectuadas por especialistas automáticos, al menos para los trabajos simples, obviando la necesidad de arriesgar una sola vida en el curso de las operaciones militares.

Un aspecto previsible del uso de aviones como el que fué ensayado en Farnborough, lo constituyen los combates aéreos en la estratósfera, donde la rarificación del aire dificulta la acción del hombre. A esas alturas, en aviones especialmente construídos, las luchas aéreas adquirirán una violencia y velocidad insospechadas, y las poderosas máquinas manejadas desde algún cómodo local terrestre, se destruirán recíprocamente como en una angustiosa pesadilla para conquistar el predominio del aire. Con los vuelos en la estratósfera una flota asesina, sin sangre ni entrañas, podrá caer de improviso sobre las ciudades al otro lado del planeta en sólo dos o tres horas, y reducirlas a escombros.

Hasta en los hospitales podría llegar el momento en que los médicos fueran reemplazados, para cumplir cuando menos las tareas mecánicas de investigación en los laboratorios.



La más intrépida fantasía palidece ante este proyecto de radio para banda militar con veinticinco lámparas.

He ahí una de las nefastas consecuencias del perfeccionamiento mecánico aplicado a la guerra. Porque si bien es cierto que los soldados en las guerras futuras podrán ser meras máquinas que se destrozan las unas a las otras, sin causar sufrimiento a los seres humanos, ¡cuál no será la terrible carnicería cuando un ejército vencedor, como una falange de criaturas infernales, dirija su poder mortífero contra los hombres, manejados por algún ser insensible y cruel animado por una ambición insaciable de dominios!...

Las más asombrosas creaciones de la fantasía palidecen ante esta posibilidad de convertir a la máquina en verdugo del hombre, en un verdugo implacable más desalmado que cualquier extraña criatura que pudiera llegarnos de otro planeta para exterminar la raza humana.

Al paso que lleva el progreso científico aplicado a la destrucción, no se halla muy lejano el día en que la tiranía de la máquina dejará de ser una figura retórica aplicada solamente a la industria, para convertirse en una realidad macabra, cuyas consecuencias podrán ser tan espantosas como incalculables.

Se da la posibilidad de que un pequeño país, intensamente industrial, pueda fabricarse un ejército en series cuyo empuje sería prácticamente irresistible, ya que ni los gases mortíferos ni los lanzallamas podrán afectarlo. Puede uno imaginarse un avance arrollador de máquinas que responden con mayor perfección que el hombre mismo a la voluntad del estratega que los dirige desde un local subterráneo invulnerable a los ataques del enemigo. El ojo eléctrico, la radio y los rayos mortíferos, puestos a la disposición de una voluntad brutal, sólo podrán ser contrarrestados por idénticos medios; de modo que el factor hombre en los tiempos futuros se reducirá al cerebro de los sabios constructores y estrategas. Siempre que el hombre de carne y hueso no se levante contra esa nueva tiranía recordando el precepto cristiano: "Amaos los unos a los otros."

Por fin he aquí a un vigilante mecánico provisto de una cámara cinematográfica con registro para sonidos.

En este cuento su autor describe el drama hondo, humano, del artista que sufre un desengaño de amor, precisamente de la mujer que más esperaba, y en la que confía aún, por ser la madre de su hijito. Pero esa mujer, dura de corazón, en quien los sentimientos maternales jamás habían palpitado, en la hora de la prueba destruye la última ilusión del artista y con ella, su gloria.



El CRISOL ROTO

La magnífica inmensidad agreste que le rodeaba constituía la realización de un sueño largamente acariciado. Su afán de paz y de amor se completaba en la serenidad que irradia cuando nace el día y se enponcha cuando declina.

—De todos modos — juramentóse a sí mismo según marchaba reconociendo riscales y praderas, — haré más fuerte a mi voluntad, y de esta bendita quietud no saldré sino muerto.

Andaba en ese tiempo Leoncio Hamilton empecinado en sacar de entre sus hábiles dedos de artista, una cabeza de Cristo que superase a las imágenes conocidas, por la expresiva intención de las líneas en divino gesto de bondad, en el simbolismo de la suprema misericordia.

Cuando Leoncio Hamilton llegó a la finca quiso conocer a sus más remotos confines, entenderla en los amaneceres y en las tórridas siestas, en las noches inefables del misterio susurrante en que se envuelve la selva, y en los grises días de borrasca.

Solo, señor en un gran predio, cedido por la munifiente admiración de una vieja ricachona, Leoncio domaba las formas y procuraba darles fibras de vida, hálitos de gracia, contornos animosos. Trabajaba sin horario, repartiendo la tarea con los goces del paseo a caballo y a pie, siempre cerca de Arnaldo, su pequeño hijo que se criaba sin conocer los delicados afanes maternos. Pese a la poca edad, formulaba preguntas desgarrantes para aquel padre que sangraba dolor.

—Eres muy pequeños para esas cosas — respondía el artista. — Caminemos a ver campos. Busquemos bichitos hermosos en los pedruscales de las quebradas. Miremos el fondo de los ríos y acequias, que deben tener bellísimos secretos. Ven, hijito, no pienses...

En la fulgurante y abismal mirada de aquel niño de cinco años accionaba la impresión de un prematuro y misterioso pesar, nostalgia que se dibujaba con extraordinaria hondura en la tristeza de un mohín.

Según adelantaba el modelado del Cristo, se acercaba la necesidad imperativa de substraerse a las continuas escenas de aquel drama mudo. El escultor, comprendiendo la necesidad de dar cabo a la obra, pensó en alejarse guardando una cercanía, de modo que aquella paradojal resolución determinóle a instalar un taller al pie de la colina que a menos de doscientos metros veíase desde la casa.

Era un paraje magnífico por la severa quietud que lo rodeaba. En lo alto, el cresterío cerril de piedras, proyectaba cornisas de raro perfil. A los pies, la vertiente de la acequia, al pasar, musicalizaba canciones evocativas. Hamilton pudo allí acelerar sus trabajos, mientras al niño educaban y llenaban de ternezas los recién venidos cuidadores de la finca.

Eran éstos un hombre viejo de años pero sonriente de alma, y su hija, una mujer entristecida en el primer encuentro con la desdicha. Guardaban la buena ley del trato, eran unidos por comprensión y por costumbre de afrontar los zamarreos de la existencia. De modo que sabían bien el valor de aquella ternura para el niño, y el respeto hacia el hombre que parecía haber puesto candado en el arcón de sus pesares y pensamientos. Almas castigadas por las adversidades, entendían el deber de creerse felices.

Por fin la hermosa cabeza del Cristo fué viva expresión de piedad. Leoncio Hamilton la contemplaba satisfecho de su logro. A veces inquiría al niño:

—¿Te gusta?... ¿Le ves cómo te mira?... ¿Te dice algo, hijo mío?...

—La Elena — decía el niño señalando a su guardadora — me enseña que tata Dios me dice que mamita no es mala...

—Tiene razón. Es que está enferma. Vendrá cuando el Señor la sane...

Padre e hijo se unían en un abrazo, y desde sus rostros pendía un rosario de lágrimas. En seguida, el íntimo sentimiento devocional de los nobles testigos dictaba una plegaria por la suerte de "aquella que así olvidó al hijo".

¿Historia de amor? Sí, muy larga y penosa. Nadie la había contado en la finca, pero se conocía. Las palabras entrecortadas y aparentemente anacrónicas de los niños describen mejor que las explicaciones, ciertos secretos del corazón.

—¡Qué madre!... Un hombre como éste, un hijo tan rico, unas personas tan interesantes.

—¡Calla! — objetaba su padre a Elena. — Que no comprenda nunca este caballero que nosotros estamos al cabo de su vida. Hay que hacerse cargo de que para mí es un hijo más; para ti, un hermano mayor. Y el nene, el encanto de una familia.

Todos adoraban al pequeño Arnaldo. En las horas crepusculares tomábale su padre el deletreo de la cartilla; le daba explicaciones fáciles acerca de cualquier tema promovido por la curiosidad del chicuelo, y luego, le acercaba a la imagen del Señor. Sabía el niño pedir por "su papá; por los compañeros de la casa, y, cuando se lo sugería una mirada, por la mamita que está enferma".

El enorme esfuerzo de la voluntad por hacerse feliz agotaba visiblemente la gallardía de Hamilton, que pisaba ya con creces la línea de la madurez. Raramente podía dormir mucho tiempo. Casi todas las noches oía el tránsito de las horas, y abandonaba el lecho para salir por las galerías coloniales de la casona, echar una mirada hacia los cerros, descorrer la negrura nocturna, espiar los latidos de la naturaleza como si en sus venas palpitase un tic tac precursor de algún acontecimiento supremo.

El niño, que no quería dormir sino cerca de su papá, se despertaba. Un raro estremecimiento espiritual debía volverle del ensueño, y abandonando a saltitos la cama, salía llamándole hasta obligarle a volver al descanso.

No pocas veces, mientras Arnaldo no quitaba la mirada del rostro paterno, interrogaba:

—¿Estás llorando, papá?

—¡No, hijo mío...; es que la luz me daña los ojos...

—¡Ah! Ven. Duérmete conmigo.

Así les encontraban casi siempre sus cuidadores que, consecuentes con el pedido de la noche anterior, acudían para llamar al artista. Así, escena tras escena, dolor demostrado y angustia observada, sobrevino el ánimo confidencial de aquellas personas que compartían el techo, la mesa, el aire, la luz y la ansiedad. La hosca soledad de las noches invernales, inspirando más hondura en la humana solidaridad, hizo, poco a poco, relato tras relato, el hilván completo de aquella historia.

—¿Qué le parecería a usted, señor, si yo, como mujer, buscase a esa madre — observó Elena — y le dijese...?

—¡Gracias, Elena — repuso con severa dulzura Hamilton. — No soy orgulloso, pero quiero conducirme con dignidad. Nada la conmovería. Su espíritu carece de la sensibilidad necesaria para interpretar el grande y hermoso papel que le deparaba el destino. Lo ha rehuído. Dejarla. El niño, a quien trato de enseñar el bien, será el que deba saber de su madre. Yo estoy cadáver para ella...

—No lo parece, señor. Su empeño por sacarla en el bronce, dice algo más de lo que usted asegura.

—Me ocurre un extraño fenómeno. Supondrán ustedes que no siendo ya ni un adolescente ni un joven, he vivido lo bastante para conocer el mundo, sobrellevar los contratiempos, ladear las intenciones y procurarme la tranquilidad. Sin embargo en estas circunstancias fracaso. Mi decisión es fuerte, terminante. Pero las fuerzas secretas del sentimiento hacen, contra mi deseo, que su imagen me siga, su voz encarne en el eco de las brisas, sus ojos enciendan de estrellas la densidad nocturna, su cántico divino se musicalice en las cuchillas donde siempre oigo quejidos del viento, su ser me sobrecoge y penetra sin buscarla, queriendo alejar el recuerdo, ansiando la sabiduría del odio para hundirla en el olvido. Y no valen mi decisión ni mi carácter. Libro perennemente la batalla del sentimiento y la razón. Quiero asquear su sombra pensando que no me ama, que sus ilusos afanes aletean en torno a otro ser, pero nada la esfuma. Prevalecería, por fin, si en todo la pudiera vencer, en las pupilas de ese hijo que tan cerca nuestro está durmiendo, quizá engolfado en esos sueños rutilantes que hacen felices a los niños.

—Mucho más revela su amor por conseguir de ella esa imagen pura y perfecta.

—Quisiera lograrla, no por mi egoís-

Ilustró

NOVELA CORTA

Por SANTIAGO FUSTER CASTRESOY



—¡Momentos tengo en que destrozaría la forma y rompería el crisol en que quiero fundir esa cabeza!...

mo de artista, sino por su hijo. Que, al menos cuando crezca y no la vea, pueda posar en su mejor imagen una parte de esa dulcedumbre que ahora ponen sus ojos en los míos... ¡Pobrecito! ¡Momentos tengo en que destrozaría la forma y rompería el crisol en que quiero fundir esa cabeza!...

—Malos presagios serían — arguyó el padre de Elena — romper ese vientre donde va a fundirse el metal para que su genio le dé una nueva vida, señor Hamilton.

—A pesar de eso, padre — arguyó Elena, como inspirada repentinamente, — podría ocurrir que si destruye el crisol, sobreviniese como un sortilegio en las decisiones del señor Hamilton... Hay contratiempos que se tornan ventajas...

Era Leoncio Hamilton todo un experto en su arte y en las diversas maneras de esculpir, domeñar la piedra, hermosear el mármol, humanizar la madera, hacer los crisoles para convertir el bronce en hirviente sangre de estatuas y transformar la materia tosca en gesto y vida como un creador. La feliz terminación de la cabeza de Jesús contentaba su recóndito amor de esteta, pero su deseo de forma se prolongaba buscando un hallazgo de menos unción, más parecido a los anhelos humanos. Ya no era una lucha puramente de artista. Era toda la sensibilidad de un hombre que poseía muchas facetas espirituales y éstas, como cristales prismáticos puestos en un faro lejano, expandían sobre el panorama de sus ansiedades una inmensa y extraña irisación de luces y reflejos.

Por mucho que el artista quisiera preservarse de la notoriedad, no pudo cerrar los pasos de la finca a la curiosidad de las gentes. El desierto tiene ocultos mensajeros que propalan cuanto en él ocurre. Seres de todo trance y catadura venían a ver el Cristo. Llegaron personas influyentes, caudillos, afincados, clérigos, personajes de pro. Un oleaje de notoriedad y admiración envolvió a Leoncio Hamilton. Mil argumentos y gestiones apoyaron la determinación de que la obra fuese a manos del Cabildo Metropolitano para dársele el destino debido.

El traslado motivó ceremonias poco usuales, y el escultor se las vió negras para eludir su viaje que, a juicio de aquellos señores era imprescindible, ya que el trabajo iba a promover un acontecimiento no frecuente, y con justo mérito debía recoger su autor los honores de la jornada. Pudo más su voluntad que la gloria. Esta era para Hamilton una huéspeda inoportuna que en vez de laureles mostraba duras y ásperas espinas que iban a clavársele en el corazón. Prefirió la soledad y mandó a sus cuidadores que lo representaran. Para él y su hijo, encontró quienes, por unas semanas, les atendiesen gustosamente. Aquella partida llenó de fiesta los campos, porque los sencillos serranos procesionaron al Cristo hasta que, muchas leguas más allá, lo dejaron en el tren.

Elena, ya en la capital, envió a su padre con los señores que llevaban el busto. Ella, impulsada por un afán imperativo, fuése ante Laura Senavilla, la madre de Arnaldito, para conocerla y completar su juicio sobre una situación que le parecía contradictoria con sus arraigados sentimientos de feminidad.

Las dos almas se encontraron. Distintos conceptos, diferentes modos de ver: empero, ese diablillo tan sutil que aviene a dos confidentes por contradictorios que se sientan, las acercó a la verdad insensiblemente.

—Por lo que veo — decía Laura, — usted ama a Leoncio. Al menos hay algo de interés que...

—No he pensado en la calidad de ese interés — contestó Elena. — Me ha conmovido el rostro angustioso de ese padre cuando contempla al hijo, evocando, sin duda, la figura de su madre. Ahora que la conozco a usted, lo comprendo. Son sus ojos, su tez, su perfil, unidas en el marco del rostro paterno.

La otra no contestaba. Oía con cierto aire de estupor, enigmática reconcentración que no dejaba fluir el más leve rasgo de inteligencia ni de emoción.

Elena pensaba: "¿Quizá esta mujer sea una insensible?" Y llevó recia carga, diciéndole:

—Yo no vengo mandada. Un secreto instinto de mujer que ha sufrido me hizo pensar que tal vez un error, un impulso sin trascendencia, un exceso de orgullo privan a ese niño del natural cariño materno. ¡Es tan rico y tan inteligente!... Si ahora usted lo viese, no se alejaría más de ellos...

—Puede ser...; no sabría decirle...

—¿No ama usted a su hijo?

—Sí. Estoy acostumbrada a su ausencia.

—¿Acaso nunca supo usted lo que vale un hombre como Hamilton?

—Lo comprendo, pero...

—¡Hable, por favor!... ¿Qué encierra esa salvedad?

—¡Nunca le amé!... Vi en él un gran amigo, una estimación, un agradable compañero...

—¿Es que usted no ha meditado bien?

—¿Le parece?... He pensado...

—Entonces usted ama a otro hombre... — Fué tan pujante la curiosidad de Elena, que Laura, por muy reservada que se condujo, no pudo evitar la sagacidad de su visitante. — Comprendo, señora, que si usted no se casó con el padre de su hijo, hubo algún intruso en su corazón. Y perdóneme. Yo creo que quien se interpone entre dos seres unidos por cualquier vínculo, es un intruso.

—En este caso, señorita — observó Laura, — usted pecaría...

—Si usted y Hamilton estuviesen unidos, o a usted le interesase, no cabe duda de que mi conducta sería tan ruin como la de esos hombres que, conociendo los deberes de las madres, no reparan en alejarlas de su noble misión, llenando sus ingenuos oídos con palabras de un amor que por más que se regularice algún día, será el puñal que llevará continuamente el corazón del hijo. A veces el arma hiere a otros que no tienen culpa. Las mujeres, amiga mía, no podemos claudicar sin esperar el encuentro de nuestros errores.

—El corazón no se manda — dijo Laura.

—Pero se regula. En esa virtud reside el valor de las mujeres. Nos debemos a nuestros pecados, aunque se quiera libertarnos de algo que nace en nuestra propia calidad. Solamente nos justificaría la imperiosa necesidad de huir de un malvado, de un monstruo, de un miserable. ¿Ha medido usted las condiciones de Leoncio Hamilton? ¿Ha comparado con el que puede inquietarla hoy por hoy?... Si usted fuera lo suficientemente fuerte, vendría a la estancia sin que él lo supiera. Le vería embebecido en su culto, en su recuerdo, en su amor que le hace trabajar para obtener en la estatua todas estas expresiones de su rostro, de sus ojos, de su espíritu. Muchas veces, completamente absorto en su afán, le oí hablar a la arcilla como tratando de encontrar en su contextura una forma de poderla despertar al milagro de la palabra.

—¡Parece usted enamorada de Leoncio!

—No es eso. Estoy enamorada del ensueño que adivino en aquellas dos almas... He sufrido mi adversidad. No quisiera renovarla. Desearía, sí, contribuir a una empresa tan humanamente bella, como retornarle la madre a Arnaldito y hacer que los afanes del artista tuviesen una mano alentadora. ¡Considere usted que él menosprecia hoy la gloria buscando en el fondo de su dolor una dicha, triste dicha, en la tarea de perpetuarla a usted!

En la finca, Leoncio Hamilton, enfervorecido por la realización de aquella cabeza, daba los toques finales a los moldes. Aprestado el único crisol de que disponía, reunido el bronce y dispuesto el trabajo, sólo esperaba la hora que le llenase el ánimo para fundir. "Sería mal presagio si el crisol se rompiese", había dicho el padre de Elena, cierta noche del invierno pasado. Hamilton desechaba presagios y desoía supersticiones, pero ahora sentíase como amarrado a un presentimiento inexplicable. ¿Por qué? Elena y Laura estaban en la casona. El trato comenzaba.

(Continúa en la página 51)

RODOLFO CLARO

POR QUE LAS MUJERES NO PUEDEN VIVIR SIN ESPEJO

Por ANA MONSÓN

LES molesto, acaso, con mi manía de mirarme al espejo? Pero ¿qué puedo hacer? El espejo me atrae como a los pájaros. No busco en él la satisfacción de mi vanidad: lo que hallo en su reflejo es un punto de apoyo. La mayor parte de la estabilidad que me sostiene en la vida está dentro de mí misma. Me siento perdida entre una multitud, mi propia imagen me reconforta.

En una ciudad inglesa donde viví en cierta época, me sentía desgraciada sin saber por qué. Un día descubrí que la razón era la escasez de espejos. En los restaurantes, en la calle, me hacía falta ese encuentro con mi imagen que proporciona el espejo, la sonrisa de connivencia conmigo misma, las voces de mi interior, mis más secretos consejos.

Cuando no me es posible juzgar mis emociones de acuerdo con mi colorido, mi animación o mi decaimiento conforme a mi peinado, no sé dónde me encuentro.

Estaba triste, me sentía enferma, aunque no me daba cuenta exacta de ello, mientras viví en una casa sin espejos.

Sólo cuando de pronto advertí, frente a mi imagen, que me había puesto pálida y delgada, comprobé también la gran laxitud que rendía mi cuerpo. Había tenido fiebre por espacio de varias semanas.

Una vez llegué a odiar una ciudad en que siempre me cruzaba con un espejo injusto, en cuyas profundidades mi imagen aparecía triste y desesperanzada. Al final, la desgracia me hizo su visita, atraída por mi mal espíritu.

Una mujer que se mira al espejo no es una persona enteramente frívola. No me refiero a las que de acuerdo con la superstición que rodea la noche de San Juan, llevando una vela en la mano, se acercan al espejo a las doce en punto, para ver sobre su hombro izquierdo el reflejo de la imagen del hombre con quien se van a casar.

Pienso en los ecos, en los reflejos, en las influencias: el espíritu seduce al cuerpo, el cuerpo magnifica al espíritu. Es necesario combinar el uno con el otro, como el cantante que armoniza su voz con la del instrumento musical que le acompaña.

Si poseyéramos el oído muy agudo o la intuición suficientemente sutil, seríamos capaces de captar el instante en que el alma ansiosa y sin sosiego se pone a tono con una sonrisa valiente, o en que el cuerpo fatigado se vuelve a buscar consuelo en la fuerza del espíritu. Uno debe sumarse al otro, y en esta forma podremos alcanzar, tal vez, la perfecta armonía.

¿No recuerdas el primer encuentro contigo misma? Entonces eras una chicuela despreocupada que marchaba en grupo con sus compañeras hacia la clase. Un día, al ir a la capilla del colegio, la fila se detuvo frente a un espejo de la galería. Al principio, sólo viste la imagen estática de los árboles del patio. Luego percibiste una barbilla puntiaguda, unos pómulos salientes, unas mejillas enflaquecidas: no podías dar crédito a tus ojos. Y, sin embargo, eras tú. Viste tus brazos sobresaliendo desmesuradamente de las mangas del uniforme, unos huesos protuberantes en las finas muñecas, y de pronto notaste, escapándose de las medias cortas, unas pantorrillas bien formadas al descubierto; tuviste vergüenza y pensaste en usar las primeras medias largas.

A partir de aquel día, te peinaste con más cuidado, te frotaste los dedos con piedra pómez para borrar en ellos las manchas de tinta. Tus cuadernos se volvieron pulcros, tus maneras discretas.

— ¡Cómo ha crecido! — decían quienes se te acercaban, y tú, orgullosa y consciente de ello, te repetías: — ¡Sí, cómo he crecido!



Tu madre te permitió entonces que te peinaras ante su espejo de tres cuerpos, al que tú te acercabas con cuidado para no volcar los frascos de crema y perfume. Allí descubriste tu perfil. La cara, de frente, pertenece en mucho al cuerpo, pero el perfil es casi el alma. Quedaste perpleja, con la mejilla apoyada contra el espejo para ver tus curvas pestañas, tus ojos brillantes de ensueños. Esos sueños que te perseguían en los momentos de tristeza infantil (mucho más duros que los de amarguras de años más tarde) frente a un sendero cubierto de pétalos azules, ¿eran, pues, reales?

Tus meditaciones, como una rápida corriente de agua, pulimentaron tu perfil. Ese día diste una mirada al mundo extraño en que no habías cesado de vagar.

Y tus amigos, a partir de entonces también, empezaron a mandarte rosas en dugar de regalarte bombones.

Me encanta sorprender a una mujer que mirándose al espejo se arregla los cabellos, sonriendo levemente. En ese momento es, en realidad, su espíritu el que peina y afina como un trozo de terciopelo; es su corazón el que coloca a tono. Los ojos que se sienten halagados, inclinan el espíritu hacia la bondad.

Siempre se le dice a una criatura que está de mal humor:

— ¡Mírate al espejo y verás que fea estás!

La mujer que se encuentra hermosa ante un espejo, o la que está satisfecha con el vestido que lleva, se siente inclinada hacia la indulgencia, apta a dar su alma. Es por eso que los hombres que saben ser buenos espejos para las mujeres, obtienen tantos éxitos con ellas. Saber cómo se debe añadir un pequeño toque de verdad cruel, hace la alabanza más valiosa.

"Para él, por lo menos, nada pasa inadvertido", piensa una mujer.

Tal vez esto explique el encanto de algunos hombres.

Y si casi todas las mujeres bajan los párpados al recibir un beso, como si tuvieran miedo de ver su imagen reflejada en los ojos que aman, es porque se hallan ante espejos convexos.

¡No pierdas de vista el ser interior que se refleja en tus facciones! Siempre me inquieto al pensar en las mujeres que cubren sus espejos cuando se sienten envejecer. Es enorme la tristeza de este cuerpo anulado, de esa alma a la que se le niega un medio de expresión, de esos dos seres que se avergüenzan el uno frente al otro.

¡Mírate a ti misma! Sigue de cerca el progreso del sol sobre tu cutis. ¿Por qué no reconocer sinceramente en los pliegues de tus labios, en la expresión más seria de tu cara, las huellas del **amor?**

EL AMOR VERDADERO

Por MAX O'RELL

El amor verdadero es callado. Un suave apretón de manos y una mirada bondadosa, llena de respeto y de expresión, son mucho más elocuentes que las palabras, y por regla general, mucho más sinceras. Los ojos no mienten. Juzgad el amor de un hombre o de una mujer por lo que ellos hacen, por la manera cómo se miran, si queréis, pero nunca por lo que dicen.

El lenguaje, en el amor, sólo se emplea para engañar, y cuanto más hermoso y pulido sea él, tanto más falaz es el hombre o la mujer. En nueve casos de cada diez hacer el amor no es otra cosa que mentir astutamente.

He aquí varias muestras de la fraseología que usan los hombres para enamorar a las mujeres. Hace decenas de siglos que estas frases prestan sus servicios, y hoy todavía suenan frescas en los oídos de todos, como si ellas hubieran sido inventadas ex profeso para cada caso exclusivamente.

1. "Tú eres la única mujer a quien he amado de veras".

A veces el interesado arriesga una pequeña confesión para descargar su conciencia.

2. "No quiero decir que alguna vez no haya dicho galanterías a una mujer, pero esto no era amor verdadero, no era amor absolutamente: un pasatiempo, ¿sabes?, y nada más"...

¡Claro está! Era, como si dijéramos, una especie de ensayo, o un medio de tener siempre las manos en la masa a fin de no hacer fea figura cuando la verdadera oportunidad se presentara.

3. "Nunca cambiarán mis sentimientos para contigo". "Te amaré siempre". "Te juro que siempre te seré constante".

4. "Siento que la vida es inútil para mí, a menos que la haga al lado tuyo".

5. "Yo no soy perfecto, y me doy cuenta de muchas de mis debilidades; pero lo que sé es que soy sincero, y que seré siempre sincero para ti".

Algunos llegan hasta a decir:

6. "Yo no soy perfecto, muy lejos de eso; pero sé que no podría nunca mentirte".

¡Desconfiad del hipócrita sentimental que puede cometer esa vulgaridad florida!

7. "No es sólo tu belleza, tu gran belleza, lo que me encanta, sino las cualidades divinas de tu corazón, la dulzura y la terneza de tu carácter; en tu alma es en lo que mi alma se extasía".

8. "Me haría matar por ti".

No aceptéis nunca un enamorado que os esté diciendo constantemente que se haría matar por vuestras gracias. Dadle más bien oportunidad para que os pruebe que habla seriamente. Aceptad, en cambio, un enamorado que quiera vivir con vosotras y para vosotras.

Este hombre que siempre está deseando morirse me recuerda el caso de un marqués francés que una vez regaló una bomba contra incendios al pueblo junto al cual estaba situado su castillo. El alcalde del lugar le dió las gracias y expresó el deseo de que estallara un incendio en el castillo para que el marqués pudiera ver los nobles esfuerzos que harían entonces todos los vecinos para sacarlo a él de entre las llamas y salvar la mansión de sus antepasados.



Como tantas otras empresas ímprobas, también ha sido intentada por parte del hombre la de volar con sus propias fuerzas, experiencia últimamente realizada en la playa de Daytona, por Clem Sohn.

¿Puede un hombre volar con sus propias fuerzas?

No hace mucho tiempo los diarios de todo el mundo publicaron fotografías del llamado "hombre pájaro", como lo han bautizado los norteamericanos. Se trata del conocido paracaidista Clem Sohn, quien habría volado en la playa de Daytona valido de sus propias fuerzas. Según agregaban las informaciones, Sohn, provisto de alas de tela, sólidamente adheridas a la espalda y articuladas con los brazos, se lanzó en el vacío desde un aeroplano en vuelo a cuatro mil metros. Durante la caída pudo planear a su antojo, a diestra y siniestra, realizando también trechos de vuelo horizontal, tres saltos mortales y a ratos descensos verticales, como en el paracaídas, para llegar finalmente a tierra sin el menor inconveniente. También señalaban las noticias que el paracaidista tenía el propósito de perfeccionar el aparato de su invención—el cual pesa menos de cuatro kilogramos,—y realizar nuevas demostraciones.

La hazaña ejecutada por Sohn plantea estas dos preguntas:

1º ¿Puede decirse que verdaderamente es un "vuelo" el que ha realizado?

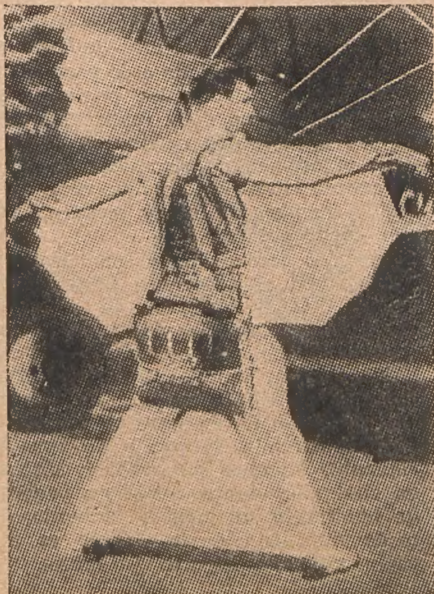
2º ¿Es posible el vuelo de un hombre, valido solamente de sus fuerzas musculares?

En cuanto a la primera pregunta, conviene notar que, en definitiva, el "vuelo" de Sohn se habría reducido a la caída de un cuerpo por la acción de la gravedad, caída controlada y dirigida por medio de superficies móviles puestas bajo la acción de fuerzas aerodinámicas.

No hay en esto, pues, nada que sea contrario a las leyes de la física. Pero, ¿cómo ha resuelto el joven americano el problema constructivo que no es nada fácil? Admitida una relación entre carga y superficie de sustentación, de veinte a uno (poco más o menos como en el vuelo a vela), o sea de veinte kilogramos por cada metro cuadrado de ala, sólo cabe preguntar cómo ha podido disponer Sohn de los cuatro metros cuadrados de superficie requeridos por sus setenta u ochenta kilogramos de peso.

A la segunda pregunta sólo corresponde responder que no es posible. Un hombre no puede — y probablemente no lo podrá jamás — volar con sus solas fuerzas musculares, si por vuelo no se entiende una simple "caída", y si la naturaleza continúa siendo regulada por las leyes actuales. Una breve incursión en el campo de los tipos de aparatos más conocidos nos enseña que uno de "caza" dispone, término medio, de un caballo por cada tres kilogramos de su peso; un aparato de bombardeo o de transporte comercial, tiene un caballo por cada siete a diez kilogramos; y un aparato de turismo dispone de un caballo por cada diez a quince kilogramos. Y puesto que el aparato muscular de un hombre puede dar por breves instantes la potencia máxima de un caballo — pero con cierta continuidad, sólo de un cuarto o un tercio de caballo, — el vuelo muscular debería ser realizado en la relación de un caballo por cada doscientos kilogramos, más o menos. Y esta relación es absurda. ¿Cómo, entonces, es posible el vuelo a vela? Pero es que en este caso la potencia motriz existe en grado suficiente. Si el aparto sigue una trayectoria descendente, la atracción de la gravedad obra como fuerza motriz. La trayectoria ascendente es posible sólo cuando intervienen corrientes térmicas o dinámicas ascendentes, que sustentan la máquina y la empujan hacia arriba, como haría el viento con una hojuela.

De todo esto se puede concluir que el hombre podrá volar cuando resuelva el problema, exclusivamente constructivo, de afirmar en su propia espalda las alas de un pájaro, volando como vuelan los pájaros.



Clem Sohn, valido de un paracaídas no probó en definitiva sino que esta aspiración es realizable únicamente en el caso de un vuelo descendente, cumpliéndose una vez más la ley que rige la caída de los cuerpos.

Cien mil langostas se pescan al año en la famosa isla de *Robinson Crusoe*



Difícil es concebir que un rincón de la tierra permanezca aún casi ignorado después de habérsele prodigado una intensa publicidad durante más de doscientos años. Pero es eso, precisamente, lo que ocurre con la isla chilena Juan Fernández, que muchas generaciones han recorrido con la imaginación a través de la novela de Daniel Defoe. No es aventurado afirmar que Robinson Crusoe es uno de los personajes más conocidos de la literatura universal, y, sin embargo, el pequeño mundo que él creó en medio del océano, no es más que un símbolo para la gran mayoría. En esta nota Ismael Ramírez nos da a conocer algunos aspectos verídicos de aquel país de novela.

COMO será realmente la isla de Robinson Crusoe? — se habrán preguntado casi todos los pequeños lectores, y también los grandes, después de devorar la obra de Daniel Defoe. La imaginación de muchas generaciones de niños ha volado hacia aquel lejano refugio del espíritu de aventura, y la famosa isla habrá tomado tantas formas como pequeños cerebros se han recreado con el inolvidable relato de Crusoe.

Y lo extraño del caso es que esta célebre obra de la fantasía se funda en la realidad más sólida. En primer término la isla realmente existe, y, por otra parte, el cuento se basa en las verídicas experiencias de un marino escocés, Alejandro Selkirk, que fué abandonado en 1704 en la isla y tuvo que pasarse cinco años en la soledad, antes de ser rescatado por un barco de guerra británico que surcaba aquellas aguas casualmente.



Las personas que actualmente habitan la isla de Crusoe han descubierto en ella un verdadero tesoro, que no se había imaginado el autor de la novela: la pesca de langostas de mar. La explotación de esta industria pesquera tiene para Chile perspectivas considerables, si se piensa que al año se pescan no menos de cien mil langostas.

LO QUE ES LA ISLA

A trescientas sesenta y cinco millas al oeste de Valparaíso, Chile, rodeada por inmensas planicies de agua, se halla enclavada en el Pacífico la isla más notoria y la menos conocida del mundo, cuyo nombre es Juan Fernández.

De una hermosura singular, se eleva sobre el nivel del océano hasta alcanzar una altura de cerca de mil metros, con sus colinas verdosas recubiertas de bosques, de hierbas y de helechos entre una profusión de arroyuelos y de cascadas que convierten el paisaje en una verdadera joya de la naturaleza.





Su ubicación en una zona poco frecuentada y fuera de las rutas comerciales, la había convertido, en los tiempos románticos de los piratas caballerescos, que recorrían los mares en procura del oro de los galeones de España, en un lugar de retirada o de paso. Continuamente anclaban los piratas cerca de sus playas para reaprovisionarse con agua, y los marineros no perdían la ocasión de organizar cacerías de cabras silvestres, manjar muy apetecido, después de largos meses de comer carne salada.

Grandes descubridores como Balboa, Magallanes, el almirante Drake y su colega Anson, visitaron la isla durante sus históricos viajes. El lugar se hizo tradicional en los tiempos del barco a vela, y todos los navegantes que hacían escala en él, dejaban algún recuerdo de su paso en la forma de una ofrenda de paz o de agradecimiento. Aquellos recuerdos consistían en cualquier objeto, desde un paquete de semillas a un gato de a bordo, de modo que la isla de Crusoe es actualmente una especie de museo del pasado que contiene una variedad sorprendente de animales, plantas y cosas que la han convertido en un mundo aparte.

UNA GUERRA CURIOSA

Primeramente llegaron los bucaneros con sus negros barcos a cazar las cabras; más tarde fueron los perros que mandaban las autoridades españolas desde la costa para exterminar las cabras con el fin de quitarles a los piratas las fuentes de provisiones. Los perros, como es de suponer, adquirieron las características de los lobos, y su salvajismo sólo era superado por los gatos silvestres, descendientes de los gatitos abandonados por las distintas embarcaciones. Los perros aumentaron, y cosa igual pasó con los gatos, de modo que se entabló entre ellos una guerra continua que obligó a las cabras a refugiarse en las cumbres más inaccesibles.

EL PARAISO DE LOS PESCADORES

Pero la vida moderna no ha perdonado ni siquiera este último refugio del espíritu romántico de aventura. Ahora existen sobre la legendaria isla de la soledad, más de trescientos habitantes que se ocupan principalmente de la pesca. Los tesoros del mar en la forma de grandes crustáceos, han tentado a esos hombres que llevan allí una existencia apartada del mundo para enviar a Chile las langostas, reputadas como las mejores y de mayor tamaño del Pacífico. Además, un sinnúmero de peces pululan en las aguas de Juan Fernández para convertir la isla en un paraíso del pescador. Tan es así que los sesenta kilómetros de selva en el interior de la isla, no poseen caminos ni huellas. Nadie visita las admirables cascadas ni se recrea bajo los árboles donde crecen flores y helechos de toda naturaleza. Los trescientos habitantes no miran más que el mar; no hacen otra cosa sino pescar. Pero no es de extrañar que les falte tiempo para efectuar excursiones por los hermosos bosques. Todos los años pescan en las costas de Juan Fernández ¡cien mil langostas!

Por eso es que la isla de la soledad, a pesar de sus trescientos habitantes, permanece tan solitaria como en los tiempos de antes, cuando el buen Robinson hacía las cosas que seguirán deleitando la juventud de muchas generaciones por venir.

Por ISMAEL RAMIREZ

ANVERSO Y REVERSO DE LA ACTIVIDAD BIBLIOGRAFICA

Por JAIME FALCON

LA AMISTAD DE LOS DEMAS...

...Conferencias y ensayos, por MARIA ALICIA DOMINGUEZ. Conocida hasta ahora, la autora, por varios libros de poesías, uno de cuentos y una novela, obras todas de ponderable mérito, se presenta en esta nueva, en un género en que se pone de manifiesto su vasta cultura y su bello arte de decir. Los temas son todos de interés, sobresaliendo sus conferencias sobre "mujeres", un ensayo sobre la amistad, y su Carta a Hermodoro sobre premios y estímulos, en que trata, con fino aticismo, un tema literario siempre de actualidad. Edit. "El Ateneo". Buenos Aires.

MATICES...

...versos por DOMINGO ALBERTO BLUNNO. Volumen de 95 páginas. Anverso del libro: este párrafo de su prologuista, Juan José de Soiza Reilly: "Blunno es un poeta a quien interesan todos los dolores. Y en esa actitud revela la misericordia de su espíritu, con las manos tendidas al dolor que pasa o a la herida que sangra." Reverso: las dos primeras cuartetas del primer soneto: "Soñaba al ritmo de mi fantasía — cuando el tren iba en su habitual carrera, — y de púrpura todo lo teñía — el sol naciente sobre la ladera. — La mañana era hermosa, algo fría, — y desde un muelle asiento de primera, — contemplaba una extraña lejanía — de mi vida sumida en la quimera."

EL LIBRO DE LA PATRIA...

...Editado por A. KAPELUZ y Cía., es un lujoso volumen en que GERMAN BERDIALES y PEDRO INCHAUSPE han recopilado un bello caudal de lecturas patrióticas (prosa y verso) para texto de lectura de cuarto año. La obra está ilustrada por A. Rechain.

LA INVESTIGACION MEDICOFORENSE DE LA PATERNIDAD, LA FILIACION Y EL PARENTESCO...

...por el doctor ALEJANDRO RAITZIN. Obra publicada por la Biblioteca de Medicina Legal y Ciencias Afines. Del contenido de esta obra, dice su autor en el prefacio de esta segunda edición: "Está destinado a servir de guía teóricopráctica a los que, jueces, abogados, médicos de tribunales, peritos, estudiosos y curiosos, etc., ya sea en virtud de su cargo, o por las circunstancias, se vean obligados a obtener una información rápida y completa de esta cuestión... Reúne, al mismo tiempo que el conjunto de nociones elementales que permitan hacer una aplicación práctica inmediata de los métodos preconizados para esta investigación especial, todo el material doctrinario indispensable para utilizarlo también como un libro de consulta y de ilustración amplia..."

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA...

...por JORGE LUIS BORGES. Tercer volumen de la colección "Megáfono" editado por TOR. Narraciones sobre criminales y aventureros célebres; un cuento de nuestro ambiente castizo y varias traducciones de interesantes relatos de magia.

NO HAY VACACIONES...

...y "otros barcos de papel". En este volumen continúa el autor, "ALVARO YUNQUE", la serie de sus bellos cuentos de ambiente infantil, caracterizados siempre por su honda y moderna tendencia social. EDITORIAL TOR.

TRENES AL INFINITO...

...Dice el autor de este libro de versos, ARTURO BERUTTI TOBAL, en su prólogo: "Aquí van mis cantos dados a luz en diferentes épocas y en muy distintos estados de ánimo; parten bulliciosos de mi yo interior a todas direcciones, guiados por la protectora luz solar como pintorescos y luminosos trenes al infinito."

En efecto, las poesías de este libro, modernas por la audacia de pensamiento y el frenesí, más que por el estilo, tienen, en conjunto, algo de alucinación incongruente y de inquietud inexperta. Presentan asimismo los altibajos de una exaltación romántica que decae por momentos en prosaísmos lamentables, dominando siempre una versificación fácil. Gleizer, editor.

REFLEXIONES ACERCA DE UNA LEY SOCIAL...

...por SEGUNDO AVILA. Palabras preliminares de Enrique Martínez Paz. Ensayo filosófico en que, partiendo del principio de la repercusión del sol en el campo de la actividad social, se llega a admitir la posibilidad de una ley social de tal origen, que rige los destinos de la historia y del mundo. Imprenta de la Universidad Nacional de Córdoba. 1935.



En el bajo fondo, donde acechan las bajas pasiones y los peligrosos instintos, pueden incubarse también, al calor de sentimientos nobles, idilios sencillos y generosos. El argumento de este cuento es el ejemplo viviente de una pasión nacida en ese ambiente tenebroso y miserable, y que, sin embargo, sigue los rumbos honrados de un romance sentimental y candoroso.

SOMBRA

HASTIADO de todo, se refugió en aquel tabernucho de la Boca. Era alta noche, y muy fría.

El ambiente, caldeado por las pócimas humeantes y las infames tagarninas, a pesar de su sordidez, no dejaba de ser confortante.

Además, estaba helado. El relente gris le había calado los huesos.

Con la mirada, entre curiosa y torva, comprobó que no había ni una mesa vacía.

La menos repleta la ocupaban dos tipos de mal talante. Con un desganado "¡permiso!" se ubicó en un extremo. Ambos sujetos lo miraron de arriba abajo sin pestañear. Al pedir "¡un completo!" los dos adláteres soltaron la carcajada.

Uno de ellos agregó, en tono zumbón:

— ¿Con mucha manteca?

El se limitó a devolverles la despectiva mirada con que lo habían recibido sin contestar.

Insistió el más corajudo.

— ¿Mucho tiempo por estos barrios?

La respuesta fué seca:

— Tres semanas.

— Pues nosotros, tres años... ¿Marino?

— No.

Acercóse una joven, mirando con curiosidad al recién llegado.

— ¿Me permites sentarme a tu lado?

— Siéntate.

— Tengo ganas de tomar un "completo" como tú.

— Tómalo.

Los dos compañeros volviéronse a reír. Llamaron al mozo.

— A nosotros, ¡dos ginebras dobles!

A pesar de su hosquedad aparente, entablóse pronto entre los cuatro ocupantes de la mesa una animada charla.

Ella parecía prestar toda su atención al recién llegado. A la media hora los dos tipos de mal talante se retiraron. Al hallarse solos, la mujer insistió en hacerle hablar.

— Te noto muy triste... ¿Qué te pasa?

— Nada.

Después de un largo silencio volvió la mujer a preguntarle:

— ¿No tienes plata?

El limitóse a mostrarle la cartera repleta de billetes.

— ¡Entonces te ocurre algo!

El no contestó. Por su mente cruzó una idea como un relámpago. Miró fijamente a la joven.

— ¿Te gustaría venir conmigo? ¿Sí o no?

La mujer se atemorizó. La mirada de aquel hombre era algo extraña, y desconcertante su pregunta.

Con instinto femenino disimuló y trató de hacerle hablar más. Aquella cartera llena de billetes la atraía. Y, además, él parecía bueno.

— ¿Pero así? ¿Tan de pronto? ¿Cómo quieres que yo...?

— Mañana he de salir de Buenos Aires. — Y acercándose al oído de la joven, le dijo en voz baja, pero con acento firme: — ¡Soy un ladrón!

Ella no se inmutó. Lo miró fijamente a los ojos y limitóse a sonreír con una sonrisa entre incrédula y amorosa.

— ¡Me engañas! ¡Tú no eres capaz de robar!

Siguieron hablando misteriosamente y casi en voz baja. Media hora después salían juntos del tabernucho de la Boca. Ella se apoyaba en él con aires de conquistadora.



Acercóse una joven mirando con curiosidad al recién llegado.
—¿Me permites sentarme a tu lado?
— Siéntate.



Y acercándose a Alcira, díjole al oído:
— Desde hoy ya no necesitaré más modelos.

Ni él era un ladrón ni ella una mujer liviana. Andrés Alpuente, pintor de fama, pero bohemio en último

y LUZ

CUENTO por MARIANO MACIA



grado, habíase decidido aquella noche tentar lo que él llamaba la mayor de las fortunas. El hallar una mujercita que lo quisiera a él por ser él, y que fuera capaz de compartir sus andanzas, así fueran ellas las de un bandido.

En rueda de amigos habíase departido el tema varias veces, no habiendo nunca llegado a un acuerdo.

Y aquella noche quiso hacer personalmente la prueba. Ella, Alcira Juentes, a fin de ayudar a su pobre madre viuda, con tres hermanitos más, se ganaba honradamente, aunque con repugnancia, unos pesos en aquel cafetín de mala muerte, sin que, en los tres meses que noche tras noche había concurrido como camarera, le hubiera acontecido nada digno de mención. Había buscado con afán otra ocupación menos expuesta, pero, desgraciadamente, no la había hallado aún. Andrés habíase limitado a sacar a Alcira del cafetín y dejarla aquella noche en su casa con la promesa, por parte de ella, de visitarle al siguiente día en su estudio.

Andrés, como si de un gran acontecimiento se tratara, había invitado aquella tarde a sus reacios amigos de arte y de bohemia, los que nunca habían llegado a convencerse de que existiera la mujer ideal que fuera capaz de seguir las andanzas de su hombre, sólo por cariño.

ILUSTRO HECTOR POZZO

Andrés hallábase satisfecho como un vencedor. Un si es no es malicioso, Fausto Almeida, poeta modernista, melenudo y todo, hacía derroche de frases y conceptos alambicados acerca de la mujer.

—Desengañate, amigo Andrés. Tu ninfa resultará, a lo mejor, tu última desilusión. De la ribera al atelier, y luego, ¡quién sabe si del atelier a la ribera otra vez!... ¡Las mujeres! Si las conoceré yo, que he llegado a analizar hasta sus indescifrables "evoluciones psíquicas..." Desde Cleopatra hasta Margarita Gautier... todas se parecen.

—Igual que tú a los gansos del Capitolio... De un parecido exacto — intervino, riéndose, Lucio Acosta, un discípulo de Andrés.

—Estuviste bien, Lucio — agregó éste. Y añadió:

—No es que yo me precie de tan psicólogo como tú, insigne Almeida, pero no debes hablar de mi ninfa, como tú la llamas, sin antes conocerla. Es lo menos que puedo exigirte.

Y la ninfa llegó.

Entre todos los artistas hubo un verdadero revuelo. Alcira era una mujercita encantadora y de una sencillez extraordinaria. Daba la impresión de que la hubieran conocido antes. Tal era su naturalidad ante los amigos de Andrés.

Todos desvivíanse en obsequiarla.

Andrés, siguiendo la broma, díjole al poeta modernista:

—Y dime, Fausto, ¿se parece a Cleopatra o a Margarita Gautier?

—A ninguna de las dos, hermano — contestó éste. — Creo que tendré que catalogarla aparte.

Alcira, como si se hallara en su verdadero ambiente, examinaba con curiosidad los cuadros que colgaban de las paredes.

De pronto se detuvo ante uno. Era el retrato de una amiga suya.

Disimulando la sorpresa, dirigióse a Andrés:

—¿Y este cuadro?

—Es un desnudo. Un estudio que yo hice con mucho cariño. La modelo valía...

—¿Y ahora ya no vale? — agregó Alcira con intención.

—No la he vuelto a ver más — contestó secamente Andrés.

Y acercándose a Alcira, díjole al oído:

—Desde hoy ya no necesitaré más modelos.

Alcira contestó con una franca risotada.

Se bebió champán y se brindó entusiasta y alegremente por la nueva pareja.

Andrés y Alcira, en un fuerte abrazo, se juraron eterno amor.

Se pasaron dos años de felicidad.

Andrés desde su unión con Alcira habíase convertido en otro hombre. Era dichoso.

Con ella por modelo hallábase en su atelier dando los últimos toques a una "Primavera" que presentaría a la exposición.

Ella, mimosa, admiraba sus bellas formas reproducidas en la hermosa tela.

—Creo, querida, que si no triunfo esta vez, no triunfaré nunca.

—Es que triunfarás, Andrés. No te quepa la menor duda.

El deseo de ambos se realizó efectivamente.

El jurado, por unanidad, otorgó el primer premio y medalla de oro a la magnífica tela. Alcira y Andrés no cabían en sí de contentos.

Los antiguos amigos de bohemia y arte reuniéronse de nuevo en franca camaradería.

Decidieron ir a tomar "un completo" al cafetín de la Boca.

—A mí no me pescáis — se apresuró a decir Almeida.

—¿Y por qué? — interrogóle extrañada Alcira.

—Por miedo a que otra ninfa me saque de las casillas, como hiciste tú con Andrés.

Rieron la ocurrencia del poeta modernista, pero a pesar de su miedo cerval, les acompañó, y... se tomó "dos completos".

VIDAS de BOXEADORES

Por CHARRÚA



UN MATCH DE HACE QUINCE AÑOS

Felipe Núñez es de la época en que, como dice él mismo, a los boxeadores profesionales los escoltaba el público por la calle, con el ansia de hallarles algún rasgo sobrenatural.

— Yo me acuerdo del estupor que esa referencia me producía — agrega — allá por el año diez y nueve, en Santa Fe, que es mi provincia.

De aquella época y de aquel lugar es esta anécdota. Sucede que Felipe Núñez tuvo la corazonada de ofrecer a un comité político sus servicios como boxeador. Se tómo en consideración la propuesta, y el caudillo local cayó en seguida en la cuenta de que podía utilizarla como las riñas de gallos, para allegar unos cuantos votos con que asegurarse la próxima campaña electoral. Pero ¿y los adversarios?...

Felipe Núñez, impuesto de la dificultad, se comprometió a conseguirlos él mismo.

Y una tarde se cayó al comité con un paisano de los alrededores, dispuesto a hacer un match, concertándose el espectáculo sin muchas formalidades que digamos.

Núñez, que algo boxeaba ya entonces, empezó a fintearlo, y cuando creyó que el paisano era pan comido se le fué al humo; pero éste, muy ladino, dió un salto atrás y echó mano a la cintura. "Tendrá cuchillo", pensó aquél. La misma operación se repitió varias veces con evidente alborozo del público, que estimulaba al paisano cuchillero. Pero en un cuerpo a cuerpo lo tanteó Núñez, tranquilizándose. Y en cuanto por quinta o sexta vez quiso echar mano a la cintura, al grito de: "¡Ahura, mocito, va endeveras", que proferían sus partidarios, se le fué encima nomás y lo durmió con un solo "bollo" por media hora.



EL AYER Y HOY DEL BOXEO AMATEUR

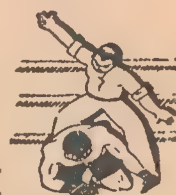
José Oriani, incorporado casi permanentemente a la Federación Argentina de Box, pensaba hace ya años que era urgente devolverles a los campeonatos de aficionados su antiguo ambiente.

Quizá corresponda a la realidad actual esta aspiración. No es absolutamente improbable. Pero el desprestigio, o mejor dicho, la impopularidad en que han caído los certámenes de esta naturaleza, tiene su explicación.

Hace unos cuantos años el box profesional no era, por cierto, la vigorosa expresión que es hoy día en Buenos Aires. Los matches se concertaban con rara frecuencia, y hubo un momento en que las grandes figuras del ring estaban, precisamente, en las filas amateuristas. Recuérdese que una pelea de Méndez era un suceso en Buenos Aires, y que en definitiva toda la actividad pugilística de entonces rondaba alrededor de una docena de apellidos cuya fama no era posible obscurecer porque no había, como hay hoy, un centenar de competidores en cada categoría.

Son otros tiempos. Se está operando aquí la transformación que ya se ha concluído en los Estados Unidos, donde los buenos aficionados son campeones de tránsito en su condición de tales, demorándose para convertirse al profesionalismo el tiempo que tardan los promotores en hacerles una propuesta ventajosa.

Puede todo esto no ser lo mejor para el amateurismo y la Federación, pero casi sin duda es lo mejor para el boxeo, toda vez que el profesionalismo lo sustenta y del profesionalismo vive. En definitiva es el mismo proceso que cada vez más acentuadamente se cumple en el fútbol, y que ha promovido la opulencia de los jugadores y de los clubs, hasta permitirles manejar cifras que hubieran pasmado de admiración a cualquier aficionado de veinte años atrás.



IMPROVISADO ARGUMENTO DE KNOCK OUT

El chilenito Sáez, famoso hace algunos años en nuestros rings, era uno de los boxeadores que mejor se defendieron después de abandonar la profesión. Tanto es así, que se movilizaba en automóvil, tenía su casa, su gimnasio y sus amigos, por supuesto, escogidos.

Y basta de introito.

Sucedió que un mal día Sáez pinchó un neumático, y cuando se hallaba en plena tarea reparando la "panne" se le acercó un agente de tráfico a interpelarle:

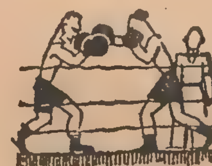
— ¡A ver la libreta!

— Un momento, agente — expuso Sáez comedido. — Déme tiempo para terminar.

— Yo no puedo darle nada. ¡Permítame la libreta!...

Sáez, que estaba arremangado, con las manos sucias, torció el busto para que el saco se abriera, y señalando el bolsillo interior con el índice, fué contestándole pausadamente:

— Vea, agente: la libreta está aquí. Yo podría decirle que la sacara si usted me mereciera confianza. Pero... como no me merece confianza, no le permito que meta la mano en mi bolsillo...



LO QUE A UN BOXEADOR LE CUESTA IMPONERSE

Al Francis, que fué manager de Kid Francis, quien en dos oportunidades realizó en Buenos Aires brillantes campañas, refería cómo había sido el comienzo de la carrera de su pupilo en los Estados Unidos.

— Por más que llevábamos la documentación en forma, los promotores de la Unión — decía aquél — desdeñaron estos testimonios. No les interesaba que fuera Kid Francis campeón de Europa, y que hubiese vencido a los mejores pesos de su categoría en Sud América. Sin bombo ni platillos tuvimos que resignarnos a empezar de abajo. Se nos ofreció cien dólares por el primer match y aceptamos.

Recién después de haber ganado diez y siete peleas se le concedió a Kid Francis el honor de ser elegido como adversario de Archie Bell, que volvía de Chicago a Nueva York, definitivamente calificado para disputar el título mundial con Bud Taylor. Y fué en esa oportunidad que los diarios norteamericanos dijeron del extranjero que tenía un "corazón de león". Hasta llegar a merecer este elogio insigne, fueron más los sinsabores que las satisfacciones del oficio.

EL BUEN HUMOR EN NUESTROS TEATROS

(Apuntes sobre los últimos estrenos por nuestro dibujante GINZO.)



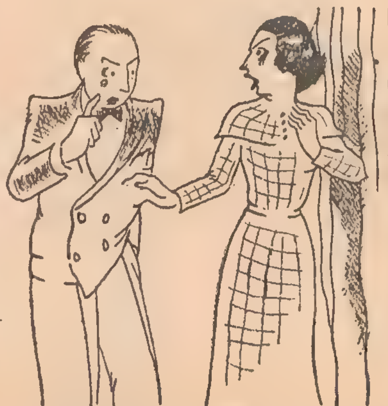
BLUM (L. Zárate). — No mi goista este candidato para mi Sara... ¡Es toirto!...
MAYER (L. Vigneri). — Istá qui es cierto..., ¡pero tiene una casa di dipartamientos!...
BLUM. — ¡Intonces, no es nada lo del ojos!...
De "EL JUDIO BLUM", teatro Corrientes.



RAMON (G. Cicarelli).—¿Ese también es loco?
DOCTOR (J. Bengoechea). — Y de los más comunes... ¡Es un loco de remate!
De "LOCO DE REMATE", teatro Mayo.



PEPE TRUJILLO (F. Chicharro). — ¡Ah, ya ves en qué estao miserable me hallo!... ¡Si yo hubiera tenío esperiensia!...
BLUM (L. Zárate).—Ahora ti quejas, Pepe Trojillo... La isperiencia es como la policías... ¡siempre liega tarde!...
De "EL JUDIO BLUM", teatro Corrientes.



GODOFREDO (P. Busto). — ¿Qué te parece si yo contara lo de tus escapaditas a Palermo con tu novio?...
SUSANA (Encarnación Fernández). — ¡Por favor!... ¡Me moriría de vergüenza!...
GODOFREDO. — ¡Te morirías de la paliza que te iba a encajar el viejo!...
De "LOS LIOS DE GODOFREDO", teatro Cómico.



SARA (Amelia Bence). — ¿Y qué edad tiene esa amiguita?
LUIS (R. Both). — Ella confiesa veintidós, pero debe tener veinticinco...
SARA. — ¡Entonces tiene treinta!...
De "EL JUDIO BLUM", teatro Corrientes.

Piedras que parecen seres

Existe una gran semejanza entre ciertos megalitos, diseminados sobre las costas y las llanuras de Europa, y la cabeza de diversos animales y hombres. Así, en Bretaña se encuentran numerosas piedras de esa clase, entre ellas una que representa la cabeza de un perro con detalles de una asombrosa precisión. Reproduce las orejas plegadas del perro, su hocico saliente, su nariz chata. Y la expresión de esa figura corresponde a la actitud tranquila de uno de estos animales. En Plougastel un megalito ofrece un parecido completo con una bruja, pues el dibujo de su rostro consumido, sus ojos y su boca hacen pensar en el trabajo laborioso de un artista. En Ploumanach una gran piedra imita la cabeza de un carnero, con una fidelidad que no se podría expresar. La piedra reproduce los ojos, las orejas, el hocico del carnero, en quien parece manifestarse la vida, pero en la serena posición del sueño. Las creencias populares han tejido alrededor de estas representaciones muchas leyendas que los bretones se complacen en narrar a los turistas. Los bosques, según ellos, están poblados de divinidades misteriosas y activas que organizan alrededor de las piedras sagradas danzas invisibles.

El suero antiofí la vida entre las

Informa en esta nota

E. L. GONZALEZ ARENA

LA región chaqueña que se extiende hacia el Norte en una línea verdinegra, marcada por la naturaleza salvaje de sus selvas impenetrables y añosas, forma barrera casi infranqueable a la intrepidez del hombre. A su margen fueron formándose pueblos que sólo un desprecio nato de la vida misma pudo hacerlos perdurar en tales lugares. La lucha en esta región es titánica y dramáticamente emocionante. El peligro de muerte acecha al hombre detrás de cada árbol, de cada mata, de cada flor silvestre, puesta en su camino como un cebo mortal... En estos lugares la realidad mordiente se abre paso a toda fantasía literaria. La vida se torna épica. El estío es abrasador e inhumano. Los ardientes rayos solares parecen diluirse y caen cual si fuera una inmensa lluvia de fuego. El ambiente es asfixiante, y para mayor tortura de sus habitantes, se puebla de insectos alados que enloquecen con su punzante aguijón. El suelo es árido e inhospitalario, plagado de alimañas y toda clase de serpientes ponzoñosas; parece un lugar maldecido de Dios...

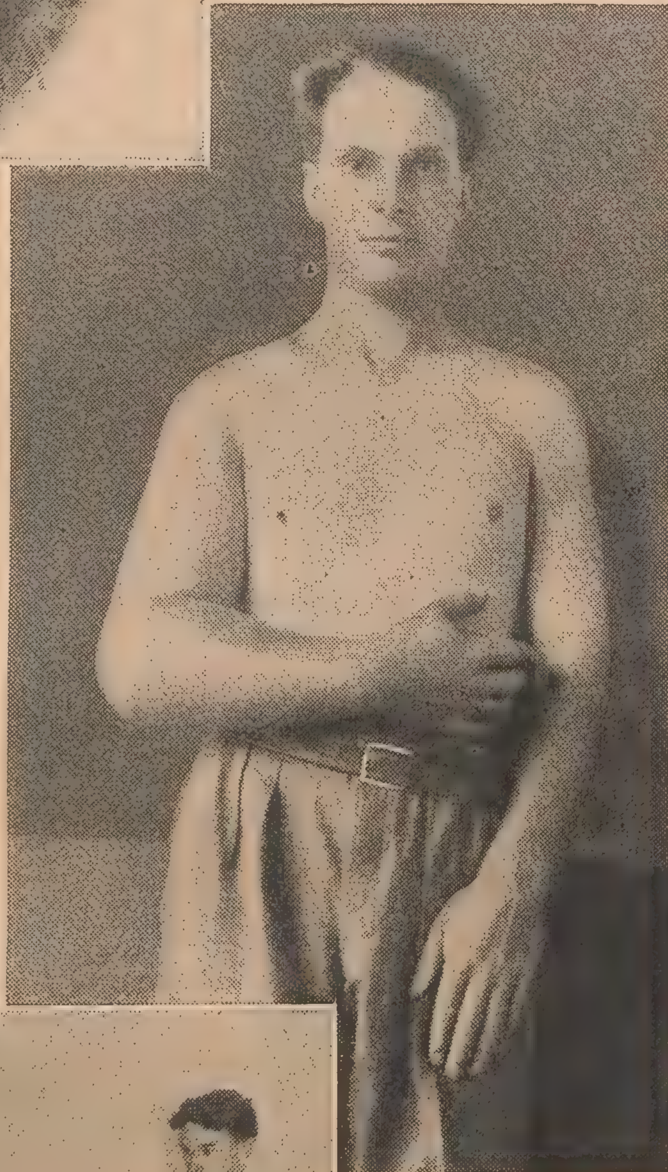
Los pobladores viven en constante alerta, y, sin embargo, frecuentemente son víctimas de picaduras muchas veces mortales. Es por ello que dejamos al señor Alfredo G. Malbrán (hijo), ingeniero agrónomo, el emocionante relato vivido en carne propia y del cual — según sus propias palabras — nació de nuevo.

—La vida de campo no es tan sencilla como se le ocurre a la generalidad de las personas — empezó diciendo el señor Malbrán, — especialmente en las regiones del Norte, donde se vive en constante lucha con las víboras, que son el verdadero enemigo del hombre, y que al menor descuido es picado por los terribles ofidios. A causa de ello, en estos lugares muere mucha gente. El intenso calor y los días que amenazan tormenta, tienen una influencia decisiva sobre las víboras; éstas se agitan hacia todos lados embravecidas, lo mismo que en la época del celo. En estas circunstancias, las serpientes son realmente peligrosas.

"Siempre que hablo de víboras, recuerdo el desgraciado caso de un español, llamado Jesús P. Fernández, que era más irascible que las mismas víboras. El pobre murió a causa de la picadura de una víbora de cascabel en diciembre de 1930. Sucedió cerca de Las Palmas, en el Chaco. Una víbora de cascabel lo picó en la región glútea. El hombre, enfurecido por ello e impulsado por un irreflexivo deseo de matarla, tomó a la víbora con las manos, siendo nuevamente mordido en la mano derecha. Seguidamente montó a caballo y a toda carrera se dirigió al pueblo, distante veintiséis leguas del lugar; pero a los cinco minutos no pudo continuar viaje por el intolerable dolor. Quince minutos después producíase el deceso. De este caso y de once más se ocupó en la publicación "Sociedad de Medicina Legal y Toxicología" el doctor Serantes Lasserre.



Cabeza de una víbora de la cruz, vista desde arriba. Obsérvense los caprichosos y hermosos dibujos de su piel. Se debe su nombre a que, sobre la cabeza, muestra una pequeña mancha en forma de cruz.



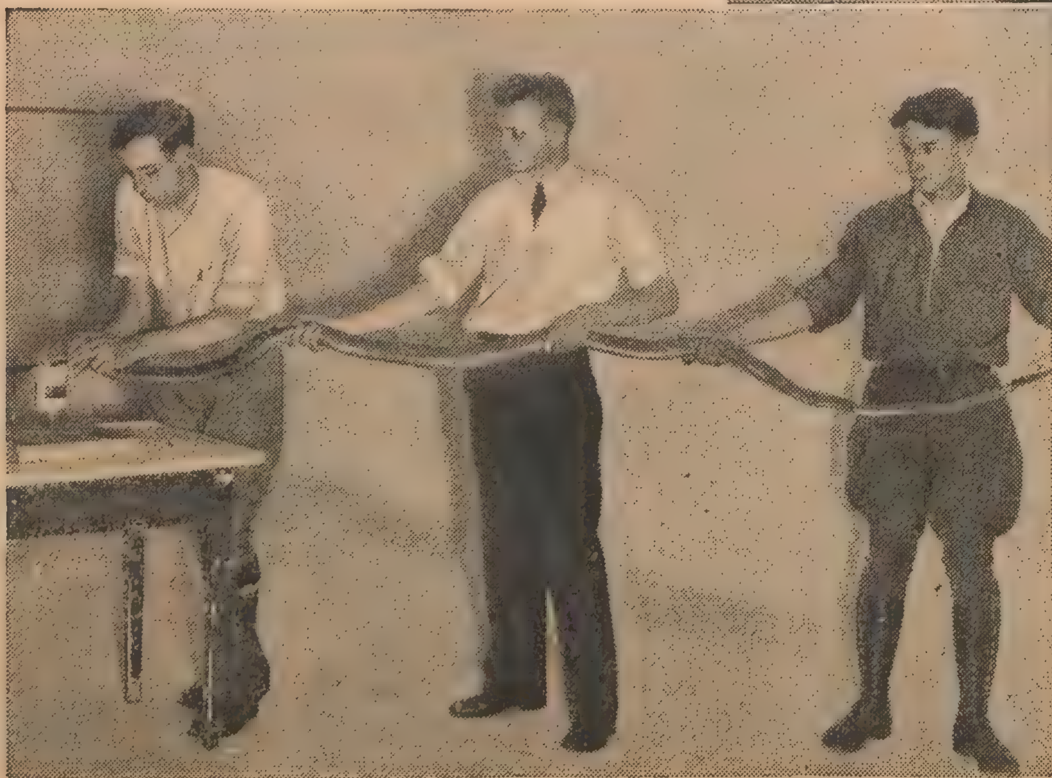
Alfredo G. Malbrán, el hombre que le corrió una carrera a la muerte, y se la ganó. Muestra el brazo derecho, después de veinticinco días de haber sido mordido por una yarará. La hinchazón era tres veces mayor de lo que aparece en esta fotografía.

"Las culebras, las serpientes yarará, de la cruz y de cascabel, abundan como los yuyos en estas regiones. Imagínese — agrega: — cuando llega la noche, la gente, en prevención de cualquier desagradable sorpresa, antes de meterse en la cama, la revisan porque muchas veces las víboras se meten entre las cobijas y allí se duermen. Esta precaución es un hábito en los pobladores del Norte. Las viviendas están generalmente resguardadas por puertas y ventanas con alambre tejido fino para evitar la entrada de todo insecto, y a pesar de ello, sucede que las víboras aparecen dentro de las habitaciones.

"Cuando salí de la Facultad y fuí a radicarme en Esteban Rams (F. C. C. N.), población situada al Norte de la provincia de Santa Fe, me equipé adecuadamente, dada la naturaleza de mi profesión. Cierta mañana me levanté y tranquilamente empecé a vestirme. Al calzarme las botas, olvidé sacudirlas. ¡Así también fué el susto que me pegué! Al ponerme la bota del pie izquierdo, sentí que algo raro se movía violentamente bajo mi planta, y como si hubiera sido tocado por un golpe eléctrico, saqué el pie y arrojé lejos la bota. Luego vi salir de ésta una inofensiva culebra que se había metido allí para dormir.

"Los muchos casos fatales de mordeduras de víboras me obligaron seriamente a buscar la forma de disminuir sus lamentables consecuencias. Me dirigí al Instituto Bacteriológico, sección Serpentario del Departamento Nacional de Higiene, solicitándole inyecciones antiofídicas. Como el suero resultaba sumamente caro e insuficiente para los muchos casos que había que atender, aproveché la propuesta del Instituto Bacteriológico de cambiar ampollas del suero antiofídico por serpientes vivas.

"Entonces me hice cazador de serpientes—agrega risueñamente nuestro interlocutor, — y así fué cómo conseguí tener en mi casa un regular stock de ampollas del suero antiofídico, y con ello atender tres o cuatro casos diarios de mordeduras de víboras, que podrían haber sido otros tantos casos seguros de muerte. Pero bien dice el refrán: "Que quien con



Cómo se extrae el veneno de una víbora cobra, operación que exige la intervención de varios hombres.

dico es la única garantía para serpientes venenosas del Chaco



Oprimiendo la cabeza de la serpiente se le obliga a arrojar el veneno dentro del recipiente especial, con objeto de elaborar el suero antiofídico.



La yarará, que causó la impresionante picadura al señor Alfredo G. Malbrán en el pueblo santafecino de Esteban Rams, es esta misma que ven nuestros lectores, y que fué muerta en el mismo lugar donde aparece.

fuego anda, alguna vez también se quema." Pues me tocó el turno de ser mordido por la terrible yarará. Hasta entonces nunca me había imaginado la actividad mortal de su veneno."

Nuestro reporteado hace una pausa, dándole lugar a su íntima emoción de saberse vivo. Fija sus pupilas en dos pequeñas cicatrices que tiene en la segunda falange del dedo pulgar de la mano derecha, y agrega:

—¿Ve estas dos marquitas?

Miro. Son casi imperceptibles, pero las distingo.

—Esa fué la picadura de una yarará.

Luego, sigue diciendo:

—Me encontraba a dos cuadras de mi chacra. Conocedor de las prácticas del campo, seguidamente, sobre el mismo minuto, me ligué fuertemente la muñeca, y aplicando los labios, succioné lo que pude en las dos pequeñas heridas que manaban un tenue hilo de sangre de color rojo claro.

"Pocos minutos después llegué a mi casa y preparé rápidamente una jeringa de inyección; pero he aquí que la fatalidad parecía complicada en el difícil trance. Al tratar de hacer jugar el émbolo de vidrio, éste no funcionaba, pues se había pegado a las paredes de la jeringa. La sumergí en alcohol hirviendo y se partió en dos mitades. Precipitadamente busqué otra jeringa que tenía abandonada. La aguja, que aparentemente estaba bien, luego de hervirla y querer absorber el suero, no permitía el paso de éste. El tiempo corría, y mi mano ya se había hinchado y adquirido un color violáceo, nada tranquilizador. Ante semejante apremio, insistí, y con gran esfuerzo pude aplicarme dos inyecciones subcutáneas del suero antiofídico a la altura del antebrazo. Pero comprendía que no era suficiente para contrarestar la energía del veneno, y, francamente, estimaba y estimo mucho la vida para dejarme morir sin hacer algo por vivir. Tomé la heroica decisión de tratar en una loca carrera, de vencer a la muerte, porque ésta ya me tenía medio atrapado. Me eché varias cajas de suero antiofídico al bolsillo, tomé mi automóvil y me lancé en una fantástica carrera por esos caminos de Dios, en dirección del pueblo Hercilia, distante once leguas de mi chacra, que las transpuse en solamente una hora de tiempo. En la mitad del camino bebí algua con bastante alcohol para fortalecer mi espíritu, que empezaba a declinar por los efectos de la ponzoña y de la desesperación. La mano había adquirido una forma monstruosa de hinchada. Apenas movía la punta de los dedos. Me dolía atrozmente, pero era a causa de la ligadura y falta de circulación. Me ligué fuertemente en la mitad del antebrazo, y aflojé la primera ligadura; sentí un alivio, pero fué solamente momentáneo.

"Cuando llegué a Hercilia, paré el automóvil en la puerta de la casa del doctor Di Tella y entré en su consultorio como un demente. Seguidamente este facultativo me aplicó una inyección endovenosa de 20 cm. cúbicos, otras dos subcutáneas en los omoplatos y otras dos en la región abdominal de 10 cm. cúbicos cada una. Media hora después me quitó la ligadura. Entonces entré en sopor y me invadió un profundo deseo de dormir.

"El edema siguió su curso rápidamente sobre el brazo, luego los omoplatos, y finalmente me tomó el pecho. La hinchazón llegó al extremo de que yo parecía atacado del mal de los árabes: la elefantitis.

"La suerte mía fué que el veneno avanzaba por el lado de mi brazo derecho, porque si hubiera sido por el izquierdo, yo hoy no contaba el cuento."

—¿De modo que vivir en el Chaco es jugar con la muerte?

—Exacto. Allí se vive eternamente en guerra entre hombres y serpientes y mil otros bichos ponzoñosos; pero lo que más abunda son las víboras. Actualmente la vida es un poco más llevadera, gracias al suero antiofídico, porque aplicándolo a tiempo, generalmente las personas picadas por las yararás, de la cruz o de cascabel, se salvan. Los casos irremisiblemente mortales son las mordeduras de las víboras del coral, que no hay en el país contraveneno eficaz para aplicarles a las víctimas.

"El Departamento Nacional de Higiene — agrega — todos los años hace circular envases por toda la república, procurando el envío de ejemplares vivos de serpientes ponzoñosas a cambio del suero salvador. También las compra. Esto lo digo por si alguien quiere dedicarse, durante el verano, al ejercicio de esta peligrosa profesión — terminó diciendo el señor Malbrán.



Esta es una yarará real, y ha sido fotografiada estando viva. Su tamaño era de un metro y setenta y cinco centímetros, y su picadura suele resultar, muchas veces, mortal.



En la QUEBRADA

Relato norteño

Por JULIA BUSTOS

ARREANDO sus burros pachones, iba Hilario cruzando la quebrada.

El camino, culebreando entre los cerros, ofrecía a su izquierda un contrafuerte de granito y a la derecha un precipicio.

Una tupida maraña de churquis, ceviles y algarrobos disimulaba el peligro de la montaña cortada a pico. Un frío viento cerrero jugueteaba con las alas de su amplio sombrero de ovejón.

El "huaira" hería sus carnes con alfilerazos helados; pero el sol, alto, doraba ya la hojarasca de los montes y las cumbres de los cerros.

Con una ojeada abarcó la tropa de burritos cargueros. Su semblante se iluminó al recordar el cargamento que llevaba: chalinas de alpaca, sombreros alones, barracanes finos, y en su "chuspita", en lugar de coca, cien pepitas de oro mercadas por cueros y lanas en la Rinconada.

Contento, comenzó a silbar una canción jujeña, pero de pronto enmudeció. El ruido de un motor que se acercaba parecía llegar en espirales por el camino pedregoso de la quebrada.

Como obedeciendo a un mágico conjuro, los burritos detuvieron su marcha y se colocaron en hilera con las cabezas vueltas hacia la pared de lajas. Veinte metros adelante, el camino se bifurcaba, e Hilario vió que un automóvil bajaba velozmente, como huyendo, por el camino de la aguada.

¿Sería Valerio, el mayordomo salteño de la estancia "Los Sauces"?

En la duda, tuvo un mohín de disgusto, y, para desquitarse, empezó a canturrear una canción burlesca:

—Oiga, cocherito,
por cuánto me va a llevar
a la calle Caseros,
frente al pancero
me va a dejar.

Quiero comer ají
que pique hasta reventar,
para volver a casa
y probarle a Juana
que sé cantar.

Después se volvió hacia los burritos. Estos ya habían reanudado la marcha, y el tintineo de sus cencerros ponía una nota alegre en la mañana.

Más por costumbre que por necesidad, Hilario arreó a la recua gritando:

—¡Juira! ¡Juira!... — Y su voz fué repetida entre los cerros por el eco amoroso de la quebrada.

A mediodía llegó a su choza, techada por iros, pircada con champas.

Encerró los burros en el corral de pirca, descargó los costales y petacas, y luego, paso a paso, extrañado por el silencio con que se le recibía, penetró en el rancho.

En un rincón, sentada sobre un cuero, hilaba una anciana.

—Güen día, agüelay.

—Güen día, m'hijo.

—¿Y la Griselda?

—Tempranito se jué a juntar menta y paico pa su comagre Damiana qu'está enferma y la mandó iamar con un chango.

—¿Y nu ha güelto entuavía?

—A la tarde hai golver.

Malhumorado por la noticia, se sentó en silencio, cabizbajo.

La anciana lo miró con cariño.

—¿No querís comer? Ahí tenís mote, sopaipilla y un yuro llenito de aloja.

—Más luego hei comer.

—Contáme algo, muchacho. ¿Qué tal pu esos pagos?

—Lo mesmito que siempre, agüelay. Los hombres, guapiando por un amor o una esperanza, pero mirándose recelosos como uturuncos en celo. Y tuito pu el dinero; ¡maldito invento!, e Zupay.

—¿Y más de allasito, en los pueblos d'arriba?

—Lo mesmo. Pa usté lei traído un rebozo 'e lana pa que no sienta los golpes del huaira.

—Muchas gracia, m'hijo.

Distraído por la conversación, empezó a comer lentamente.

Cuando terminó, estiró en el suelo un cuero de llama, arregló el recado y las caronas a manera de almohada y se dispuso a dormir la siesta.

Entre sueños le parecía ver a su china: carita rosada, los ojos como diamantes negros, las cimbas largas como boas en celo, cariciosas y pérfidas, retorciéndose en extrañas ondulaciones sobre la espalda; la pollera plegada; ceñidito al cuerpo un pañolón de lana, y sujetando el cabello sobre las sienes, una vincha blanca.

El sueño adquirió de pronto realidad y vida.

—¿Dónde vas, Churita?

—A buscar salvia y paico, pa mi comagre Damiana.

—¿Querís que te ayude? Chunquitay de mi alma...

—¡Ay! Si sos tan güeno, subite hast'el cerro y traeme un ramo de yaretas blancas.

Después la veía cuidando las cabras, tejiendo chalinas, hilando la lana. Siempre tan donosa, tan buena y tan guapa.

De pronto, despertó angustiado.

—¡Agüelay! ¿Nu ha güelto?

—¿Quién, m'hijo?

—Griselda...

—Más tarde hai golver.

Febril y agitado se puso de pie, apartó los cueros, retiró el recado y salió del rancho.

—¿Ande vas, Hilario?

—A buscar a Griselda al rancho 'e la Damiana.

—Ya'i venir, muchacho.

—Dejuro, pero yo iré al alcance.

Al salir de la choza, abrigada y cálida por su baja techumbre, el viento helado del cerro le golpeó la frente.

Sintióse más ágil, creyóse más fuerte y emprendió la marcha, dispuesto y alegre, entre los churcales y las pasacanas.

Los pocochitos de los tolares pasaban volando junto a los keus. Pero Hilario no veía nada. Obsesionado por una obscura idea, quería llegar cuanto antes al rancho de la Damiana.

Ya se le hacía largo el sendero de cabras por donde ascendía.

Pero ya llegaba. Entre unos ceviles se veía la mísera choza de suncho, barro y paja.

Al acercarse al corral de pirca, unos perros le salieron al encuentro. Pero al husmear al visitante, se quedaron tranquilos. Este, nervioso, penetró en el rancho.

En un rincón, sobre un catre de tientos, arropada con cueros y mantas, yacía una anciana. Al alcance de su mano había un cocimiento de hierbas.

—Güenas, comagre; ¿qué tal se halla?

—Lo mesmo que piedra mellada por los ríos del cerro: cada vez más chica, cada vez más vieja.

—No se ponga triste; si esto nu ha 'e ser nada.

—Los años m'hijo, tuito lo gastan.

—¿Y la Griselda?

—Se jué a la mañana. Me remedió mucho, porque es muy güenaza. Eia me había dicho que quería esperarte cuando regresaras. Se jué tempranito, antes que la sombra del cerro caiera en la falda.

En la frente del mozo se crisparon dos arrugas inquietas.

—¿Así qu'está sola?

—Solita mi alma.

—Antes que se juera, ¿no ricuerda nada, qu'eia li haia dicho?

—Ahura que ricuerdo, antes que partiera, le dije: "Si podés, Griselda, trotate hasta'l abra, pu ya que las cabras si han salíu del cerro, quisiera que ordeñes l'oveja qu'es mansa.

—¿Y nu ha güelto?

—Nu ha güelto. Yo craiba qu'estaba en tu casa.

—¿Qué le habrá pasao?

Inquieto, nervioso, Hilario salió de la choza. Un temor supersticioso lo embargaba.

Ya corriendo, ya a saltos, como un jaguar que inicia una carrera, bajó el barranco.

Llegó al abra. Entre las pajas de un chiyagual vió unas cabras y una oveja. Después, nada.

Desesperado, buscó entre los molles, los ceviles, los chañares.

Un temor angustioso crecía en su alma.

¿Habría hallado a un tigre?

Pero de día, el uturunco casi no anda.

Volvió otra vez al cerro; tomó el camino de la aguada. Sobre la senda de rodados, reconoció las huellas de un auto.

¿Y si la hubieran robado? Como un relámpago, cruzó por su mente la visión fugaz de la mañana, el automóvil que pasó como huyendo por la quebrada.

¿Sería el auto de Valerio, el indino, que la requería de amores... desde la feria de Pascua? ¡Malhaya!

Ya no era un hombre, era una fiera, que bajaba casi a saltos por el camino de la aguada.

El cabello desgreñado, los ojos como ascuas, las manos como garras dispuestas a la pelea.

Al llegar a un barranco, la senda se angostaba. "La encrucijada de la muerte", le llamaban por el número de accidentes acaecidos después de las lluvias, cuando las ruedas patinaban.

Hilario no quería mirar; sentía que se ahogaba.

Un sudor frío le corría por las sienes, pero tampoco avanzaba. Parecía que había echado raíces en la roca. Por fin, reaccionando, se acercó al borde del barranco.

Un grito ronco, ahogado, como de animal herido, salió de su garganta.

Allá, abajo, estaba el automóvil de Valerio y dos cuerpos informes, destrozados.

Gimiendo como un niño, bajó la empinada cuesta. Instintivamente se apoyaba en los troncos de los molles, de los churquis, de los ceviles. Las espinas desgarraban sus ropas; sus manos y sus pies sangraban.

Al llegar al cadáver ensangrentado de Griselda, sintió que su vida se trasuntaba en un río de lágrimas.

Loco, delirante, se arrodilló ante los restos de la amada.

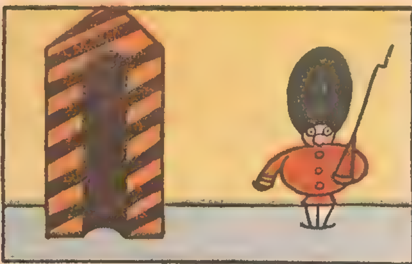
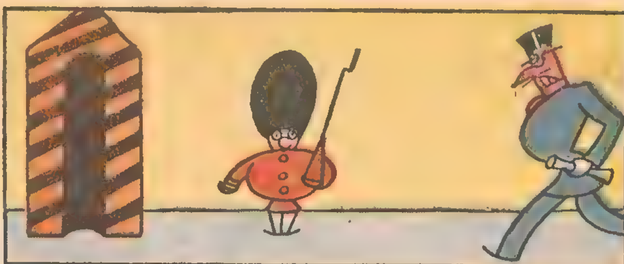
Al caer la noche sobre las faldas de los montes, los cardones, enhiestos, parecían una procesión de penitentes que imploraban.

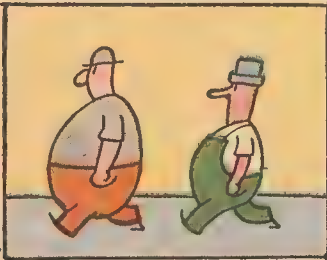
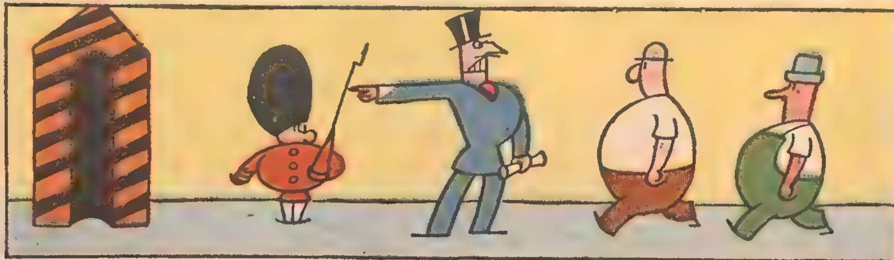
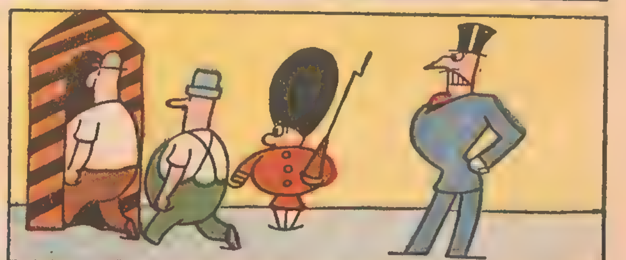
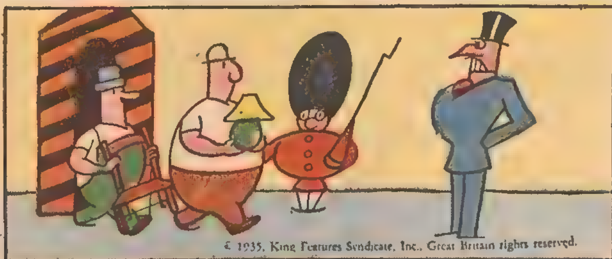
Al pie del cerro, con los brazos en alto, como un cardón petrificado, un hombre miserable, lloroso, invocaba a los dioses y a Pachamama.

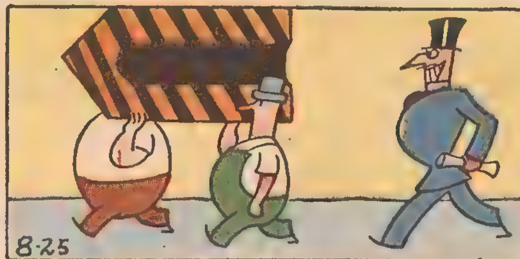
Ilustró MONTERO LACASA

POMIDORO el CENTINELA

POR O. SOGLOW

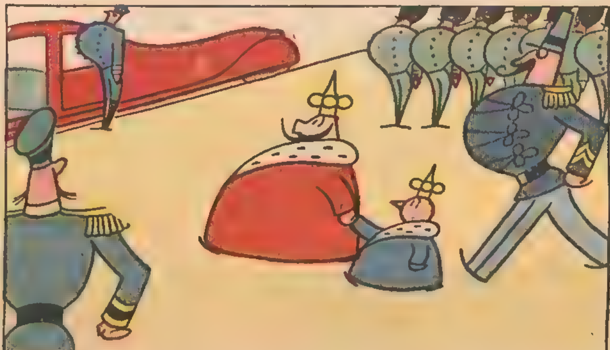
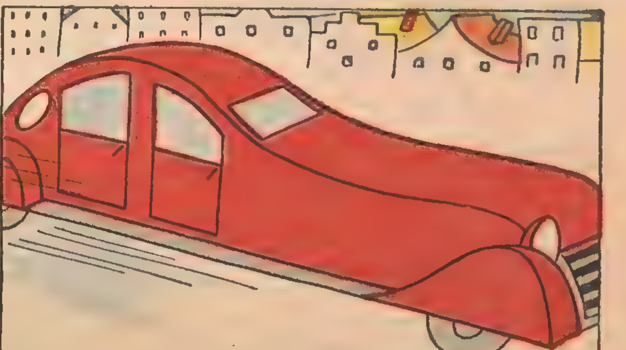
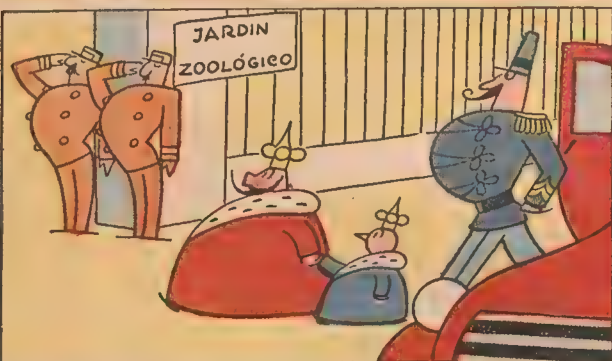






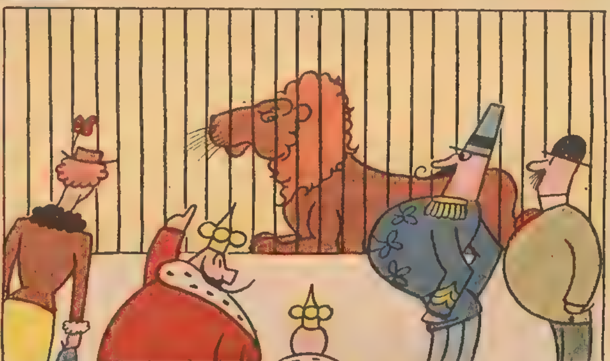




AVENTURAS DEL REY PETISO

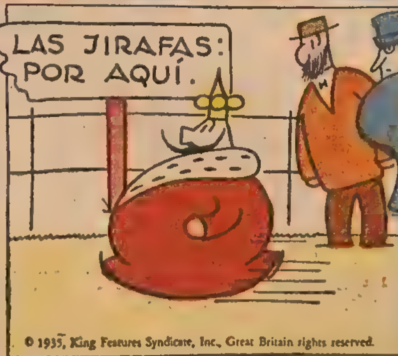


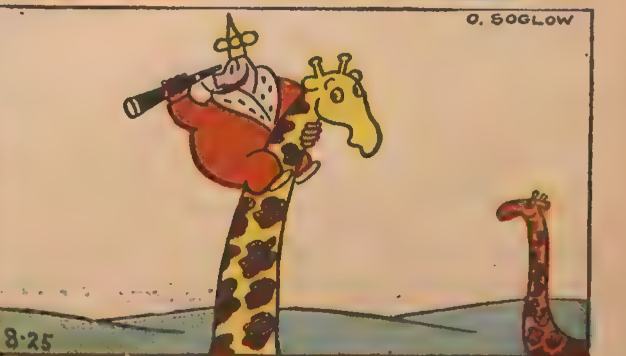










S. M. TIENE UN RECURSO PARA CADA COSA

La CONTABILIDAD de don NICOLA

"La contabilidad de don Nicola" es un cuento sentimental, en que el autor Julio Argentino Nuche, refiere el drama de un "bolichero" que después de haberle costeado una carrera a su hijo, le cede en mala hora la contabilidad de su negocio. Es el drama del inmigrante en quien por sobre todos los conocimientos prima un claro sentido de la economía.

Por
JULIO ARGENTINO NUCHE



HABRÁ contabilidades complicadas, pero como la del almacén de don Nicola... ¡hum! Con ser por partida simple, ni él siquiera la entendía... No llevaba más que un libro: un señor libro del mil y pico de folios. Allí iba a parar todo lo que vendía o compraba, al contado o en cuenta corriente. Don Nicola decía que era el primer tomo de la historia de sus actividades comerciales. Y tenía razón, si se considera que en él consignaba tanto las operaciones mercantiles como las causas que motivaban el despido de un dependiente. Así, por ejemplo, se leía en uno de los folios de ese "memorándum" extraordinario: "Hoy, día 30, le doy la galleta al manquito, porque se escondía las latas de sardina en la manga del saco."

En la contabilidad especialísima de don Nicola, notábase otra particularidad interesante: no figuraban en ella los nombres propios de sus deudores. Los distinguía por apodos, de acuerdo con sus defectos físicos. La *chueca*, la *barrigona*, la *flaca*, la *jorobada*, etc. Cuando se daba el caso de clientes que adolecían del mismo defecto, el hombre se arreglaba así: la flaca del *vestido verde* y la del *vestido colorado*; o la gorda *de enfrente* y la gorda *de al lado*.

Tal sistema de contabilidad, según don Nicola, era el mejor, porque no le daba dolores de cabeza más que una vez al mes, es decir, cuando tenía que efectuar los resúmenes de cuenta de sus clientes. Cada treinta días, pues, sentíase mal de la cabeza, y doña Genoveva, con la debida oportunidad, iba a la farmacia en busca de un calmante, que colocaba junto al libro. Si el día treinta caía en domingo, no había cinematógrafo ni moneditas para los chicos. La mujer lo dejaba trabajar en silencio. Reunía a las criaturas y se iba a dormir, que era lo más conveniente, ya que resultaba peligroso molestar a don Nicola cuando se devanaba los sesos pensando si un kilogramo de yerba se lo había imputado a la cuenta de la flaca del *vestido colorado* en vez de hacerlo en la del *vestido verde*. Entonces sudaba a mares, se mordía los bigotes, clavaba la vista en las telarañas del techo, se pasaba la lapicera por la cabeza calva, con tanta frecuencia, que dejaba el cuero cabelludo convertido en un pergamino chino. Al día siguiente, al hacer la cama, doña Genovera pensaba, al notar la almohada con manchas de tinta:

—¡Pobre Nicola! Hay que ponerle un tenedor de libros.

Juancito, el mayor de sus hijos, que contaba a la sazón once años de edad, era el único que podía permanecer a su lado mientras hacía los resúmenes de cuenta. Sentía por el niño un cariño y una admiración muy grandes, y le permitía alguna indicación sobre sus errores de suma. El chico por su parte, contemplaba al padre con sus ojos grandes y chispeantes de vivacidad. Con las manos cruzadas sobre la espalda, permanecía horas enteras al lado de él, de pie, mientras la madre y sus hermanitos dormían; cuidándose, eso sí, de no importunarlo con excesivas indicaciones. Solamente cuando el padre incurría en errores garrafales, acudía en su auxilio:

—Papá, de setenta y ocho se llevan siete..., no setenta.

Don Nicola dejaba caer la pluma, lo estrechaba contra sí y le respondía:

—¡Bravo, Juancito; sos un diablo! Estudiá, que algún día serás tenedor de libros y me sacarás de apuros.

Y Juancito estudiaba. Tenía vocación por los números. Su punto fuerte era la aritmética. Cuando el padre le preguntaba qué quería ser, le contestaba:

—Doctor en ciencias económicas.

A don Nicola le parecía que eso de doctor era muy largo; pero el negocio daba. Si había plata para diversiones, también habría para libros.

Y Juancito llegó a ser lo que quiso: doctor en ciencias económicas.

Cuando el hijo de don Nicola tuvo en sus manos el título profesional, después de un brillante examen, se vió asaltado por una preocupación, la de organizar la contabilidad del comercio del padre, ya que éste, a pesar de sus años y de hallarse en cómoda situación económica, no quería deshacerse de su almacén, el más antiguo y acreditado del barrio. Era un pasatiempo para él y cuando le insinuaban que abandonara el negocio, replicaba:

—Mientras pueda tenerme en pie, nadie me sacará del mostrador. No lo puedo dejar. A él le debo mi bienestar actual. De este mostrador salió todo...

Don Nicola cedió sólo en un punto, ante las reiteradas instancias de Juan, el "doctor en números", como solía llamar a su hijo, con orgullo. Permitiría que su contabilidad fuera modernizada, aunque ello no dejaba de contrariarlo. El antiquísimo libro de los mil y pico de folios fué, pues, a ocupar un modesto lugar debajo del mostrador, cubriéndose con el polvo del olvido. Se instaló un escritorio, vinieron libros rubricados, biblioratos, carpetas, archivos... y la máquina de contabilidad quedó debidamente montada.

Cuando comenzó a funcionar, con un minucioso inventario, don Nicola sonreía mientras observaba, calándose los lentes, las anotaciones que hacía su hijo en los libros rubricados. Cuando éste le habló de "asientos" en los registros, se quedó estupefacto. Pero volvía luego a sonreír de buena fe. ¡Miren que hacer asientos en los libros! Le hacía gracia. En vez de números, los tenedores de libros hacen *asientos*.

Tampoco se explicaba cómo el Mayor era tan pequeño. ¡Qué diferencia con el libro suyo, de los mil y pico de folios! ¡Ese sí que era un libro mayor!

Organizada la contabilidad, Juan propuso al padre otra innovación. Le insinuó la conveniencia de que modificara su rúbrica, por demasiado compleja. Eso no era una rúbrica, era el dibujo de un ovillo de hilo. Don Nicola miró al hijo con sorpresa. ¡Eso nunca! Convertirse él en falsificador de su propia firma... No hubo nada que hacer y el hombre continuó con su antigua rúbrica.

Aparte de eso, dió a su hijo amplias facultades para hacer y deshacer en materia de contabilidad, de suerte que, al poco tiempo, el comercio ya no parecía el mismo..., y a don Nicola ya no le dolía la cabeza al fin de mes.

Transcurrieron varios años. Don Nicola experimentaba ya los achaques de la vejez. Una serie de contratiempos habían minado su organismo. El negocio también se venía abajo. Doña Genoveva, postrada en cama a causa de una larga y dolorosa enfermedad, le "comía" la casita. Sus ahorros se iban esfumando. Su hijo, el "doctor en números" se había echado a perder. Derrochaba el dinero del padre en los cabarets, donde terminó por enamorarse perdidamente de una bailarina. Con ella desapareció un día, y, desde entonces, nada pudo saber de él.

Una mañana, al abrir las puertas del negocio, don Nicola se echó a llorar como una criatura, contemplando los libros modernos de contabilidad, los estantes casi sin mercaderías, el cajón del mostrador vacío. ¡Todo se había venido abajo! Hasta los clientes antiguos lo abandonaban, atraídos por otros nuevos y lujosos comercios.

Desde la puerta del almacén, con las manos cruzadas debajo del delantal, que hacía quince días que no se quitaba de encima, contempló el aspecto del barrio, en pleno florecimiento. La calle estaba ahora pavimentaba, los edificios eran modernos, profusa la iluminación, intenso el tráfico de vehículos. Todo era progreso en torno suyo; pero el almacén se venía *abajo*. Era en el barrio algo así como un recuerdo histórico, con su antigua vidriera, su fachada descolorida, los altos umbrales de la puerta, frente a la cual, sobre la acera, estaba aún, como de centinela, el banco rústico de madera sobre el cual solía sentarse don Nicola en los crepúsculos dominicales.

Se dirigió al pequeño escritorio donde se hallaban, abandonados, los libros de contabilidad. Los tomó con desprecio, los arrojó al suelo, los pisoteó. Luego recogió el antiguo libro de los mil y pico de folios, con sus hojas amarillentas y carcomidas por la acción del tiempo. Lo limpió, se caló los lentes y, tomando la lapicera con mano temblorosa, y como si quisiera revivir su lejano pasado, escribió, con lágrimas en los ojos: "La gorda, medio kilo de yerba... La flaca, medio de azúcar..."

Ilustró MONTERO LACASA



El PAMPERO

Por GERMAN GARCIA HAMILTON

Viento gaucho, en cuyo brío,
que a cielo y tierra amenaza,
muestra el genio de la raza
todo su impulso bravío.
Cuando el nublado sombrío
tiende en el aire su velo,
él llega en rápido vuelo,
y ante su racha violenta
corre aullando la tormenta,
bajo la curva del cielo.

De su carrera al empuje,
como potros desbocados
se dispersan los nublados,
y el viejo ombú tiembla y cruje.
Cual tigre acosado ruge;
mas si al reposo se entrega,
por descansar de su brega,
fatigado y somnoliento,
hay en su voz el acento
de un "triste" de Santos Vega.

Y entonces, trocado en brisa,
mece los colgantes nidos,
y de los sauces dormidos
besa la frente sumisa.
Trémula llama indecisa
sobre los juncos resbala;
dobla el "chajá", bajo el ala,
su cuello de grises plumas,
y entre fantasmas de brumas
corre fugaz la "luz mala"...

Viento de vincha y facón
rudo, fiero, resonante,
eres el alma gigante
de la Pampa, hecha ciclón.
Tu alarido de "malón",
que en sordo trueno revienta,
las tempestades ahuyenta
y por los espacios sube,
acicate de la nube,
látigo de la tormenta.

La sabiduría de los refranes

Al hombre osado la fortuna le da la mano. — Manifiesta que suelen lograrse mejor las cosas cuando se emprenden sin reparo ni timidez.

Buen hombre, pero mal sastre. — Se dice de las personas de buena índole o genio, pero de corta o ninguna habilidad.

Guárdate de hombre que no habla y de can que no ladra. — Advierte que no debemos confiar en ellos, porque de ordinarios son traidores y hacen el tiro antes de ser sentidos.

De hombre obstinado y de borracho airado. — Aconseja la cordura de huir y apartarse de este género de gentes.

Al hombre viejo, múdale el aire y te dará el pellejo. — Significa que a veces resultan fatales consecuencias pretendiendo hacer innovaciones en ciertas cosas cuando ha pasado la oportunidad.

Anda el hombre a trote por ganar su capote. — Denota la gran solicitud que algunos emplean con objeto de adquirir lo necesario para su conveniencia.

El hombre sentado, ni capuz tendido ni camisón curado. — Que enseña que las conveniencias se pierden y malogran por la pereza y la ociosidad.

De hombres es errar; de bestias, perseverar en el error. — Nos enseña que las personas debemos ser dóciles, y no tercas y obstinadas en nuestros dictámenes.

Al hombre venturero, la hija le nace primero. — Con que se indica ser ventura para un matrimonio tener pronto una hija.

De hombre arraigado no te verás vengado. — Advierte la dificultad que hay en tomar venganza de personas hacendadas y poderosas.

Moda parisiense

Con indignado tono de reproche, Mauricio de Waleffe ha descripto no hace mucho el departamento de una parisiense del momento actual, de la siguiente manera:

"Entrad en el departamento de una parisiense, amueblado según la moda del día. En la antesala encontraréis dos o tres polichinelas echados sobre los taburetes y divanes. En la sala, otros muñecos. El budoar, el cuarto tocador, el dormitorio están llenos de "pupazzi" con los ojos asombrados y una cara de piel pintada, de pierrots pálidos con casacón de raso negro y de muñecas a la última moda, vestidas por el gran costurero. Las hay de todos los precios, desde doscientos hasta tres mil francos, y de toda talla, hasta del tamaño natural, que no tienen nada de infantil. ¿Serán los juguetes del niño de la casa? No. La casa no tiene niños. Hay, a la verdad, una niñita de vestidito corto que sale a recibiros. Mas es la dueña de la casa; tiene de treinta a cuarenta años. Sus únicos nenes ahí están: son de paño."

El FOLLETIN *de* "MUNDO ARGENTINO"

Mujer sin miedo

Por GLADYS JOHNSON



V

HABIA escaso movimiento en "El Capricho" durante las horas matinales. La clientela de Mecha Parker no era madrugadora, y Mecha misma, que ya comenzaba a perder el entusiasmo de los primeros momentos, no aparecía por allí hasta después del almuerzo. En cuanto a Ha-Ling, cuyos servicios no se requerían sino por la tarde, no llegaba nunca antes de las once.

Hasta esa hora Ardeth estaba sola en el negocio, dedicada a la lectura o al ensueño. Su imaginación se apartaba a cada instante del libro para evocar su entrevista de la víspera con Carlos Gleason o para explayarse en un ansioso adelanto de lo que ocurriría en el nuevo encuentro de ese día. Porque Ardeth no ignoraba que Carlos se iba a hacer presente en un momento cualquiera de la jornada, que podía hallarlo aguardándola en la esquina cuando saliera a almorzar, o que llegaría en mitad de la tarde con el pretexto de saludar a Mecha o de encontrarse con su amigo Tomás Corbett. Y siempre habría entre ambos unos breves minutos de intimidad, unas pocas frases cambiadas en secreto — muchas veces ante la mirada maliciosa de Mecha, — como si fuese menester ocultar a los ojos del mundo el vínculo sentimental que los unía.

Jamás se le ocurría a Ardeth razonar sobre lo extraño de tal situación. Para razonar le habría sido preciso despertar de su sueño, y abrir los ojos a la realidad hubiera equivalido a dar alas al vago temor que sus celos de Cecilia ponían en su corazón atormentado por el confuso presentimiento de que su dicha no podía durar.

Un día el obscuro presagio se trocó en certidumbre. Una noticia inesperada rompió brutalmente el encantamiento.

Al entrar Ha-Ling en el negocio, se oyó llamar desde el saloncito chino:

—¿Es usted Ha-Ling? ¡Escuche, Ha-Ling!

Había algo de patético en la voz de la señorita Carroll. La chinita la encontró sentada en el sofá, de codos sobre la mesa, vestida como para salir. Estaba sumamente pálida, tenía los ojos inyectados y dos manchas de un rojo lívido en las mejillas.

—¿Qué ocurre, señorita Carroll? — inquirió la muchacha en el tono afectuoso con que siempre se dirigía a Ardeth.

—Haga el favor de telefonear inmediatamente a la señorita Parker, Ha-Ling. Dígale que venga a hacerse cargo de esto. Tengo que marcharme a casa. No me siento bien.

Ha-Ling era demasiado perspicaz y estaba enterada de muchas cosas para no advertir que hacía falta bastante más que un malestar para que la señorita Carroll se ausentara en esa forma, sin esperar siquiera la llegada de la señorita Parker.

Acababa de ver sobre la mesa en que Ardeth había estado apoyada las tapas verdes de un semanario que no le era desconocido. Tomó el ejemplar de "El Espía" que el cartero debió haber llevado esa mañana, y no necesitó hojearlo mucho rato para hallar lo que buscaba. La página estaba señalada todavía por dos círculos húmedos. Sus ojos recorrieron rápidamente el breve y maligno comentario que había provocado tanta desazón a Ardeth.

"Hasta hoy habíamos esperado con sostenido interés la formalización del compromiso de cierta bellísima rubia con un distinguido caballero que fué hasta no hace mucho figura de primera magnitud en el football universitario. El compromiso, como los de la realeza, se efectuó por acuerdo de las dos familias. Pero conviene recordar que hay otras beldades rubias — aunque no de la realeza — y otros ojos azules... ¡Cuidado, Cecilia!"

Entretanto, Ardeth, en lugar de ir a su casa, vagaba a la ventura por las calles. Ni por un momento se le ocurrió dudar de la veracidad de la noticia que había leído en "El Espía". Sus propios recuerdos la corroboraban. Ahora comprendía la razón de aquella sombra que había visto pasar por la mirada de Carlos el día en que estando solos en la playa, se había mencionado el nombre de Cecilia Parker. Comprendía también la causa de ese vago temor que siempre había existido bajo la aparente alegría de sus palabras de intimidad. Y una prueba más de lo bien informado que se hallaba el periódico estaba en la alusión que de ella se hacía.

¿Quién sería el indiscreto testigo de sus encuentros con Carlos? ¿Lo habrían visto, tal vez, en las dos o tres oportunidades en que juntos habían concurrido a un baile o a una cena?

¡Ahora todo había concluído! Era la eterna historia: un hombre de elevada posición cautivado por la cara bonita de una mujer que actuaba en el mismo mundo de riqueza y de bienestar en que vivía él. Nada podía reprochar a Carlos. Ella tenía toda la culpa por haber puesto los ojos demasiado alto, por haber pretendido salirse de su propia esfera. ¿Qué cargos podía formular a Carlos Gleason por haber tomado el corazón que ella tontamente le había ofrecido en sus labios?

Mientras caminaba por la playa, hacia donde la había arrastrado una fuerza superior a la suya, rememoraba las palabras de Alberto: "Toda la gente rica es igual, Ardeth. Aprovechan de ti cuanto pueden, y luego te arrojan a un lado..." Se sentó en la arena, mirando el ir y venir de las ondas encrespadas por el viento, y lloró amargamente el derrumbe de sus ilusiones, la muerte de un ideal que era su vida.

Anochecía cuando emprendió el regreso hacia su casa. Había un coche en la esquina, parado en el mismo lugar donde Carlos estacionaba el suyo. Antes de que tuviese tiempo de reconocerlo, Carlos se precipitó de él y corrió a su encuentro.

—¡Ardeth! ¿Dónde has estado todo el día?

—¿Qué importa ya dónde pueda estar? — respondió ella sombríamente.

—¡Bien sabes que me importa! — protestó con calor. — Mecha me dijo que estabas enferma. Hablé a tu casa y me contestaron que nada sabían de ti.

—¡Has..., ha telefoneado a casa!

—Naturalmente, querida. Y luego

me vine aquí, dispuesto a esperarte aunque fuese hasta la medianoche. — La tomó suavemente por el brazo. — Pero no podemos hablar en este lugar; ven, subamos al auto.

—¡No! — dijo ella, soltándose bruscamente.

—Es a causa de lo que publica "El Espía", ¿verdad?

—Sí.

—Me lo imaginé inmediatamente — dijo él, tratando de sonreír y tomándola de nuevo por el brazo.—¡Tontita! Ven; tengo mucho que contarte, pero es peligroso conversar aquí.

Ella se dejó conducir dócilmente. Sólo un instante había conseguido aferrarse a su premeditada frialdad. No habría sido posible resistir a la jubilosa sensación que la invadía por estar de nuevo cerca de Carlos, por leer en sus ojos y escuchar en su voz lo que jamás se habría cansado de leer y escuchar: que Carlos la quería inmensamente.

Ni una palabra cambiaron hasta que salieron del bullicio del tráfico y entraron en el parque. Entonces Carlos detuvo el coche junto al lago y se volvió hacia ella, buscando su mirada.

—¿De modo que tú también leíste ese pasquín? — preguntó con tristeza.

De pronto, Ardeth había recobrado su calma y su orgullo. Consciente de la crueldad de sus palabras, porque bien advertía el abatimiento de Carlos, comentó fríamente:

—Me parece muy natural. Al fin y al cabo, usted tiene derecho para elegir...

—No hables así, querida.

—La moral de nuestros días no es tan escrupulosa, Carlos. No se obliga a ningún hombre a casarse con cada muchacha que besa, máxime si ella es de condición inferior a la de él. — Otra vez Ardeth tenía conciencia del daño que estaban causando sus palabras, y se complació en ahondar la herida. — Mi deber es felicitarlo por la elección; Cecilia es encantadora. Sin embargo, ¿por qué tanta reserva?

Él la rodeó con el brazo y la sacudió nerviosamente, con impaciencia. Luego, aplacándose de pronto, murmuró:

—¡Si supieras, Ardeth, las penas que estoy pasando!...

Ya no era posible mantener la ficción. Ardeth se sintió invadir por una ola de ternura.

—Pero... ¿es cierta la noticia, Carlos? — preguntó. Y los segundos que tardó la respuesta le parecieron una eternidad poblada de angustias.

—No, querida. No estoy comprometido con Cecilia. Sin embargo, me cuesta mucho explicarte exactamente lo que ocurre. Había abrigado la esperanza de que las cosas se arreglarían por sí solas, ¡y en cambio...!

Hubo un largo silencio. Ardeth, reclinada en el hombro de Carlos, sintiendo la suave presión de su brazo que la rodeaba, había alzado los ojos al cielo y miraba parpadear por entre el follaje las primeras estrellas de la noche.

—Te lo contaré todo para que tengas una clara idea de mi posición — dijo él finalmente. — La relación entre mi madre y los Parker data de mucho tiempo. Cuando Cecilia y yo éramos chicuelos, ya se hablaba de que nos casaríamos algún día. Tú sabes que estas cosas empiezan siempre como broma, hasta que todo el mundo concluye por esperar que se convertirán en realidad. Yo nunca pensé mayormente en el asunto. Jamás le dije a Cecilia una palabra en serio; no podía decírsela, porque sólo sentía hacia ella el afecto que se profesa a una amiga de la infancia. ¿No me crees, Ardeth? — Sus ojos suplicantes se clavaron en los de ella.

—Quiero creerte, Carlos.

—Muchas veces había oído decir a Cecilia que ella, antes de casarse, quería divertirse y aprovechar bien de su

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Ardeth tiene relaciones con Alberto; pero, no obstante, se siente atraída por el deportista Gleason. Mercedes Parker, amiga de éste, cansada de hacer vida social, según dice, instala un negocio, a cuyo frente coloca a Ardeth. Allí ésta traba relación con Gleason, a quien conocía sólo de vista. Este y Ardeth realizan un paseo por el campo y ambos se hacen demostraciones de amor. Pero cuando más ilusionada estaba la joven, el galán deja de aparecer por la casa donde ella trabaja. Carlos reaparece, volviendo a ilusionar a Ardeth.

libertad. Puedes suponer que la afirmación me tenía sin cuidado. Más aún: me tranquilizaba, porque si algo me impedía poner la situación en claro, era la intención de no disgustar a mi madre, y en vista de que mi supuesta novia no se apresuraba por llegar al matrimonio, yo podía dejar correr las cosas. Pero llegaste tú... y todo cambió en mi existencia. No se puede censurar a un hombre el que se enamore como yo me enamoré de ti. ¡Cuántas veces he pensado, sin embargo, en que debí callar mi pasión! No debí, quizá, haberte hablado de mi cariño hasta no tener la certeza de que podía pedirte que fueses mi esposa.

—¿Por qué? — murmuró ella, sin atreverse a mirarlo.

—No sabía cómo decírselo a mi madre. La pobre está tan habituada a la idea de mi matrimonio con Cecilia...

—¡Oh! — exclamó Ardeth con un tono de burla.

—Tú piensas que soy uno de esos chiquillos pegados a las polleras de la madre — dijo él amargamente. — Pero es que no comprendes.

—Creo que un hombre tiene derecho a elegir su propia vida — replicó ella fríamente.

—Un hombre que no se encuentre en mis condiciones, Ardeth. Mi vida está enteramente supeditada a un sagrado deber, y tú serás la primera en reconocerlo cuando sepas la deuda que tengo con mi madre. Hasta la muerte de papá habíamos vivido poco menos que en la opulencia. Pero al quedar viuda, mi madre, que estaba habituada a los halagos de la fortuna, se halló de pronto al borde de la miseria. Mi padre había realizado arriesgadas especulaciones y todo lo había perdido. Mamá, demasiado orgullosa para pedir ayuda a sus amigos, ni aun a los Parker, no quería, sin embargo, que yo me enterase de nuestra desgracia, porque ello habría podido arriesgar mi futuro. Yo acababa de ingresar en la universidad, y ella decidió que yo debía pasar esos cuatro años libre de preocupaciones y de economías. No había dinero suficiente para costearme los estudios, pero ella encontró un camino. Vendió todas sus joyas y levantó la casa. Me dijo que se marchaba a Europa y que no regresaría hasta que yo me recibiese. En lugar de eso, se fué a vivir a una miserable habitación amueblada y se aisló de todo el mundo, a fin de que yo no pudiese enterarme de la verdad. Las cartas que me escribía se las enviaba a una amiga de Inglaterra y desde allí me las remitían. Nunca sospeché nada hasta que cayó enferma y la internaron en un hospital. ¡Gravemente enferma, porque para que yo no careciese de nada se había privado hasta del alimento!

"Estuvo a punto de morir. Yo habría sido el responsable de su muerte. Aun cuando su sacrificio hubiese sido insen-

(Continúa en la página 61)



CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Después de declararse a Joan Crawford diariamente durante dos años, Franchot Tone consigue ser su marido

AL fin se han casado Joan Crawford y Franchot Tone! Desde que se divorció de Douglas Fairbanks, hace dos años, tuvo que resignarse a verse cortejada por Franchot Tone. Ella misma decía haber perdido la cuenta de las veces que se le había declarado. Y no es que no le interesara. Lo que sucedía era que Franchot resultaba demasiado joven. Y, como según Joan, su anterior marido había fracasado precisamente porque Douglas era muy joven, no quería exponerse otra vez al mismo riesgo.

Franchot tenía entonces 27 años. Era un apuesto galán, simpático, emprendedor. Ella no le dijo ni sí ni no.

Era bien parecido, inteligente y tenía dinero. Lástima que todavía era un poco pichón... Le gustaba demasiado la farra y eso resultaba un peligro. Joan decidió en consecuencia dejar que "madurase".



Y así lo tuvo durante dos años, a pura promesa. Entretanto, su ex marido Douglas Fairbanks estaba en Inglaterra, en muy buenos términos con la actriz Gertrude Lawrence. Hace unos meses circuló la noticia de que se habían casado. Y casi simultáneamente supimos que Joan parecía decidida a casarse en pocos días con Franchot.

Pero posteriormente se supo que Douglas seguía soltero, y a los pocos días los periodistas informaban de que Joan había decidido aplazar su boda.

¿Coincidencia? ¡Vaya uno a saber! La verdad es que ella se ha casado a pesar de que, a los pocos días de haberse separado de Douglas, recibió a los periodistas con estas palabras:

—El matrimonio ya no existe para mí, ni existirá jamás. No volveré a casarme...

Y se olvidó de añadir:

—...hasta que encuentre con quién.

¡Oh, las mujeres!...



WILL ROGERS
Por Raúl R. Solari

En la Avenida de Mayo 1035 (Capital) se domicilia el autor de este excelente trabajo, que ha obtenido el premio de diez pesos moneda nacional, que todas las semanas otorgamos a la mejor ilustración recibida.

COCKTAIL DE NOTICIAS

Will Rogers hizo su broma más graciosa después de muerto. Dejó a sus familiares una herencia de cuatro millones de dólares, es decir, quince millones de pesos argentinos, aproximadamente. ¡Que digan sus parientes si les ha causado gracia o no!

* * *

¿Recuerdan a Glenn Tryon? Era un cómico de las películas mudas. Ahora está empleado en el departamento literario de la R. K. O., Radio Pictures.

* * *

Boris Karlof ha ido a asustar a los británicos. Está en Inglaterra filmando una de sus acostumbradas películas de horror que ya no horrorizan a nadie.

* * *

Después de su fracasado incidente sentimental con la niña Elaine Barrie, el anciano John Barrymore ha regresado a Hollywood. Ahora le llaman "protector de menores". Pero la cosa tiene su ironía...

* * *

El melenudo Joseph von Sternberg se está acomodando. Después de separarse de Marlene dirigió "Crimen y castigo", de la novela de Dostoiewsky, con Peter Lorre. Ahora firmó contrato por cinco años con la Columbia para dirigir un mínimo de dos películas anuales.

* * *

Elisa Landi, que en París hizo dos versiones del film "Koenigsmark", una en inglés y otra en francés, está ahora en Inglaterra, estudiando el argumento de su próxima película en la que actuará junto con Douglas Fairbanks (hijo).

Es indudable que Brian Alerne progresa. Finalizado ya el rodaje de "Gorgens Hussy", con Joan Crawford, filma ahora "Sylvia Scarlett", con Katharine Hepburn.

Pronto veremos a Gary Cooper nuevamente con Marlene Dietrich. Como se recordará, en "Marruecos" fué la única vez que trabajaron juntos. Ahora será en "Deseo", un film que ya casi está terminado y que dirige Frank Borzage.

LA LEY DE LA SANGRE



Intérpretes principales: **Clark Gable, Loretta Young, Jack Oakie, Reginald Owen y Frank Conroy.**

Producción: **Twenty Century.**

Dirección: **William Welman.**

Nuevamente la vida de los hombres que en las nevadas regiones de Alaska buscaron oro, sirve de base a la cinematografía. Esta vez se trata de la adaptación de una novela de Jack London. La película no es nada extraordinario. Pero es superior a los films corrientes; en primer término por su excelente argumento, después por su interpretación y luego por la habilidad de quien la dirigió. Hay atmósfera fiel, escenas vigorosas y un final imprevisto. Lástima grande que el práctico sentido norteamericano, enemigo de las complicaciones capaces de perturbar el ánimo del público grueso, introduzca por su cuenta y riesgo modificaciones un poco infantiles. Porque es casi incomprensible la actitud de esa mujer que, tres días después de haber perdido a su marido, se pone a reír como si tal cosa; porque es muy discutible la conducta de un hombre, ávido buscador de oro, que, hallándose en la miseria no quiere vender por mil dólares un perro que vale doscientos; y porque es convencional eso de que un hombre, por más buen mozo que sea, pueda, con un par de frases, domar a un perro que aparentemente está poco menos que rabioso.

Con la ayuda de un plano, copiado de memoria del original, dos hombres se internan en las nevadas regiones de Alaska en busca de una mina de oro. Saben que antes que ellos un matrimonio ha partido también, guiándose por el plano original. En el camino encuentran a la esposa, cuyo marido aparentemente ha desaparecido en la nieve. Ella consiente en unirse a los dos hombres, y es así cómo llegan a la mina donde hay oro en abundancia. Durante el trayecto, naturalmente, uno de los viajeros se enamora de la supuesta viuda y ella, claro está, se enamora de él. Pero resulta que el tal marido no ha muerto. Entra en escena, y entonces la dama comprende que su viudez es un mito. Sigue tan casada como antes y por lo tanto no puede corresponder al amor del viajero. Y abandona la mina en compañía de su marido, mientras el enamorado se consuela viéndose rico de una inmensa fortuna.

Clark Gable cumple una de esas actuaciones a las que ya nos tiene acostumbrados. Recio, varonil, romántico cuando la situación lo requiere, su gran personalidad domina la escena, imponiéndose una vez más. Loretta Young, en las postrimerías del film tiene buenos aciertos dramáticos, que dan claramente a entender que es el drama donde ella tiene su fuerte. Jack Oakie carga con la responsabilidad de la parte cómica, y por cierto que lo hace espléndidamente.

Después de dirigir "Sueño de una noche de verano", Max Rinshardt intentará llevar a la tela el "Fausto" de Goethe. La sueca Greta ha sido propuesta para que interprete a Margarita. Bela Lugosi hará de Mefistófeles. Pero nada ha sido resuelto aún.

* * *

Irene Vernon Castle, uno de los puntales de la pantalla muda, retorna en el film "Colegiala", después de quince años de ausencia.

* * *

La Warner Brothers prestó a Paul Numi a la Metro Goldwyn Mayer para que interprete al glorioso sabio Pasteur. Y ésta prestó a Robert Montgomery a aquélla. Es indudable que la Metro salió ganando con el cambio.

* * *

En "La vida privada de Enrique VIII", Merle Oberon hizo un breve papel de Ana Bolena. Ahora ha escrito una novela sobre la vida de esta reina y quiere que Max Rinshardt la lleve a la pantalla. Ella, naturalmente, sería la figura principal.

* * *

Noah Beery (hijo) se ha comprometido con la hija de Buck Jones.

* * *

Ya tenemos un sucesor de Rin-Tin-Tin. Se trata de "Buck", el perro de San Bernardo que actuó en "La ley de la sangre". El productor Darryl Zanuck ha decidido conventirlo en astro, haciéndolo intérprete principal de una película próxima.

* * *

Después de haber hecho "Las cruzadas", el director Cecil B. de Mille está indeciso en lo que respecta al motivo de su próxima cinta. No sabe si quedarse con "Morgan, el pirata", con "Sansón y Dalila" o con la "Revolución francesa".

TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LA MANO

EL OTRO LENGUAJE DE LAS MANOS

Puede hablarse, sin temor a errar, "del otro lenguaje de las manos". Esta afirmación suscitará, sin duda, un movimiento de sorpresa en nuestros lectores. Por eso conviene aclarar, antes de entrar en materia, que si bien hay, genéricamente, "un lenguaje de las manos", éstas alcanzan expresiones diversas, y muy importantes, que completan lo que las líneas afirman.

En otra oportunidad nos hemos referido a la psicología de las personas a través de la forma de estrechar las manos, en el saludo. También la hidratación de la piel y el color de la epidermis son fuentes de inagotables recursos quirosóficos. Pero hay otros detalles y características que deben de tenerse en cuenta, porque una mano es un órgano anatómico, y no una palma solamente en la que está inscripto el destino de las personas.



Nº 1

MANO NUMERO 1. "NITA", de TELEN. PAMPA CENTRAL. — Esta lectora de "Mundo Argentino" nos envía varias manos, bien tomadas. Elegimos la izquierda que, signada con el número 1, aparece en esta página. Su mano indica, a primera vista, resolución y firmeza. Carácter que se acentúa como autoritario, pero comprensivo al mismo tiempo. Su línea del corazón (esa cuya trayectoria fija la flecha número 1) denota una juventud constante en el amor. Pero las rayículas de la solar encerradas en la especie de herradura superior de la mano influyen en forma más bien negativa sobre sus sentimientos. Tenga cuidado porque el interés y la codicia no deben fijar nunca normas morales. La línea de la cabeza (flecha 2) corrobora lo ya enunciado respecto a su índole voluntariosa. Si bien la separación con la vitalis es acentuada y su recorrido casi recto, lo cual denuncia que no se aprovechan bien las lecciones que acumula la experiencia, los tramos finales son indicio de un verdadero equilibrio moral, muy difícil de conseguir en la vida, y que en la dueña de esta mano es un don natural. La vitalis (flecha 4) le asegura una salud, sino perfecta, por lo menos bastante generosa. Las ramas de la vitalis están todas hacia arriba, lo que constituye muy buen augurio. En cuanto a la línea 4, podría, por sus características, ser confundida con un pliegue o arruga de la piel. Pero no es así, como lo denotan las ramillas en que termina. Esa línea refuerza la vitalis.

En cuanto a la proporción de los dedos con la palma y a la simetría general de la mano, sólo sabe anunciar que corresponde a una persona con inquietudes espirituales.

Así es cómo para el buen observador hay "tipos" específicos de manos, que son: manos cortas, largas, medianas, pequeñas, determinadas por su tamaño. Su tacto ofrece, en cambio, manos blandas, duras, fuertes, húmedas, secas. Pero hay otra clasificación, que no ha sido tratada aún, y que no constituye, por cierto, un preciosismo en la materia. Se trata de la que comprende a ciertas manos, que podríamos señalar como "huecas", "flexibles" y "estrechas". Hablaremos, hoy, de las manos "huecas".

Es la que tiende a formar una especie de oquedad. Obsérvese que esta tendencia es casi general, cuando la mano está en reposo. Pero las manos "huecas" son las que, en trabajos que no exigen esa posición, tienen una tendencia notoria a adoptarla. Mano "hueca" es, por otra parte, la anatómicamente conformada así. Es la de los mendigos, de los pedigüeños, de los avaros, de los hipócritas. El estudio de las líneas completará siempre, las apreciaciones que derivan de la simple observación de estas manos, que tienen su aspecto bueno, también, cuando las líneas neutralizan sus efectos: indican, en tal caso, espíritu ahorrativo, dominio de la excesiva prodigalidad y temperamento calculador.



Nº 2

MANO NUMERO 2. — La ha enviado GUILLERMO R. CADE, DE TUCUMAN. — Sentimientos firmes. Tendencia a la sencillez. Pocas inquietudes y si las tiene son ajenas a su verdadera naturaleza. Línea del corazón (flecha 1) normal, con algunos sobresaltos circulatorios en la senectud. (¿Quién no los tiene?) La línea de la cabeza denota una mentalidad media. La de la vida, salud ni muy buena ni mala. Un poquito de arterioesclerosis, quizá, que si no existe se anuncia para el futuro. Pasemos ahora a las tres signaturas encerradas en otros tantos círculos. Especie de cruz grande (número 2) sobre la línea de la cabeza: carácter arrebatado, que se entrega a arrebatos coléricos sin control, aunque después se operen reacciones favorables. El triángulo (número 3) sobre la línea de la vida, tiene carácter protector, pero después que haya pasado la madurez. La especie de rejilla y triángulo al mismo tiempo (número 4) denota lucha de los sentimientos religiosos y las creencias o ideas que desvían esos sentimientos. Hay algo de ateísmo en su mano...

CONSULTORIO QUIROSOFICO

ADVERTENCIA UTIL

Advertimos a los lectores que nos envíen reproducciones en tinta de sus manos, que las mismas deben ser tomadas sobre un papel liso, sin rayas, no empleando nunca tinta azul. Debe preferirse la tinta negra, roja o violeta. Conviene además no escribir sobre las reproducciones, ni hacer llamadas en ella, ni acentuar las líneas.

CAMELIA. CAPITAL FEDERAL. — No le podemos responder si la lógica o el impulso a averiguar el porqué de las cosas y razonar sobre ellas depende de tener o no lo que se llama "mano dudosa o filosófica". Envíenos usted la mano que desea estudiar y nos será muy grato complacer su pedido, con elementos de juicio que hagan lejana la posibilidad de caer en un error.

LEONTINA. DE FIORITO, Prov. DE BUENOS AIRES. — El rasgo dominante de su mano es un monte de Saturno que apenas se insinúa y un índice largo en comparación a los demás dedos. Eso es indicio de egoísmo, no de avaricia. De egoísmo. La avaricia desea el goce exclusivo de bienes materiales; el egoísmo influye sobre la personalidad moral. Modere ese sentimiento, con la educación y la influencia del medio ambiente y será usted feliz, porque todos los otros signos le son favorables. En cuanto a que si se casará o no, creemos que sí. Y hasta lo aseguraríamos...

"La de los ojos verdes". Marcos Juárez. — Los signos matrimoniales deben buscarse en el monte de Mercurio, es decir, en la pequeña carnosidad que se forma debajo del dedo meñique. Pero si usted tiene una cruz sobre el monte de Júpiter (sitio donde comienza el dedo índice) quiere decir que se casará y será feliz.

CARCEL MODELO PARA MUJERES

El problema de las cárceles ha sido y es entre nosotros un problema que no tiene miras de resolverse. No ocurre esto en otros países, como ser Norte América, donde existe una mayor preocupación de la comodidad de los penados, pues se construyen cárceles que son verdaderos palacios.

A este respecto cabe recordar que en el corazón de la sección Comercial de Nueva York existe, desde no hace mucho, una cárcel para mujeres que puede considerarse la más lujosa y cómoda del mundo. Ha costado dos millones de dólares, tiene once pisos y su aspecto exterior es elegante, distinto por completo del tipo de las cárceles, empezando por las ventanas, que carecen de barrotes, pero están dotadas de cristales irrompibles. En el interior de la cárcel nótanse todos los progresos modernos: puertas sin cerrojos, controladas por medio de la electricidad; celdas que parecen habitaciones de colegios, con un tocador perfectamente equipado, con agua fría y caliente; salones comedores, de recreo, costura, de visita, etc., con todos los adelantos en materia de decorado y mobiliario. Además, tres capillas: una católica, otra protestante y otra hebrea. Cuatrocientas veinte damas pueden "optar" a las ventajas de esta confortable "residencia de recreo, meditación y estudio".

PACHO

CUENTO INFANTIL por la TIA POMPON

ERA un día de otoño, lluvioso y gris; un pobre huérfano andaba errante por el mundo en procura de trabajo. Había golpeado inútilmente en todas las puertas.

El médico del pueblo le dijo que no precisaba más criados; el notario, que no quería miserias en su casa; el abogado, que cada vez que un pobre golpeaba a su puerta le traía mala suerte, de manera, pues, que todos le negaron amparo al pobre Pacho, que se moría de hambre.

— ¿Qué haré? — se dijo, sentándose a descansar sobre el tronco de un árbol viejo.—¿Por qué serán tan perversos los hombres? Yo no pido dinero; yo sólo pido un rincón donde dormir, y en cambio de un poco de pan doy mi trabajo. Invocaré a los brujos; les serviría a ellos antes de volver a pedir trabajo en mi pueblo.

Acababa de decir estas palabras, cuando se oyó un murmullo lejano:

— Bueno — dijo Pacho. — Ahora se compuso, ¿adónde iré a guarecerme con la tormenta que viene?

Pero no era una tormenta; era una nube de polvo que levantaba una carroza. Cuando se acercó a Pacho, éste se dió cuenta de que en ella venía un gran personaje. Era un hombre flaco, raro y lujoso.

— ¿Qué haces aquí, muchacho? — dijo el hombre cuando la carroza se hubo detenido frente a Pacho.

— Busco trabajo — dijo éste: — Soy huérfano, y nadie me quiere. Hace un instante dije que estaba dispuesto a servir a un brujo.

El hombre se echó a reír a carcajadas.

— Pues mira; me hace falta un criado joven e inteligente. Si quieres venir, sube junto al cochero.

Pacho no se hizo de rogar; se instaló junto al hombre que conducía los caballos; el murmullo volvió a repetirse y la carroza voló por los aires.

Pacho tuvo que aferrarse con las dos manos a las manijas del coche, que eran de oro.

— ¿Quién será este hombre? — se preguntó, asustado.

Después de mucho andar llegaron a los dominios de aquel señor. Desembocaron en una plaza en la que había columnas enormes, pero no se veía ni un alma viviente. Se detuvieron junto a una enorme puerta de hierro; cuando ésta fué abierta, del interior llegó un gran olor a azufre quemado. Muchos criados acudieron a reverenciar al señor.

—Muchacho, sígueme — dijo el hombre al apearse del coche.

Y entraron a un gran salón donde había tres marmitas enormes y una chimenea formidable...; en la que ardía un gran fuego. En la chimenea había colgados un atizador, un estropajo y una corneta.

— ¿Ves esto? — dijo el hombre a Pacho.

— Sí, señor.

— Bueno; tú no tendrás otro trabajo que cuidar de que el fuego arda siempre en esta chimenea. Si algo precisas de mí, sopla en esa corneta y vendré en el acto. A fin de año te daré lo que quieras como salario. Pero debo hacerte una recomendación: jamás mires lo que hay dentro de esas marmitas. Si levantas las tapas, yo lo sabré en el acto, y de nuevo te haré conducir al pie del árbol junto al cual te encontré, y te morirás de hambre.

Pacho prometió no ser curioso.

El hombre flaco se fué, y Pacho tuvo siempre encendido el fuego en la chimenea. Le dieron un buen traje y muchos manjares para comer. Estaba contento. Con el atizador movía el fuego, el trapo se lo ató a la cintura en forma de delantal y la corneta no la tocó nunca porque nada precisó de su amo. Los criados de éste le trataban bien.

Y pasó el año, y el amo volvió y dijo a Pacho:

—Estoy contento de ti; el fuego ardió bien y tú no levantaste la tapa de las marmitas. ¿Qué quieres?

— Quiero una bolsa de monedas de oro.

— Tómala.

Y dejó en manos de Pacho una bolsa repleta de monedas.

— ¿Hacemos contrato por un año más?

— Sí, señor.

Y el hombre se fué.

Y Pacho pensó:

— "¡Es un brujo!"

Y comenzó a tener miedo de lo que guardaba en las marmitas tan secretamente aquel hombre. Y levantó una de las tapas. ¡Qué horror Allí estaba, nadando en aceite caliente, el médico del pueblo.

— ¡Pacho, socórreme! — le dijo.

— Acuérdate de que me negaste pan — repuso Pacho. Y tapó de nuevo la marmita.

En la otra, y en igual situación, estaba el abogado.

— ¡Ten lástima de mí, Pacho!

— ¿Lástima?... ¿Y la tuviste tú de mi orfandad?

En la tercera estaba el notario.

—¡Socorro, socorro..., Pacho!

— ¡Quémate ahí, viejo egoísta!

—¡Apaga el fuego de la chimenea!—siguieron implorando.

Pacho tenía buen corazón. No podía realizar el mal a sabien-

(Continúa en la página 61)



FIESTA DE LA DANZA EN EL CERVANTES



Organizada por la comisión directiva y comisiones auxiliares de la Asociación Argentina Campos de Vacaciones Infantiles, se realizó en el teatro Cervantes la Fiesta de la Danza. Estas niñas participaron en el desfile de modelos de 1735-1935.



"Lámina clásica" se llama este cuadro interpretado por niñas exclusivamente en la simpática fiesta del Cervantes. El conjunto, sumamente decorativo, agradó a la concurrencia, que dió insistentes muestras de aprobación.



"Idilio de luciérnagas" estuvo a cargo de las niñas Ana Raquel Delavalle, Nelly del Fresno, Elsa Agras y Dora Revella.



La niña Julia Baradino Amadeo y el niño Marcos Aurelio Mora Olmedo, que bailaron el "Vals fantasía".

Fotos Padilla.

LA SEMANA GRAFICA



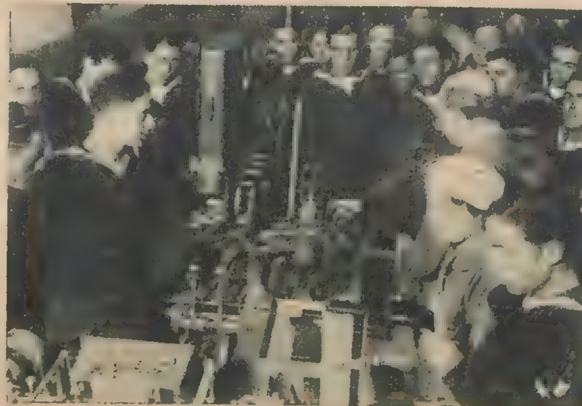
Los médicos y practicantes del Hospital Parmenio Piñero tributaron un homenaje al doctor Ricardo Spurr, con motivo de su nombramiento de profesor extraordinario en la Facultad de Medicina.



Parte de la concurrencia que asistió a la recepción que se ofreció a los cadetes del buque escuela "Juan Sebastián Elcano" en el Centro Naval, donde fueron agasajados los marinos de la nave española.



En la Recoleta rindió un homenaje póstumo la Escuela Comercial de Mujeres número 2 al doctor Antonio Bermejo, ex presidente de la Suprema Corte de Justicia. Una alumna del mencionado establecimiento leyendo su discurso en ese acto.



Los tripulantes del buque escuela "Juan Sebastián Elcano" realizaron una visita al establecimiento industrial de la firma Grego y Cía. Aquí aparecen observando el funcionamiento de una de las máquinas.



Niñas que tomaron la primera comunión en el Colegio de la Santa Unión, junto a la larga mesa donde se les sirvió el desayuno después que se realizó la ceremonia religiosa.



Como premio por su buen comportamiento, se encuentran en Buenos Aires los soldados riojanos, quienes prestan servicio en la Casa de Gobierno. El ministro de Guerra, en uno de los patios, les dirigió la palabra para imponerles de la importancia de la función que desempeñan.



El gerente del Banco Anglo Sud Americano de Santa Cruz, señor Alberto Lewis Macquibban se presentó al Departamento de Policía para informar a las autoridades acerca de algunos puntos relacionados con el asalto que se efectuó al establecimiento bancario de aquel territorio, y cuyos autores, como se sabe, acaban de ser capturados.

De MENDOZA



Durante la misa oficiada por el obispo de Mendoza, monseñor Verdaguer, en la plaza San Martín, en celebración del primer aniversario del Congreso Eucarístico.



El obispo de Mendoza, monseñor Verdaguer, impartiendo la comunión a una dama en el gran acto religioso que se celebró al aire libre.



Así quedó el avión militar que chocó con un cerro en las proximidades del Hotel Villavicencio, causando la muerte del sargento ayudante Antonio Irigoyen y del sargento Rogelio Iramain. El aparato pertenecía a la base aérea de Los Tamarindos (Mendoza).



Equipo del Club Pacífico de Basketball que se ha clasificado campeón de la presente temporada, y cuyos componentes son los aficionados M. Carpio, Cartelli, Féscolo, S. Carpio, E. Grippo y R. Hintze.

Fotos López Medina.

Ni negro ni blanco; ni cristiano ni pagano:



En esta fotografía aparece M. Parizot, el gerente general de la única vía férrea, acompañado de varios nativos, mientras recorre a pie parte de la línea, la que es preciso renovar continuamente debido a las depredaciones.



Cajones de balas de fabricación europea depositados al lado de la vía férrea que los conduce a Addis Abeba.

Addis-Abeba, septiembre de 1935.

DESPUES de llegar a Asmara con objeto de acercarme al foco del conflicto ítaloetíope, he descubierto que Abisinia está más lejos de Eritrea de lo que me imaginaba; lejos en el sentido de que el terreno y las vías de comunicación la convierten en inaccesible para el viajero que no lleva una misión militar. Todos los medios de transporte han sido acaparados por las autoridades para los efectos de la concentración de tropas en las fronteras. Debo volver a Massawa, el "infierno blanco", y allí me embarco en un vapor costanero que me lleva hasta Jibuti, en la Somalía francesa, que queda un poco más hacia el Sur.

La misma fiebre de movimiento que caracterizó el puerto de la colonia italiana se nota en este puerto francés. Barcos de todas las nacionalidades descargan inmensos cajones sobre los muelles, donde hormiguean centenares de negros a medio vestir entre una confusión infernal de gritos y exclamaciones. En Massawa descargaban armamentos para matar etíopes, y, apenas unos kilómetros más hacia el Sur, descargan armamentos para matar italianos. Es una de las situaciones más absurdas y trágicas que se haya visto jamás. Siento que el Africa es realmente un país de pesadillas y no, precisamente, por culpa de los africanos. Me persigue esta convicción mientras camino por las calles de Jibuti, ciudad de unos diez mil habitantes, que encierra los contrastes más extraños que pueda uno imaginarse. Por una parte está el barrio europeo, con las oficinas aduaneras, el banco, la casa de gobierno, los cafés..., todo lo que el hombre europeo considera símbolo de la civilización moderna. Y a poca distancia el barrio nativo con su inmundo ranchería construído con materiales recogidos en cualquier parte: latas, tablas, desperdicios. Pero el Africa no sólo está en el barrio indígena, sino que ha inundado también el barrio de los blancos, y las calles rebalsan de cuerpos color chocolate, revestidos de los más variados tocados.

Extenuado, ocupo una mesita del café que mira sobre la Plaza Lagarde. Estoy como en un baño turco del cual no se puede salir. Ya no se mide el calor con grados de temperatura; se mide únicamente en resistencia física.

Me vuelvo hacia un hombre pálido que parece hallarse a sus anchas frente a un vaso donde brilla el hielo.

—¿Usted ya está acostumbrado?— le pregunto con asombro.

Me mira indiferente, y sus ojos llorosos apenas parpadean.

—Uno se acostumbra a todo; y después ya no se sufre. Aquí hay que acostumbrarse a muchas cosas. ¡Hay lugares peores!

—Massawa, por ejemplo—le replico.

—Sí, y un viaje en este ferrocarril.

A pesar de su respuesta fácil, sorprendo en él un movimiento de inquietud o de fastidio. Es la seña infalible, en estas regiones apartadas, que se le sospecha a uno de ser un "agente secreto", personaje inescapable y siniestro.

—Soy periodista—le aclaro.

—Y yo corredor de comercio.

¡Hermoso comercio el suyo! Lo que vende es la muerte y la mutilación, aunque su comercio es tan lícito como los demás, y todavía más respetable o respetada.

—Estoy vigilando la entrega de un contrato de equipos. Es un negocio importante.

El hombre de los ojos llorosos se hincha de satisfacción. Un negocio importante que seguramente le reportará una buena comisión de agente. ¡Un contrato de equipos!... ¿Por qué no dirá directamente que vende la muerte y la mutilación? A pesar de todo, parece que tiene su sensibilidad y le molestará usar términos tan crudos.

—Aquellos cajones que se descargan en el puerto, ¿pertenecen a la partida?—pregunto.

—Algunos. No tengo la suerte de haberlo acaparado todo. Cuando esté cargado sobre el tren sigo viaje a la Capital, para asegurar de que nada se pierde en ruta. Aquí estamos todavía en territorio extranjero, y el gobierno de Abisinia no puede recibir nada oficialmente. ¡Más de uno se ha llevado un chasco con esa combinación!

—¿De modo que viaja a Addis-Abeba? Lo tendré entonces de compañero. ¿Conoce usted bien el país?

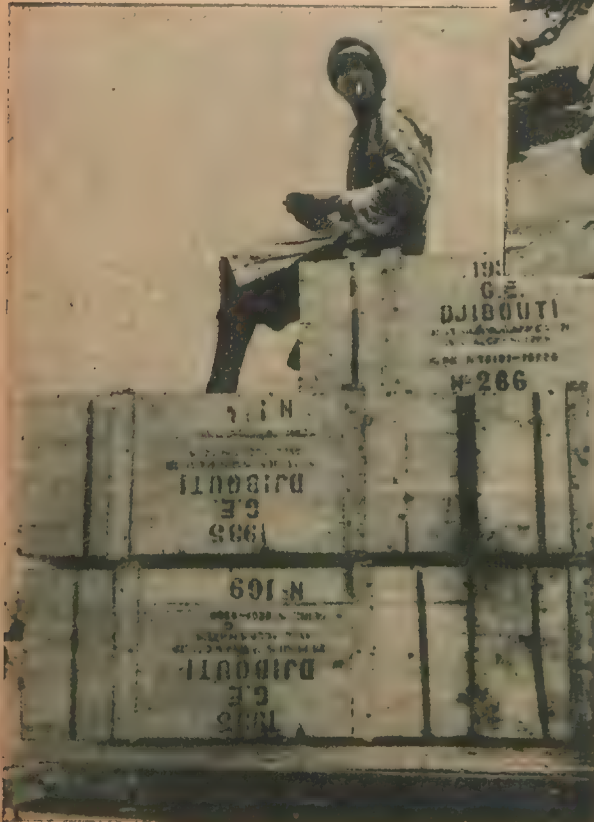
—Nadie lo conoce, ni el mismo emperador. Es el país enigma, el gran misterio. No es ni negro ni blanco, ni cristiano ni pagano. Ni siquiera es una raza.

—¿Cómo es eso? ¿No hay una raza etíope?

—Sí y no. La raza originaria está desapareciendo con las mezclas. Dicen que hay diez millones de habi-



Uno de los escasos vagones de primera clase del ferrocarril abisinio, que es uno de los más incómodos y lentos de la tierra. A la llegada a las estaciones los mendigos siempre se hacen presentes con molesta insistencia.



Un vagón del ferrocarril en Jibuti (Djibouti) cargado de explosivos. Debido a los robos de materiales, tuercas, rieles, etc., a lo largo de la vía, el transporte se hace sumamente peligroso.

ETIOPIA es un país enigmático

Por
ELIAS BADIAN

tantes en el país (cómo lo saben, vaya uno a explicarse), pero lo cierto es que se calculan en tres millones los abisinios propiamente dichos que habitan las provincias de Tigré, Amhara, Gojjam y Shoa, que forman apenas una tercera parte del imperio. Estos abisinios se dicen cristianos, pero las invasiones de los árabes han dejado mucha sangre semita y costumbres musulmanas en el país. Además, no se han mantenido aislados de los negros infiltrados de otras partes o traídos en rebaños para servir de esclavos. Como se ve, es una raza cuya pureza deja mucho que desear.

—¿Y las otras dos terceras partes de la población?

—Se llaman Gallas. Algunos son cristianos, otros musulmanes y muchos meramente paganos. Y también hay somalís, sudaneses y wollus, sin contar los negros de Kenya y de las tribus hacia el interior que los traficantes de esclavos van a buscar de vez en cuando.

—No me explico entonces cómo se ha podido formar un imperio con una mezcla tan extraordinaria de razas, religiones y costumbres. Tiene que haber sido obra de un genio.

—A decir verdad — interpuso mi interlocutor — la unidad de Etiopía se debe a los italianos.

—Sí, algo de eso he oído decir. Italia ayudó a Menelik a derrotar a los otros pretendientes al trono, y después Menelik se volvió contra Italia porque ésta quería absorberlo, y la derrotó en Adua. De modo que Menelik los unió, ¿no es así?

—¡Oh, usted me habla de la política! Yo me refiero al sentimiento. El sentimiento nacional etíope no lo hace ni Menelik ni nadie. Lo ha hecho el orgullo nacional. Y el orgullo de los etíopes es haber derrotado a una potencia blanca: haber echado a los italianos en forma ignominiosa. Eso, para un pueblo de guerreros natos, vale más que cualquier combinación política o guerra de conquista. Todos quieren formar parte de un imperio que ha sabido vencer a los europeos. Se sienten invencibles... pero compran armas modernas.

—Lo que a usted, por lo visto, no le desagrada.

El corredor de "comercio" tuvo un gesto de impaciencia.

—No crea — replicó — que soy yo quien les ha enseñado a matarse. Es un deporte que aprenden desde niños. Observe a todos estos nativos que andan pacíficamente por las calles. No hay uno solo que deje de llevar su arma. Aquí lo ocultan, pero cuando entremos en Etiopía, verá que cada cual lleva bien a la vista cualquier arma que haya podido comprar, robar o heredar. Armas de fuego, se entiende. La calidad y el rango de los hombres se juzga por los armas que llevan. Si son ricos, tienen colgada de la cintura, para que todos la admiren, una hermosa pistola automática; y si son pobres, nunca dejan de mostrarse con los viejos fusiles a chispa que heredaron de algún abuelo.

El día siguiente me hallé nuevamente con el pálido corredor en la amplia estación del ferrocarril de Jibuti a Addis Abeba. Sobre los rieles nos esperaba un trencito muy semejante a los que se encuentran en cualquier ramal de provincia en Europa, sólo que éste llevaba las marcas de su dura labor bajo el sol africano. La pintura descascarada y las manchas grisáceas de sus vagones les daban la apariencia de los viejos y sarnosos camellos en las caravanas pobres.

—No me impresiona como un buen convoy para un viaje tan largo, — comenté a mi compañero de viaje, una vez que estuvimos instalados en los asientos deshilachados de un compartimiento.

—No se preocupe por el material rodante — me respondió. — Estos coches todavía pueden marchar muchos kilómetros sin deshacerse del todo. Preocúpese por la vía. Esa sí que me hace temblar cada vez que hago el viaje. Especialmente ahora que los indígenas están juntando armas para después del Maskal.

Mientras que en Massawa se descargaban elementos para matar a los etíopes, un poco más al Sur, en Jibuti, donde fué tomada esta vista, se hacía igual cosa con cargamentos de explosivos destinados a matar italianos.



El ministro de Guerra de Abisinia (a la derecha) y el secretario del ministerio reciben personalmente un cargamento de municiones de fabricación extranjera.

—¿Del Maskal?

—El Maskal es la gran fiesta religiosa que se celebra a la terminación de las lluvias que, más hacia el interior, duran desde mayo hasta septiembre. Todo el país está todavía convertido en un pantano. Ya verá.

—Pero ¿qué tiene que ver el Maskal y la terminación de las lluvias con las armas y la vía férrea? — pregunté asombrado.

—Muy sencillo. Cuando terminen las lluvias, está anunciada la invasión de los italianos, y todos los habitantes del país juntan armas para repeler el ataque. ¡Hasta las mujeres y los niños fabrican cuchillos de madera y juntan piedras para las hondas! Aquí es costumbre que todos los "conscriptos" se presenten con su propia arma. Si no tienen un fusil, llevan un machete, o una lanza, o lo que sea. Y en esta región por donde pasamos, que es árida en gran parte, los habitantes son pobres y se surten del ferrocarril.

—¡Ah, comprendo! Asaltan los trenes para robar armas.

—No, hombre, nada de eso. Algo mucho más peligroso. Cae una horda sobre la vía, y limpia una sección de todos los tornillos, tuercas, tirafondos que pueden arrancar. Los llevan para fabricar sus armas, y el primer tren que pasa se convierte en un montón de hierro viejo. Y no le digo nada cuando llega un cargamento de explosivos.

Una cierta inquietud se apodera de mí ante estas revelaciones. Observo el rostro impasible del corredor de "comercio" y recuerdo que debía entregar un cargamento de "algo" con ese mismo tren. Mientras tanto, el convoy se había puesto en marcha, y un fino polvillo ardiente empezaba a taparnos los pulmones. Entre la niebla sofocante distingo los ojos llorosos de mi compañero de viaje. Le miro con intención, sin necesidad de formular la pregunta.

—Sí. — me responde. — Llevamos bastante T. N. T. para destruir una ciudad.



Transportando tropas, que se dirigen a la frontera de Ogaden, hacinadas en vagones de hacienda.

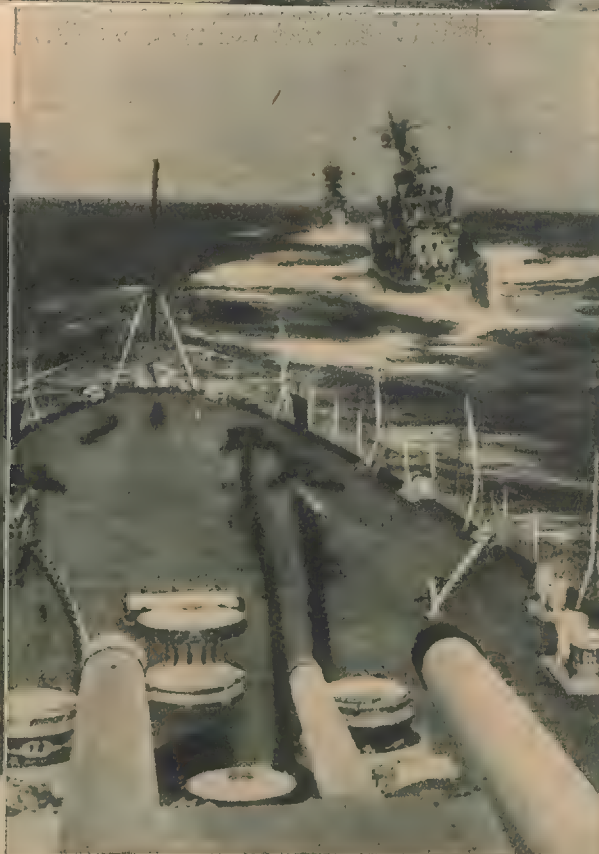
El mundo en la





GRAN DEMOSTRACION DEL PODERIO MILITAR RUSO

Recientemente se efectuó en Kiev una imponente demostración de las fuerzas militares de Rusia, acto que alcanzó grandes proporciones y que da idea de que el Soviet está perfectamente armado para cualquier emergencia. Los grandes tanques que se ven en la fotografía de arriba y la pieza de artillería pesada que vemos a la derecha, son un símbolo del poderío militar soviético, que no descuida — como muchas otras naciones — sus armamentos.



NAVES DE GUERRA FRANCESAS PARTEN PARA JIBOUTI

También Francia ha movilizado su escuadra con motivo de la guerra italoetiope. De Tolón partieron para Jibouti, en la Somalía francesa, tres poderosas naves de guerra para proteger e intervenir en caso necesario sus colonias, las cuales pueden sufrir perjuicios a causa de las acciones de la guerra en Africa.

EL PORTAAVIONES BRITANICO "EAGLE" LLEGA A EGIPTO

Uno de los más grandes buques portaaviones del mundo es, sin duda, el "Eagle", que acaba de llegar a Port Said (Egipto), para vigilar el canal de Suez y estar listo para prestar sus servicios en caso de que la escuadra inglesa se viera obligada a entrar en acción con motivo de la guerra entre Italia y Abisinia.





UN INCENDIO QUE DURO CINCO DIAS

Uno de los incendios más voraces que han estallado en los últimos tiempos en Europa, fué el que hizo presa de una gran fábrica de artículos de goma, en Londres, que causó pérdidas enormes y tuvo una duración de cinco días. Se utilizaron los servicios de todo el Cuerpo de Bomberos londinense y se emplearon en la extinción del fuego millones de litros de agua. Aquí vemos a los bomberos tendiendo las mangueras y proveyéndose en el Támesis del líquido elemento para extinguir la formidable hoguera.

a fotografía y en el comentario

LA MONA QUE SABE PESAR A SU HIJITO

Está llamando grandemente la atención del público neoyorquino la mona "Bu-Bu", animal de inteligencia verdaderamente singular, pues realiza actos que asombran, como éste de pesar a su hijito en una balanza, en presencia del público, con una seriedad tal, que da la impresión de que este simio se da cuenta de la importancia del hecho que realiza.





BABY LE ROY TIENE MAL GENIO CUANDO FILMA

El precoz actor Baby Le Roy es un chico modelo, pero cuando filma se pone nervioso y muchas veces tiene incidentes con sus compañeros de labor, hasta el punto de que ha merecido reprimendas de directores y colegas. Uno de éstos es quien aparece en esta fotografía sermoneando al pequeño actor por haberse dejado arrastrar por su irascible temperamento, que no sospechamos a través de sus interpretaciones en la pantalla.

PARA CONOCER LAS CONDICIONES MICROFONICAS DE LA VOZ

Con objeto de examinar las condiciones microfónicas de la voz, se ha inventado un aparato, que se exhibió en la Exposición de Radio de Nueva York, que es una verdadera maravilla, ya que con él los que aspiran a actuar ante el micrófono se someten al examen de sus cualidades vocales y pueden saber si su voz se presta o no para convertirse en artistas de radio.



FABRICACION DE AVIONES EN GRAN ESCALA

La gran fábrica de aviones de Reading (Inglaterra) trabaja febrilmente construyendo aparatos de extraordinaria velocidad del tipo Miles Hawk, para dotar a la aviación británica de un poderío tan excepcional, que la ponga a la cabeza de sus similares en todo el mundo. Numerosos obreros trabajan en la fabricación de estos aparatos, que se construyen por series y con una rapidez fuera de lo común.

Leamos en las manos de Mussolini y de Haile Selassie

No está escrito que el heredero de César pueda arrebatarle el trono al descendiente de Salomón.

Por W. ROLAND

HACE ya trece años le dije a Mussolini que su carrera de gobernante llegaría a su término cuando cumpliese la edad de cincuenta y cuatro años. Según mis predicciones, le quedan sólo dos años más como jefe de Estado.

Ocho años más tarde conocí al etíope ras Tafari, actualmente el emperador Haile Selassie, y le predije que, al llegar a los cuarenta y cuatro — precisamente durante este año, — se vería amenazado por graves peligros, pero que dichas amenazas se desvanecerían dentro de dos años. Los peligros a que me refería penden ahora sobre el monarca etíope y su imperio. Sin embargo, la línea de la vida en la mano del Negus es larga y marcada, y la línea de la fortuna continúa después de una sola interrupción. Seguramente Haile Selassie cumplirá las palabras de su canción guerrera: "...morirá libre."

Cuando en el verano de 1922 tuve ocasión de ver a Benito Mussolini, mis ojos instintivamente se dirigieron a sus manos, y quedé estupefacto. Esas manos indicaban una fuerza extraordinaria, una fuerza en concordancia con su boca firme e imperiosa. Eran las manos de un hombre de acción, de movimiento y de energía ilimitada; las manos de una persona dominadora, voluntariosa y persistente.

La línea del corazón, que alcanza hasta la base del dedo índice o monte de Júpiter, me reveló un temperamento casi mórbido y una gran egocentricidad; mientras que una ramificación que se desprende para unir esa línea a la línea de la cabeza, es un indicio infalible de un carácter violento e intransigente.

Un examen más detenido reveló que la línea de la vida se halla quebrada en varias partes, pero noté con asombro que todas las brechas, menos una, se cierran con un cuadro. Expliqué a Mussolini que aquellas manifestaciones significaban que recibiría heridas graves, pero que los cuadros eran signos de preservación, indicadores de inmunidad.

LOS SIGNOS DE UN LIDER NATO

—Ha nacido para conducir a los pueblos — le dije, señalando la estrella que lleva marcada en la base del índice, que es un signo de las características dominadoras de gran potencia. Será usted poderoso en este mismo año.

Mussolini escuchó mis palabras con suma atención; y luego se sonrió, como si supiese, aún entonces, que comandaría las legiones de camisas negras en su marcha sobre Roma.

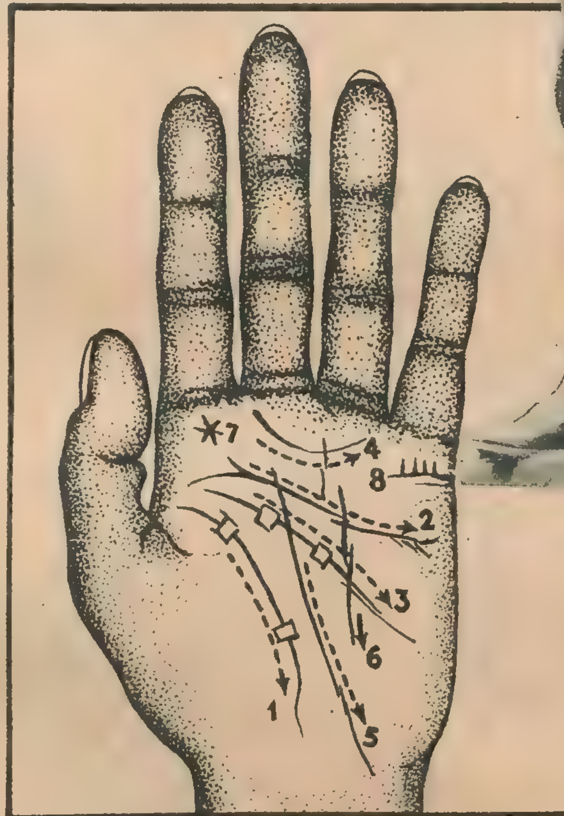
—Su dominación acarreará más cambios en la vida de su pueblo — continué diciendo — de lo que ningún hombre haya conseguido en los últimos quinientos años, y su nombre se incorporará a la historia como el del fundador de una nueva era. Pero es usted inconmovible, y se creará, por lo tanto, muchos enemigos. Se mantendrá en el poder durante quince años.

—Es extraño, muy extraño — murmuró Mussolini. — Cuando yo era un chiquillo mi madre me llevó a una gitana, y ella predijo muchas cosas que luego han ocurrido. Y mi querida madre me miraba muy a menudo, diciendo: "Hijo mío, tú tendrás el destino de Crispi."

El revolucionario italiano Francisco Crispi se salvó repetidas veces de caer asesinado, y finalmente fué derrotado, como consecuencia del desastre italiano en Adua, que terminó con la campaña en Etiopía del año 1894.

—Sí, señor Mussolini — afirmé a mi vez. — El suyo será el destino de un Crispi.





ESQUEMA QUIROSOFICO DE LA MANO DE MUSSOLINI

Flecha 1. — Línea de la vida cortada por dos cuadrángulos. El primero indica fracaso en un hecho de inmensa importancia, al mismo tiempo que peligro de muerte en la primera edad. El cuadrángulo inferior denota haber estado expuesto al peligro con éxito. (Guerra de 1914.)

Flecha 2. — Línea del corazón. Sentimiento del deber, severidad en cuestiones del sentimiento y del carácter.

Flecha 3. — Línea de la cabeza. Independencia de criterio. Instinto artístico y poético. Su suerte se quebrará en su cabeza. Locura o herida grave.

Flecha 4. — Fuerte sensualidad hasta los cuarenta años.

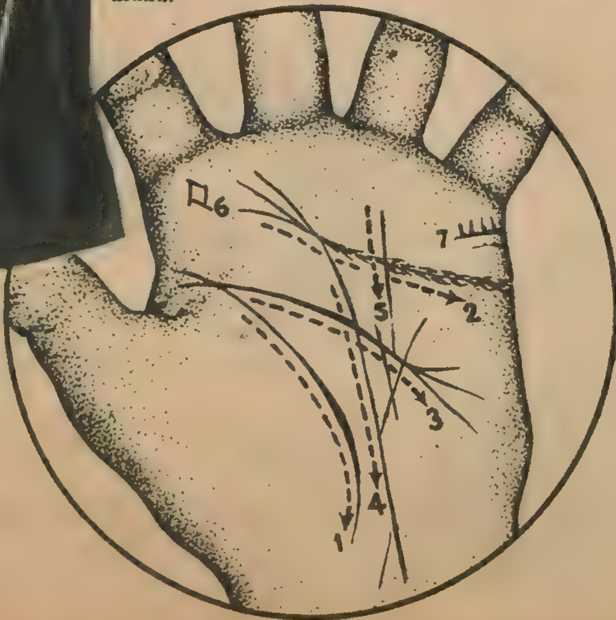
Flecha 5. — Saturniana. (Para muchos línea del destino.) Enorme capacidad de trabajo. Al final se quiebra, justamente donde termina la línea de la vida...

Flecha 6. — Solar quebrada entre la línea de la cabeza y la del corazón. Un momento de duda, en instantes dramáticos, podría serle fatal. La solar se inicia después de haber ahogado instintos personales materialistas.

Signo 7. — Estrella sobre el monte de Júpiter. Nació para grandes empresas .

Signo 8. — Sentimiento de la familia. Fecundidad.





ESQUEMA QUIROSOFICO DE LA MANO DEL EMPERADOR DE ETIOPIA

Flecha 1. — Línea de la vida. Buena salud.

Flecha 2. — Astucia. No se deja dominar por asuntos sentimentales y puede hasta llegar a emplearlos sabiamente para lograr sus propósitos de gobierno o de mando.

Flecha 3. — Línea de la cabeza. Muy unida y atravesando la de la vida: desconfianza. Recelos. Prudencia. Las ramas finales manifiestan equilibrio entre la influencia de Marte (belicosidad, acaso mal carácter) y la de la Luna: espíritu contemplativo.

Flecha 4. — Enorme capacidad de trabajo. Resistencia física y moral. Energía para resolver problemas difíciles.

Flecha 5. — Línea solar que indica un gran disgusto al promediar la vida.

Signo 6. — Cuadrángulo en el monte de Júpiter. Fracaso de una alianza que se ha querido concertar mediante un matrimonio. (Este hecho es real en la vida del rey etíope, y el signo que lo denuncia corresponde, como la estrella en el monte de Júpiter de Mussolini, a lo que podría llamarse "matemáticas de la quiromancía", son conocimientos y afirmaciones perfectamente controlados a través del estudio de muchisimas manos.)

Signo 7. — Sentido de la familia. Fecundidad.

Actualmente, quedan dos años antes de que termine el poderío de Mussolini, según las líneas de su mano. Lo mismo como ocurrió con Crispi, es el conflicto ítaloetíope que inicia la terminación de su brillante carrera.

Las legiones romanas podrán invadir a Abisinia, quizá lleguen a ocupar a Addis Abeba; pero aquel otro "hombre predestinado", el emperador Haile Selassie, no perderá su trono africano.

DOS AÑOS CRITICOS

En las postrimerías de enero de 1930 estuve en Adis Abeba. Apenas llegué fuí escoltado al palacio real y presentado al emperador, con toda solemnidad, entre una doble fila de guardias armados. Después que hubo terminado con las ceremonias de la corte, el Negus me invitó a tomar el té en compañía de sus familiares y, mientras departíamos amablemente, le rogué me permitiera estudiar las líneas de su mano. Era del tipo de mano que señala una naturaleza fuerte, al mismo tiempo que práctico y generoso, valiente y conservador, temperamental y paciente.

La línea de la vida es larga y sin interrupciones, indicando longevidad. Pero la línea del destino se quiebra en una forma que significa que tendrá dos grandes cambios en su carrera.

Su ascensión al trono de Etiopía con el título de Haile Selassie I, fué el primero de estos cambios, y ocurrió ya, como todos sabemos. El otro cambio importante aún no ha ocurrido.

La línea de la fortuna se quiebra a la edad de cuarenta y cuatro años, su edad actual, y se renueva dos años más tarde sin que afecte a su personalidad la incidencia marcada.

Sólo el tiempo nos sacará de la duda, pero no creo que el heredero agresivo de los Césares podrá quitar Etiopía al descendiente de Salomón. No está escrito en sus manos.

Los GALANES hermosos DE AYER ya no consultan las preferencias femeninas

LOS DE AYER — LOS DE HOY

Por JUAN VALVERDE

Rodolfo Valentino fué el tipo del galán bonito que hacía furor hace diez años.



Ramón Novarro también está pasando de moda, pues pertenece a la categoría de los bonitos.



Wallace Reid fué hace quince años el príncipe de los galanes de entonces, cuando se daban los lindos.



John Barrymore, el del "divino perfil", también tuvo fama como galán en la época de que hablamos.



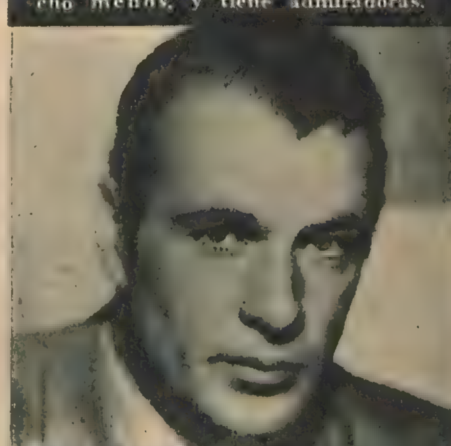
Clark Gable es el ídolo de las muchachas de nuestros días. ¡Y cuán lejos está del tipo de los galanes!



George Brent, otro de los favoritos del momento, tiene una notable semejanza con Clark Gable.



Gary Cooper, el "flaco del infierno en los ojos", no es hermoso ni mucho menos, y tiene admiradoras.



Franchot Tone, con su carita de liebre, tampoco puede aspirar a ser bello, pero es uno de los elegidos.



No hay nada que hacer: ¡Se acabó la era de los "niños bonitos"!

Lo cual no quiere decir que ya no los haya. Al contrario, quizá abunden más que antes. Pero la verdad es que ya no interesan.

¡Ahora ya no los quieren ni en el cine!

Hasta hace poco tiempo, una cara bonita era un pasaporte infalible para abrirse paso a través de ese difícil mundo de ensueño que es la pantalla. Pero a estas horas, el privilegio de la belleza física masculina ha decaído lamentablemente.

Hace algunas semanas, nomás, Norma Shearer, la famosa estrella, al seleccionar el galán que debía acompañarla en una versión de "Romeo y Julieta", decía:

—¡Parece mentira!..., pero ahora es mucho más difícil que antes la tarea de elegir un galán que interese al público femenino...

"En otro tiempo, bastaba con que un hombre fuese joven y bonito para que llenara las aspiraciones de todas las chicas del mundo. Y realmente no costaba gran cosa hallar hombres jóvenes y bonitos. Por más que, a veces, ni era preciso que llenasen esos requisitos, pues aunque no fuesen jóvenes ni bonitos, ¡bastaba maquillarlos para que lo pareciesen!

"Pero en la actualidad, el asunto es complicadísimo. Porque el público, y sobre todo el público femenino, que es un verdadero dictador en materia de gustos, solamente admite y consagra a aquellos galanes que tengan personalidad.

"Y lo que menos les interesa es que sean lindos o feos.

"Más todavía: ¡estoy convencida de que las chicas de hoy los prefieren feos!"

DESDE LA EPOCA DE LOS "DIVINOS"

Y no hay duda de que la popular estrella de Hollywood está en lo cierto.

Basta observar un poco los diferentes cambios que se han ido produciendo en el plantel de astros cinematográficos, aun dentro de las figuras más conocidas, para confirmar la opinión expresada por Norma Shearer.

Al contrario de lo que se veía hace diez años, cuando el cine ponía en boga los galanes atildados y acicaladitos, actualmente los favoritos suelen ser campeones de fealdad y de desaliño.

Pero, eso sí, muy varoniles.

El contraste no puede ser más completo. No hay más que comparar: hace quince años, el príncipe de los galanes era el extinto Wallace Reid, un rubiecito de facciones finas y modales aristocráticos. Luego, lo substituyó Rodolfo Valentino, también fallecido, cuyo tipo físico, aunque morocho, seguía dentro de las mismas líneas y rasgos de aquél. La nariz fina, la boca chica, los ojos rasgados y el cabello liso, planchado. Todo correcto. Después, Ramón Novarro, también incluído dentro de los galanes de belleza dulzona y suave. Amén del aristocrático John Barrymore, triunfador de esa época.

Y eran entonces los nombrecitos aquellos: Wallace Reid, el "ángel rubio"; Rodolfo Valentino, el "sheik"; Ramón Novarro, el de "los divinos ojos", y John Barrymore, el del "divino perfil".

Era la época de los "divinos".

Ahora, en cambio, los gustos son menos "celestiales". Los "divinos" han sido ventajosamente substituídos por los "terrenales".

Las chicas de hoy han adoptado otro criterio, muy en consonancia con esta época que vivimos. Los prefieren feos, pero varoniles. En lugar de hombres con figuras de dioses, prefieren dioses con figuras de hombres.

¡CUANTO MAS FEOS, MEJOR!

No es preciso abundar en muchos argumentos para reconocer hasta dónde ha llegado en la actualidad la preeminencia de los feos sobre los bellos galanes.

Hace pocos días tuvimos oportunidad de apreciar hasta dónde alcanza el extraordinario prestigio del más feo y más admirado de los galanes de la pantalla: Clark Gable.

Sin necesidad de analizarlo demasiado, se puede advertir que el rostro de Clark no es un dechado de hermosura ni mucho menos. Al contrario, más bien puede asegurarse que sus rasgos están muy distantes de ofrecer un ideal de perfección. Con una frente escasísima, encerrada entre una cabellera enorme y unas cejas en matorral; con unas orejas evidentemente desproporcionadas y unos pómulos demasiado pronunciados, tanto en conjunto como en detalle, la faz de Clark ofrece una gran diferencia con las de aquellos afebos que fueron los galanes de otrora.

Y si nos detenemos a examinar los otros galanes en boga, veremos que todos han sido cortados por la misma tijera. O, para decirlo mejor, veremos que sus rostros parecen tallados con el mismo martillo...

George Brent, que es otro de los favoritos, tiene una notable semejanza con Clark Gable. Lo mismo que Harry Wilcoxon, el famoso actor inglés.

Gary Cooper, el "flaco" del "infierno en los ojos", no es bello en fisonomía ni en figura, pues mide cerca de dos metros y es magro al extremo.

Y no es preciso seguir la lista, pues cada uno de los grandes actores jóvenes del cine no hace sino corroborar nuestra teoría, es decir, la teoría de Norma Shearer.

Charles Farrell tuvo multitud de admiradoras cuando al galán sólo se le exigía que tuviera belleza.



Charles Boyer, galán que goza de mucho prestigio, tampoco representa el tipo del actor bonito de antaño.



Mundo Argentino

DE LA CAPITAL FEDERAL





Sir Neville Meyrick Henderson es el nuevo embajador de la Gran Bretaña en el país. Esta fotografía del ministro plenipotenciario británico fué tomada en su alojamiento, poco después de haber arribado a nuestro puerto.





Se colocó la piedra fundamental del edificio que erigirá la Editorial Haynes en el terreno situado en la avenida Eduardo Madero y Corrientes, destinado a la "broadcasting" L R A, perteneciente al Estado. Arriba: el presidente de la república, altos funcionarios y público durante el acto. A la izquierda: el director de Correos y Telégrafos, doctor Carlos Risso Domínguez, leyendo su discurso. A la derecha: el doctor Ernesto Aguirre hablando en nombre de la Editorial Haynes.



Algunas de las familias que concurrieron a la inauguración de la Exposición Floral de Primavera que tuvo lugar en el local que la Sociedad Rural Argentina posee en la calle Florida.



A su llegada del viaje que realizó por los Estados Unidos y el Canadá, fué recibido el doctor Mariano P. Ceballos, designado recientemente interventor en Catamarca, por el edecán de servicio de la presidencia y el edecán del ministro de Guerra.



En el Jousten Hotel se efectuó la cena de camaradería entre escribanos, organizada con el objeto de estrechar vínculos y encarar en forma conjunta los problemas que atañen al notariado.



Recibiendo comunicaciones durante las maniobras militares llevadas a cabo por las tropas que tienen su acantonamiento en Campo de Mayo.



Jefes y oficiales que dirigieron las maniobras finales del ejército correspondientes al año militar, y que se realizaron en Campo de Mayo.

LA REPUBLICA DE ATOCHA

PATRIA DE LOS POETAS LIRICOS DEL NORTE

Por ELVIRA FERREIRA



Atocha, en plena fiesta. Bajo los árboles frondosos la concurrencia calma la sed, tranquiliza el hambre. Cada árbol es un símbolo, un recuerdo. Viejos guardianes de Atocha suavizan su paisaje.

El anuncio de que alguien me esperaba me hizo descender la escalera y llegar hasta el hall del hotel. Un extraño y desconocido personaje se puso de pie, dijo un nombre, extendió una mano. Traje de gaucho salteño, botas brillantes, un rojo pañuelo, una rastra de cuero y plata. Un hombre bajo, algo recio, de rostro cetrino, liso cabello negro, bigote breve. Un tipo del Norte, con los ojos vivos, con el rostro adelgazado en el mentón.

— Yo soy José Solís Pizarro, el presidente de la República Lírica de Atocha — me dijo.

Aquello me sonó curiosamente. Tan curiosamente como el aspecto físico y espiritual del que acababa de presentarse. Aquietada en el interés, pedí detalles.

— ¡Sí — me dijo, — es la república de los poetas, de los líricos de corazón que sentimos el verso en el paisaje y no podemos vivir sin el paisaje!... Somos todos poetas de alma, llevamos por estandarte nuestra musa, y nos enorgullecemos de levantarla en alto y romper lanzas por ella.

Aquella confesión prolongada creó en un momento el ambiente propicio. Aquel ser original que estaba frente a mí, tenía y mostraba aspectos contradictorios. Por un lado su fantasía teñida de palabras, su ingenua arrogancia, su lenguaje que parecía despedir olor a selva, y por el otro, una sinceridad de hombre desprevenido, de niño grande, de chico mimado y encariñado con un sueño que nadie quiere destruir. Y era el presidente de una república de poetas el que estaba frente a mí.

¡Atocha existe! ¿Es un feudo?... ¿Es una estancia?... Atocha es un bello rincón a pocos kilómetros de la ciudad. Se ha levantado una capilla de vistoso frente con un minúsculo campanario. Arboles frondosos, opulentos de verde y de frescura tranquilizan el paisaje, y Atocha es ese paisaje y la patria lírica de los poetas norteños está ahí, en esa tierra bonita donde el verde es tapiz de terciopelo salpicado de flores campesinas.

Las fiestas de Atocha son fiestas de color y de número. Bajo los árboles se tienden mesas, se levantan carpas, se colocan bancos y la doma de potros ocupa el lugar preferente, y los criollos avezados montan los pingos endureci-

(Continúa en la página 61)



El potro chúcaro es montado por el criollo corajudo. El animal se encrespa con el apero, con el cojinillo, con el guardamonte. Las patas se abren en el afán por soltar la prenda, pero otras piernas duras lo dominan y lo ablandan.



Camino de Atocha, los cardones son hostiles ramilletes gigantescos. Perseguidos por el viento, se prenden de sus espinas los claveles del aire y las flores de éste y del cardón asoman en las primaveras salteñas con olor campesino, olor a gloria.



José Solís Pizarro, presidente de la República Lírica de Atocha, patria de los poetas norteños.



Iglesita coquetona de la República de Atocha. Bajo el sol brillan sus piedras con chispazos de iris. Dentro, las imágenes reciben la ofrenda sencilla de la plegaria de la muchacha salteña.



El caballito criollo sabe que es de los buenos. Lazo en el anca, cabezal de plata, y sobre él un gaucho poeta, cuyos versos huelen a menta y a hierba buena.



Atar un potro a un palenque no es tarea fácil. La rebeldía sube de la bestia encabritada, y por veces convierte al criollo en un muñeco de trapo.



¡Qué fácilmente se monta un pueblo con carpas!... ¡Qué fácilmente se llena de la vida bulliciosa que el público aporta con su presencia y alegría. La "República" tiene un algo amenazador en esos días. Y es que su plácida paz ha sido alterada.

Los TEMPLOS *de la* INDIA *son* MONUMENTOS IMPERECEDEROS



El TEMPLO DE PERUR, una hermosa estructura que se halla en Coimbatore, provincia de Madrás. Construído con piedra labrada, lleva inscripciones del siglo XII. Se diferencia de la mayor parte de los templos de la India en que sólo posee un "gopuram" (torre) de cinco pisos de altura. Los ocho pilares principales que lo sustentan se consideran entre los más bellamente tratados por los escultores religiosos de la época. La torre en sí presenta el imponente aspecto de una mole labrada a golpes de cincel para convertir su masa inerte en un poema de piedra elevado a lo alto, donde la vista se pierde en un encaje tan sutil, que es necesario hacer un esfuerzo de la imaginación para reconocer que pesa centenares de toneladas.



Sobre una prominencia rocosa en Trichinopoli, "la ciudad del demonio de las tres cabezas", se levanta el mayor de los templos de la India. La portada principal de este monumento tiene una altura de quince metros, que debió constituir originalmente la base de un formidable "gopuram". Su construcción, semejante a una fortaleza, era una forma muy corriente en los tiempos cuando los monasterios eran las principales defensas contra el invasor. Muchos claustros budistas en las regiones montañosas afectaban este estilo, siendo prácticamente inaccesibles al ataque de bandas armadas.

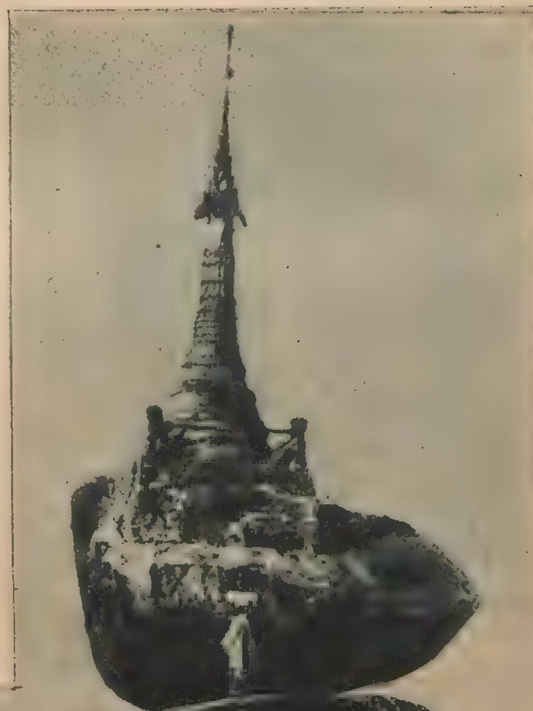


Este singular monumento en forma de dragón es el TEMPLO DE PROME. La famosa pagoda está recubierta de oro y se destaca netamente por su esplendor y magnificencia, de la cual esta fotografía es apenas un débil reflejo. Fué mandado construir por la mujer del rey que fundó la ciudad de Prome y representa el dragón que veneran los habitantes de Burma.

Los templos y los santuarios construídos en la India forman un notable contraste con la edificación religiosa de nuestros días, tanto por su arquitectura como por los conceptos fundamentales que les dieron forma.

Los budistas que construyeron las maravillas de piedra que se admiran hoy en la India, en Ceylán, Tibet y Java, esculpían sus filigranas y símbolos metafísicos en la roca viva, donde les fué dable hacerlo, y, donde no era posible, imitaron la solidez de la montaña labrada por centurias de artistas. Para ellos la naturaleza creaba los monumentos y el hombre los adornaba con su paciencia y devoción. Persiguiendo este ideal, horadaban el granito, labrándolo en estilizaciones simbólicas, con la extraordinaria dedicación que empleaban los artífices de la Edad Media en la elaboración de las nobles catedrales góticas. En los templos del Asia existen figuras terminadas con un detalle minucioso en lugares donde la mirada del observador jamás penetraría, lo que comprueba que el artista, al esculpirlas, trabajaba inspirado en la fe y sentía que la deidad misma vigilaba su obra, exigiéndole que se aproximara a la perfección. Sólo así se explican estas enormes moles que han significado años, y a veces siglos de labor, en que se han sucedido las generaciones de obreros trabajando con la paciencia inagotable de la hormiga y la fe que inspira a los iluminados. Más que el arte por el arte, su titánica labor ha sido el arte por la deidad, que en muchos casos era un espíritu demoníaco.

El esplendor y la hermosura de los templos de la India son ya legendarios, y su impresionante testimonio permanecerá en pie cuando los complicados templos modernos de ladrillo y mampostería hayan desaparecido sin dejar un recuerdo.





El MAHABALIPURAM, o "las siete pagodas", en las cercanías de Madrá. Esculpido en la roca viva, según la leyenda, comunicaba a la ciudad con las regiones del demonio Mahabali. Este demonio fué vencido por el dios Vishnu durante su encarnación en la forma de un enano, de modo que el templo era algo así como la portada del infierno para los fieles supersticiosos. La obra data del año 600 de nuestra era.



Uno de los monumentos religiosos más originales que existen es esta pagoda llamada "SAMPAN", a la cual viajan anualmente millares de peregrinos. Sobre una inmensa piedra semejante a nuestra piedra del Tandil antes de su caída, los budistas construyeron, hace varios siglos, una "dagoba" de oro, en cuyo santuario se conservan las reliquias de uno de los santos de su credo. Aparecen sentados frente al santuario algunos peregrinos de los que constantemente se renuevan para traer ofrendas al santo de su devoción.

Información de CORDOBA

LA llegada del Dr. ALVEAR





A la llegada del ex presidente doctor Marcelo T. de Alvear a Córdoba, se organizó una imponente manifestación que recorrió las calles de la ciudad en medio del mayor entusiasmo.



En Alta Gracia fué obsequiado el doctor Alvear con ramos de flores por niñas de la localidad, y también se organizó una manifestación que acompañó al ex presidente hasta su alojamiento.



Cabecera de la mesa del banquete ofrecido al doctor Alvear en el Plaza Hotel de Córdoba, al que concurrieron numerosos comensales.



Cumplió sus bodas de oro la Casa Cuna, realizándose con este motivo una fiesta que contó con la presencia del ministro de Hacienda de la provincia, doctor Arturo Juliá, de monseñor Laffite, el jefe de policía y un núcleo de damas de la sociedad local.

Alumnos de la Escuela José M. Bedoya que interpretaron "Fantasía de un vals", en el festival efectuado a beneficio de la sociedad cooperadora del mencionado establecimiento.



Festejando el cumpleaños de una hijita del doctor Rozo, de Las Varillas, se llevó a cabo una fiesta infantil que se vió muy animada por los pequeños concurrentes.

Fotos Ardiles





Quilmes Gráfico



Representantes de instituciones locales presenciaron el homenaje que en el salón de actos del Palacio Municipal se rindió a la ciudad de Las Palmas (Canarias) recientemente.



Las pequeñas alumnas de la profesora de bailes clásicos, señorita Shirley Rugeroni, le ofrecieron una demostración despidiéndola de la vida de soltera.



El presidente de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Quilmes, leyendo su discurso, al inaugurarse la placa con el nombre de "Avenida Cervantes", homenaje que rindió la institución mencionada.

Fotos de la Fuente

DE JUJUY



Banquete ofrecido al inspector general del ejército, general Camilo Idoate, por la oficialidad del regimiento 20, al que concurrieron el gobernador de la provincia, doctor Arturo Pérez Alisedo, sus ministros y otras autoridades.



Concurrentes a la fiesta que organizó el Centro de Obreros con motivo de la inauguración de la nueva sede social, acto que dió lugar a una interesante reunión social.



Miembros de la comisión directiva de la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos Tiro y Esgrima, rodeados de un grupo de socios, el día en que se inauguró el nuevo salón de la institución.



También en Jujuy fué conmemorado el primer aniversario del Congreso Eucarístico, realizándose con este motivo una solemne procesión.



Señoritas de la sociedad jujeña organizaron una audición en el Club Social, la cual estuvo a cargo del celebrado tenor mejicano Alfonso Ortiz Tirado.

Fotos Pérez

ACTUALIDAD SANJUANINA



Al inaugurarse el V Salón de Primavera, se realizó un acto literario y musical, con la contribución de artistas locales y al que asistieron numerosas familias.



Delegación del Centro de Ingenieros de Mendoza, que arribó a San Juan para visitar las obras públicas de esta provincia.



El padre Garbino tuvo a su cargo la bendición del nuevo campo de deportes de Redes Argentinas, institución que goza de mucho prestigio en la localidad.



En los asilos y hospitales hizo un reparto de víveres y objetos útiles la entidad Gente de Radio, al celebrar su día, como lo hace todos los años. Nuestra fotografía muestra a algunos miembros de la institución haciendo el reparto en el Asilo de Ancianos Deán Balmaceda.

Fotos Jordán

Notas gráficas de TUCUMAN



Exposición de postres realizada en la Escuela de Manualidades, turno diurno, por las alumnas de economía doméstica, que aquí aparecen delante de los manjares confeccionados por ellas.



Alumnas de la Escuela Profesional de Santiago del Estero efectuaron una visita a la Escuela Profesional de Tucumán, llevándose a cabo actos de camaradería estudiantil.



Con afluencia de católicos se celebró el primer aniversario del Congreso Eucarístico, teniendo lugar una procesión y otras ceremonias relativas al culto



Con motivo de su próximo enlace, las amigas de la señorita Elina Lestori le ofrecieron una demostración en el club El Lance.



Niños que asistieron a la fiesta infantil que se verificó en casa de los esposos Padilla-Terán.

Fotos Martín.

PARA LA MUJER

Labores

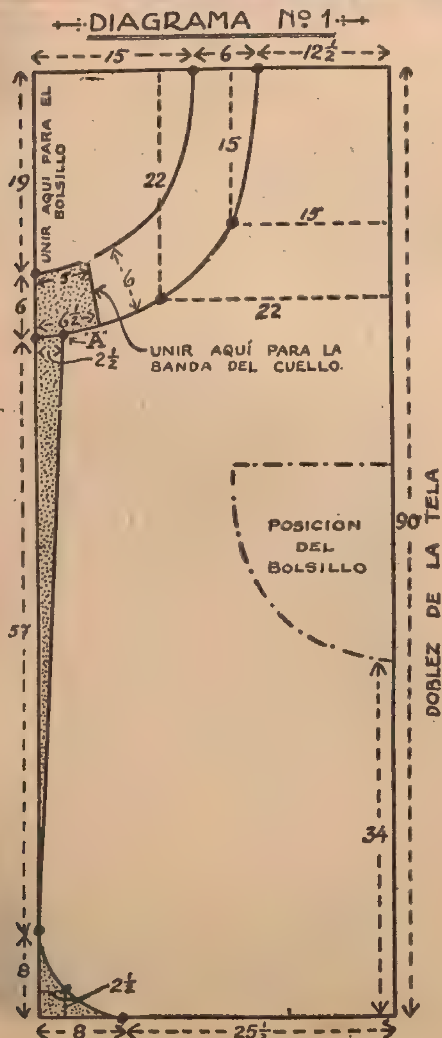
DELANTAL



MATERIAL A EMPLEARSE Algodón perlé o algodón mouliné "ANCLA" en los siguientes colores: F. 434 (gris olivo), F. 467 (geranio), F. 510 (azul marino), F. 545 (salmón), F. 597 (carmesí), F. 601 (crema), F. 699 (negro), F. 733 (oro viejo), una madeja de cada color. Dos piezas cinta bies "Coats", color 440 (carmesí).



Dibujo del motivo del peto, con indicación de los puntos y colores.



Esta semana ofrecemos un diseño muy sencillo pero de gran efecto, y aunque nuestra ilustración lo muestra adaptado a un delantal, son muchísimas las aplicaciones que pueden dársele.

Instrucciones para la confección del delantal: Tome un pedazo de papel que mida 34×90 cms. y con la ayuda del Diagrama Nº 1, corte el molde. Empiece por señalar la ubicación de los puntos negros. Luego será más fácil dibujar las curvas con lápiz. Hecho el dibujo se corta el delantal de acuerdo con el molde. Las dos partes del bolsillo se unen por el centro, cubriéndose la costura con una tira de cinta bies. También se unen las dos partes de la banda del cuello (véase el diagrama número 1). Ribetee todo el delantal, la banda del cuello y el bolsillo con la cinta bies. Luego se une la banda del cuello a la parte superior del peto, como se ve en el grabado. Con puntadas perdidas císase el bolsillo en su sitio. Para poder atar el delantal atrás, se unen dos tiras hechas con cinta bies al punto "A" (Diagrama número 1).

Bordado: Marque el motivo pequeño en el centro del peto, a 4 cms. del borde superior, y el motivo más grande en cada mitad del bolsillo. Bórdelos como indican los diagramas respectivos, empleando tres hebras del mouliné. Los puntos usados son: relleno, tallo y nudo francés, los que están indicados en los diagramas del bordado juntamente con la ubicación de los colores.



Dibujo del bordado para el bolsillo, que se calcará invirtiéndolo para el otro lado.

PARA LA MUJER

FIESTA INFANTIL



motivos de punto nido de abeja cubren los hombros en un vestido de seda blanca. 8. Bonito traje de crêpe amarillo, con bordados en blanco. 9. Los volados que adornan este vestido lo hacen muy sentador. 10. Recortes completan un gracioso modelo de "georgette" rosado. 11. Ribetes completan este trajecito y lo hacen muy atrayente. 12. Pinzas realzan un vestidito de seda blue. 13. De tela imprimé es este delicado vestido.



1. Pequeñas estrellas cerrando el corsage son un detalle chic en un vestido de taffetas blue, con una graciosa basque. 2. Un canesú finamente plegado se destaca en este modelo de crêpe blanco, de encantadora sencillez. 3. Las mangas ranglan, retenidas por un cuello redondo, forman un efecto de capa en este vestido de tela imprimé. 4. Sobre un viso de romain a franjas azul pastel y blue, luce un vaporoso modelo de tul, adornado con un delicado bouquet. 5. De seda imprimé a lunares es este sencillo modelo. 6. Alforzas alrededor del canesú confieren amplitud a este vestido. 7. Los

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Para complacer a las damas

Por
DONNA GRACE



Un invento de los modernos salones de belleza: sala de cine instalada en la de los secadores eléctricos.



Verree Teaslade aparece como modelo en la pantalla, mientras un "coiffeur" explica las particularidades del peinado.

Es preciso sufrir para ser hermosa — piensan las mujeres de todo el mundo cuando deciden entrar resueltamente a las casas de peinados y soportar media hora o cuarenta minutos de secador eléctrico con resignación estoica.

Pero hay quienes se preocupan de remediar los males de la humanidad, y en este caso, uno de esos benefactores ha inventado un paliativo al sufrimiento que las mujeres deseosas de estar elegantemente peinadas no pueden rehuir.

Consiste en un cinematógrafo instalado en la misma sala de los secadores. Y así, mientras en los cabellos se fijan definitivamente las ondas y los rulos que les han impuesto las manos de los peinadores, sus aburridas dueñas pueden reírse con las gracias de Mickey Mouse, enterarse de los sucesos mundiales de mayor resonancia, o emocionarse con el drama que le toca vivir a su actriz favorita.

Pero... las películas deben ser mudas, porque el zumbido del secador hace imposible que se oigan la música y el sonido de las palabras. De todos modos, los grandes salones de belleza de otros países han adoptado el sistema con aprobación de su clientela.

¿Cuándo nos tocará el turno a nosotras?

Los secretos de la juventud y la hermosura

Se nace bonita, elegante o graciosa.

Indudablemente. Pero también se pueden conquistar estos tres atributos de la belleza perfecta a costa del propio esfuerzo.

Aun las personas que vienen al mundo generosamente dotadas de un cutis de pétalo de rosa y de formas armoniosas, saben que la hermosura no es un bien permanente, que ser bella no equivale a conservarse bella.

Y todos conocemos esas personas que han pasado los treinta años y se encuentran en la cercanía de los cuarenta, reteniendo aún un inconfundible sello de juventud.

Su espíritu se mantiene alerta, sus entusiasmos apasionados, su mirada clara.

¡Cuántas veces nos preguntamos cómo un artista a quien hemos visto aparecer en escena o en la pantalla durante años, o una mujer de mundo con sus continuas ocupaciones, o un ama de casa con las responsabilidades de esposa y madre sobre los hombros, han podido llegar a la madurez sin que se noten en ellas los rastros del paso de los años!

— Deben tener un secreto de belleza que guardan muy celosamente — dicen los comentarios que inspiran a su paso. Es preciso arrancarles la fórmula de la crema o la loción que emplean para conservarse jóvenes.

Vivimos en la "Edad de los cosméticos". Todas los hemos probado con éxito, y al contemplar con envidia mezclada de esperanza el cutis terso de una mujer de cuarenta años, nos sentimos inclinadas a creer en la virtud misteriosa de una rara fórmula escondida como una joya en la intimidad de su "boudoir".



La celebrada Ganna Walska, belleza de fama internacional.

Una de las bellezas maduras más conocidas internacionalmente, es, sin duda, la hermosa madame Ganna Walska.

Su encanto, su cortesía causan gran impresión en quienes la ven, pero, sin duda alguna, es su deslumbrante hermosura la que se apodera con más fuerza de la atención de sus visitantes, apenas se deja ver por ellos.

Recibía una tarde en su famoso salón verde y oro. La cordialidad informal con que hacía los honores de dueña de casa, lograba neutralizar un tanto el efecto casi deslumbrador que causaba en los extraños, con el traje de estilo, dorado, con brillantes reflejos de metal fundido, que vestía.

Llevaba su célebre collar de rubíes de varias vueltas de piedras antiguas de un matiz magnífico.

En ambos brazos, dos pesados brazaletes de metal incrustado en turquesas formaban un audaz contraste de colorido.

Su cutis mate es tan claro y fresco como el de una niña de quince años. Sus cabellos obscuros, peinados hacia atrás con sencillez, le imprimen una distinción no menos notable que la hermosura de sus facciones.

LA BELLEZA EN LA SIMPLICIDAD

Imposible no referirse al tema belleza cuando se tiene la oportunidad de conversar con una de sus sacerdotisas. Y no hay quien no se sienta tentada a preguntarle a qué filtro misterioso recurre para burlarse así de los años.

Madame Walska ríe divertida cuando alguien se refiere a sus ocultos secretos de tocador.

— No — contesta a las preguntas que sobre el particular se le hacen. — No poseo ningún mágico secreto. Si yo he conservado esa belleza de que ustedes hablan, se debe únicamente a que nunca he hecho nada para destruir lo que la naturaleza me ha dado.

Jamás me acuesto tarde. Rechazo las invitaciones que me obligarían a estar en vela hasta las primeras horas de la mañana.

(Continúa en la página 61)

PARA LA

LO QUE SE



De gran elegancia es este gracioso y juvenil vestido en seda rígida rayada. El corsage es enteramente fruncido.

Traje de noche en satín negro. El corsage, de corte novedoso, lleva una gran écharpe que cae sobre un hombro, en forma de manto.

En seda imprimé sobre fondo blanco es este traje de noche. Lo acompaña un pequeño bolero y écharpe del mismo material.

Simple, y al mismo tiempo suntuoso, es este traje de crêpe romain color bronce combinado con rojo.

MUJER

LLEVA *de* NOCHE



Dos tiras drapeaaas, unuaadas en la espalda y que terminan en una pequeña traine sujetan el corsage de este sencillo traje de noche.

Este vestido de mousseline imprimé, presenta una línea muy juvenil. Lo completa una novedosa chaqueta.

Vestido en seda imprimé. La pollera drapeada termina en traine, repitiéndose en ella el mismo motivo que en el escote.

Muy distinguido es este modelo que muestra la nueva tendencia de las polleras drapeadas, que constituyen la gran novedad para esta estación.

PARA LA MUJER

Blusas de moda



Para esta temporada nada más bonito, práctico y sentador que una linda blusa de linón, crêpe o plumetis, acompañando una pollera de color obscuro. Los modelitos que presentamos reúnen detalles muy modernos, sobresaliendo entre ellos las flores de piqué como adorno de una chaqueta de grueso crêpe.

Para otros modelos de carácter más deportivo, se han elegido una écharpe o cinturón de colores vivos. También tienen actualidad las alforzas y las aplicaciones de broderie, adorno este último que conviene especialmente a los modelos de plumetis, y que llegan a veces a formar las mangas y el delantero de la blusa haciéndola vaporosa.



Charlas Femeninas

Por DELFINA F. DE AGOSTINELLI

¿EQUIVOCADAS?

No debemos vivir en una torre cerrada; no debemos tampoco convertir nuestra casa en un hotel; pero debemos ser hospitalarios, porque la hospitalidad es un aliado para la vida, es un puente tendido de un alma a otra alma, es el corazón abierto..., las manos alargadas...

Si el sentimiento hospitalario de nuestras abuelas no hubiera sido barrido de los hogares, no se verían las mujeres jóvenes e inexpertas precisadas a buscar en un bar, en una confitería la reunión de los amigos, y las madres cesarían en su queja injusta. Porque es injusta la queja de las madres. Si las hijas equivocan el camino, es porque ellas, egoístamente, cierran el hogar.

Ya nadie quiere molestarse. La reunión está abolida, las visitas ya no se hacen; una tarjeta en la puerta basta y sobra.

La moda exige que las hijas tengan relaciones que no son las relaciones de los padres, y que esas relaciones las cultiven por sí solas. Así ocurre que no sienten ninguna responsabilidad, o respeto, o reparo los amigos por la joven que con ellos pasea y se divierte.

La gente joven se ha separado totalmente de la gente seria, y la juventud, que es impulso, va sin freno por pendientes donde unos se deslizan sin peligro y otros se rompen la frente.

¿Evolución social? ¿Independencia femenina? No, error; puro error de concepto, ausencia de estimación propia, peligroso desvío... Los padres están descontentos, las viejas tías, amargadas, y la juventud no encuentra una dicha estable y segura.

¡INTERES, NO!

Lo más inútil suele ser lo más útil. Pero esto no lo comprenden ciertos espíritus, una clase de mujeres que abundan hoy y que no ponen ideal en nada.

—Hay que llegar—dicen, y al decirlo significan que llegar es agarrarse con uñas y dientes a todo lo que les aporte una ganancia; es decir, cambiar el sentimiento por el interés, por lo útil, por lo que rinda beneficios.

No creen en el amor, y no creer en él es no creer en la vida; es negarle su encanto mejor. Se convierten en la artista que representa siempre un papel, que tiende la mano para obtener algo, que finge su amistad por conveniencia, que simula su afecto por dinero y aparenta amor por nombre o por renombre. Para ellas lo que no vala dinero, o lo que no aporta una conveniencia o un lucro, no vale nada.

Y hay en la vida cosas que no pueden comprarse ni venderse, y son justamente aquellas que nacen por impulso de la juventud y de la vida en el alma propia o en el alma ajena.

El utilitarismo es el que destruye los sentimientos y la nobleza del amor, el que reduce los conceptos de la vida. Donde haya un sentimiento, el utilitarismo queda despreciado.

Hemos llegado a la destrucción casi total de las uniones por amor; es así cómo los hogares no se levantan, cómo apenas pasado el año de matrimonio quedan en completa ruina, ya que la mujer, por lo general, hace, al casarse, mofa del amor por reverenciar a la conveniencia.

AMAR, SIEMPRE AMAR

Los niños deben aprender a amar a los demás niños, para luego saber amar a los hombres. Y las madres deben respetar en presencia de ellos a todos los amigos, para que el niño no aprenda a criticar y a odiar.

¿Por qué no nos convenceremos de una vez por todas de que el espíritu de la crítica y de la censura proyecta sombras en nuestra propia alma?

Si de pequeños no hubiéramos oído la crítica, seríamos optimistas hasta la vejez, porque es seguro que lo que de niño se aprende se adhiere a nosotros; lo llevamos impreso para siempre, como un tatuaje, en el alma. No hay idea de lo que las palabras banales, pesimistas, nos perjudican durante toda la vida.

Cuando una mujer joven me habla en su primer fracaso, de su ansia de morir, yo pienso en qué mala escuela habrá formado su alma esa mujer. Otras dicen en plena juventud: "¡Nadie merece cariño; todos son iguales, la familia un mito, el amor una mentira!"

¿A quién puede amar esa pobre mujer que seguramente creció oyendo censurar al suegro, su abuelo; al cuñado, su tío; al esposo de su madre, su padre? Y en el primer desencanto de amor, mide al novio perdido con la misma vara que la madre, en crítica mordaz, midió a todos los hombres de la familia, a quienes la pequeña debió amar, respetar y venerar...

Y lo peor es que con esa misma vara ella sigue midiendo, desconfiada, a todos los otros hombres, y no creyendo en ninguno, aísla su corazón o lo envuelve en desconfianzas.

Hay que enseñar a amar; a amar siempre, a amar sobre todas las cosas, y a todos los seres; porque con ello no se es pródiga con el prójimo: se es con uno mismo; porque quien ama no es así adusto, ni envenenado, ni dado a la crítica; es dulce, es sencillamente bueno, y la bondad es el único baño de dulzura donde podemos sumergir el espíritu.

Nadie puede calcular adónde lleva ese estado tranquilo del corazón, sin odio ni amarguras. En todo caso lleva a un seguro bienestar propio. Ahorramos a nuestra vida muchos cientos de estados lastimosos, mucho masticar odios amargos... Nos proporcionamos muchas puertas abiertas, muchas dichas, mucha simpatía.

Cuando veo esas vejeces adustas y solitarias, pienso con tristeza en lo poco que amaron en su juventud; en cambio, cuando veo esas vejeces rientes, cariñosas, rodeadas de brazos y de ternuras; de mimos y de compañía, me digo siempre: "¡Cuánto debió de amar!"

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

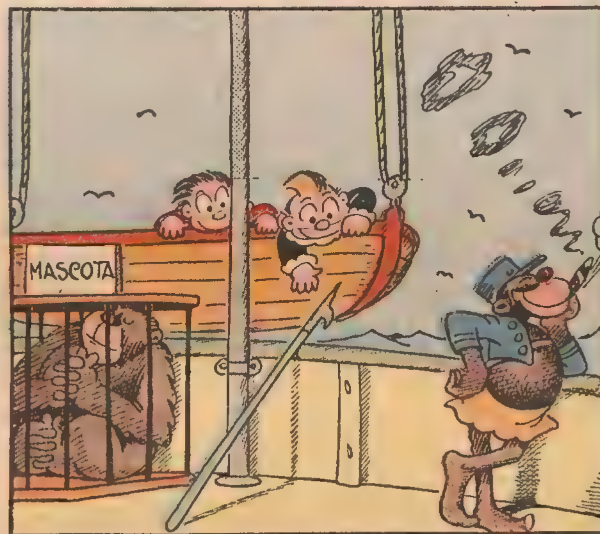
Por KNERR

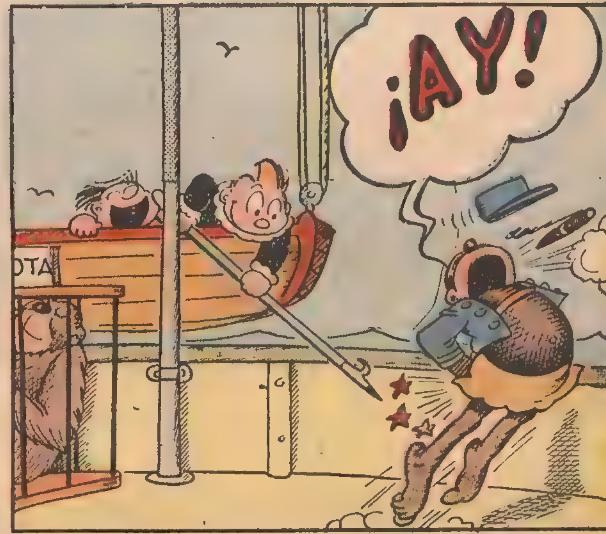




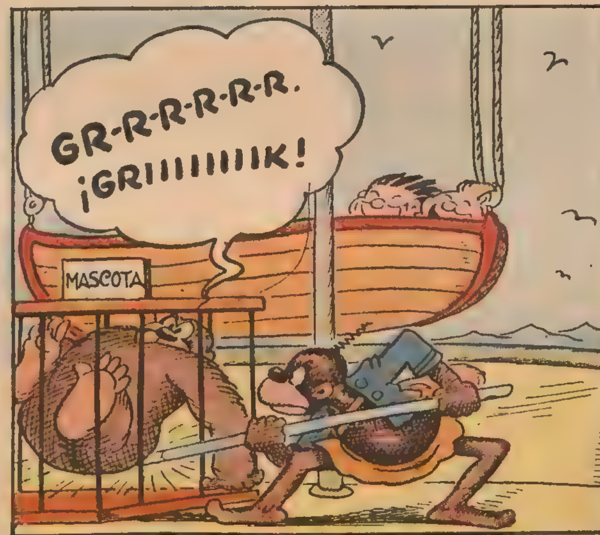


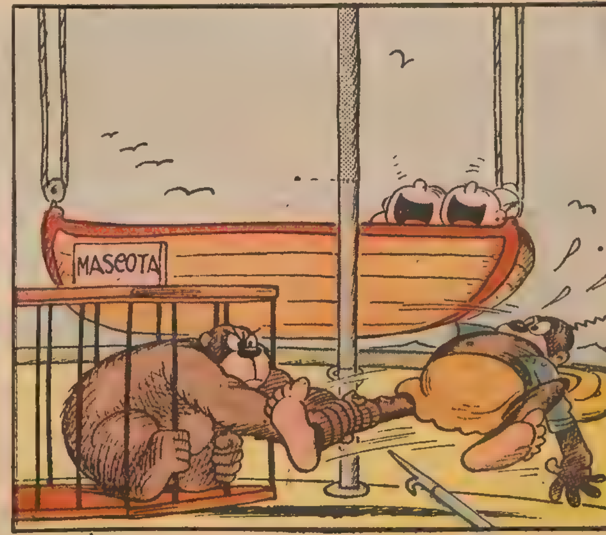


















El crisol roto
(Continuación de la página 7)

—Usted observa. Si el cuadro le conmueve, yo arreglaré la situación — había convenido Elena. — Si no, regresa usted como ha venido.

Aquella mañana hubiera sido propicia en el ánimo del escultor, pero de pronto se puso el día gris, hostigoso, impropio para el fin buscado. Padre e hijo recorrían los senderos. Desde el mirador, unos ojos inmóviles observaban y una faz llena de ansiedad auscultaba los instantes.

—¡Qué amor les une! — decía Elena. ¿Vió usted cómo fueron a limpiar el taller? Cuando el niño jugaba, el padre besó el modelo en yeso que la representa a usted...

Con infinita ansiedad abarcaba el significado de las miradas de aquella madre. Trataba de hacerla apenar.

Aquella noche fueron las dos al taller.

—Venga usted. Estudie el pequeño mundo que ha formado este hombre, y dígame lo que le sugiere.

Ambas mujeres observaron los preparativos, cuidándose de no causar el menor desconcierto.

—¡Admirable! — objetó Elena.

Silencio absoluto, tan intenso como la noche que las rodeaba. ¡De aquel corazón ya no era dable esperar nada!

—Aquí viene su hijito para pasar muchas horas con el padre, que medita y trabaja. ¡Si usted oyera las preguntas del niño!... No hace falta ser madre para sentir ternura por ellos...

Al día siguiente se acabaría la comedia, regresando Laura, como estaba decidido. Irremediablemente. Al rato de regresar las mujeres, Leoncio andaba recorriendo patios y galerías, como quien persigue sombras que huyen a escondites, tal como un sonámbulo. Cuando abandonaron los guardadores sus aposentos, le vieron sentado en el jardín de la casa, mirando hacia el patio interior, como quien inquiere el secreto de la vida que se inicia.

—Señor, usted no ha dormido — arguyó el anciano padre de Elena.

—Ciertamente. Desperté sobresaltado por una rara sensación de agorería que me molesta. No quiero ser víctima de espantajos, pero me pareció notar que por el corredor de mi cuarto venía con suma suavidad un vaho muy dulce, con perfume que solamente poseía ella... ¡Sí, ella únicamente!...

La escena quedó sumida en tan gran mutismo, que los hombres miráronse con extrañeza, tal si circulase de ser a ser un magnetismo precursor. Los gritos del niño restablecieron la situación. Venía corriendo en busca de su papito, los brazos tendidos, la dulce mirada vertiendo encanto de un amor puro y sereno.

—¿Quién vino, papá?

—¿Por qué tú también preguntas?... ¿Habrá pasado algo a esa mujer?

Leoncio Hamilton abandonó el asiento para salir. Una intuición accionaba en su psiquis, anunciando lo inesperado. Y al cruzar frente a las ventanas de Elena, sus oídos percibieron rumor de voces añoradas, voces que, si no se había vuelto loco de improviso, debían llegarle como una transmisión galopando distancias, porque, muy bien lo sabía, nunca podrían oírse allí, en su santuario de silencio y dolor. Aquellas voces ordenaron su acción, subyugaron su alma, detuvieron sus pasos, y escuchó sin quererlo. ¿Qué?... ¿Comenzaba a operarse en su cerebro el temido fenómeno que al cabo de horadarle las cavilaciones producía la demencia? Sin embargo la realidad no le engañaba. Eran las palabras de ella; Laura en persona, esa encarnación de sus más vivas esperanzas, esa mujer que pudo hacerle grande y le hundía en el anónimo y el olvido entre campos y serranías.

—¡Oh! ¿Dónde hablas?... ¿Cómo llegas a este solar de desterrados?

Habló con ansiedad, causando asombro en su hijito. Se abrieron las puertas. Las dos jóvenes damas, un tanto azoradas, aparecieron. Leoncio, en un espontáneo ademán de nobleza, sonrió, sintió el impulso de la ternura, quiso llegarla a sus brazos.

—¡Tu hijo! — exclamó entusiasta.

Pero aquel rostro adorado era una esfinge; aquel ser esbelto, una frígida representación de la indiferencia. Las manos se le tendieron fríamente. La madre tomó al niño; lo besó ritualmente y pausadamente, sin explosiones de ternura, sin ese arranque tan propio de toda mujer que conoció el latido del ser que sobreviene. Y la pobre Elena, confusa, contrariada, se puso a explicar la complicada armazón de su ensayo para tratar de completar una obra trascendental.

Los ojos imprecisos de Laura no decían nada. Eran dos faroles en una encrucijada de trágicos augurios, dos cuencas fluorescentes que carecían de expresión.

Cuando cerró la nueva noche, Elena subió al cerro. Todos yacían en sus lechos, ignorando la fantástica aventura. Sus manos pulcras arrimaron pedrones al borde cornisado del pico. Peñas que iban quedando como sostenidas por un pie, de manera que el huracán las descuajase haciéndoles rodar por la pendiente. Abajo, en la profundidad del silencio, el taller, guardando la obra magna, el crisol, que había de transformar en fuego inmortal el bronce, aquel admirable modelo. El viento allá arriba comenzaba a remolinear como un escuadrón avanzado de la borrasca, que hacía horas viajaba por el espacio.

Elena recordaba el significado del silencio abismal de aquella noche en que sus ávidas miradas interpretaron la trayectoria del pensamiento del artista. Una decisión tan fuerte como el odio que le inspiraba la madre sin fibras maternas, conducíala por el riscal y la rampa. Comenzaron a silbar las ráfagas, que producían espantoso ruido. Del cornisón del cerro, sobre el taller, bajaban rodantes los enormes pedrones. Cayeron sobre la endeble casita y la aplastaron. Debajo, se destruyó el modelo de ella, y el crisol quedó roto, hecho añicos. Cuando pasó la terrible tormenta, Leoncio, que pudo apreciar el desastre, abismóse en completa inanición muchas horas. Al retomar la compostura llamó a voces a su niño. Una mano suavísima, fraternal, puso entre las suyas las manecitas del nene.

—Aquí lo tiene, señor... Sano y hermoso... Deje que las tormentas destrocen un crisol que, como usted vió, no le iba a servir para mejorar sus penas.

La frase agorera del viejo cuidador volvió al pensamiento de Hamilton.

—Y, ¿dónde está ella? — dijo de pronto.

—Anoche mismo salió con mi padre, señor... La llevaba el viento que causó la pérdida de su crisol...

Entretanto, Arnaldo se había acercado a Elena, y según desgranaba ésta las últimas palabras, los ojos del niño parecían definir un instante de luz, al comenzar a descorrerse allá en la lejanía los crespones borrascosos ante el avance avasallador del sol...

El tío Francisco y

Cuento por





PUEDE discutirse si los tíos tienen o no un aspecto típico que los caracterice; pero, quien haya conocido al tío Francisco tendrá que convenir, por lo menos, en que éste era un hombre que parecía hecho de medida para desempeñar las casi paternales funciones de tío.

Bastante entrado en años como para que no pudiera pensar que la naturaleza había sido injusta y apresurada al privarlo de más de la mitad de su cabellera, y no tan viejo como para que empezase a sentir los achaques propios de una edad avanzada, estaba en situación de no cuidar ya la línea ni todavía el estómago.

Era así que, con la infaltable compañía de una buena botella de vino, hacía unas comidas tan glotonas y abundantes que llegaban a trasuntarse en su persona con señales evidentes de sobrealimentación, dando al abdomen una curva prominente, al rostro mofletudo una plácida sonrisa de "bon viveur" y al espíritu esa alegría bonachona y tranquila que tan a menudo notamos en los hombres que pudieron y supieron vivir felices.

Cuando alguno que no lo conociera oía hablar de él como de un pariente, casi infaliblemente preguntaba:

—¿Y ése es tío suyo?...

—No, señor; no, no es tío mío... ni de nadie. Una de las originalidades del tío Francisco es que no tiene ningún sobrino, pero todo el mundo es sobrino de él..., o es como si lo fuera, que para el caso, aunque usted no lo crea, da lo mismo.

—¿Y es solo en el mundo?

—Solo... o más bien todo lo contrario.

Y fuerza era convencerse. En el apartado barrio bonaerense en que vivía, todos le daban el mismo trato familiar: las comadres, las muchachas, los chicos, el almacenero.

La algazara del fútbol callejero se suspendía de inmediato en cuanto el tío Francisco aparecía en la puerta de su casa llevando una silla de paja y dispuesto a tomar el sol, y allí iban los muchachos a escuchar sus historias y sus cuentos; pero era más que frecuente que, después de un rato de perfecta paz y tranquilidad, presidiera allí mismo el tío Francisco un pequeño complot infantil en el que se tramaba cualquier broma o travesura.

Tal era el tío Francisco, alma de niño de gustos sencillos y corazón ingenuo, que vivía tan plenamente feliz en el medio en que había fijado su existencia, que ni se acordaba de que era casi rico, pues su pequeña renta había ido creciendo poco a poco, no por avaricia, sino, simplemente, porque ni remotamente sentía la necesidad de gastar más dinero.

Aunque parezca mentira, no fué ni un martes ni un 13 el día en que tío Francisco tropezó con Nelly..., y tropezó realmente.

Había tenido que salir de su barrio, y miraba distraído el ir y venir de la avenida, cuando vió que venía ya cerca el colectivo que esperaba para volver. Con un impulso rápido, que casi no podía sospecharse en sus ciento y tantos kilos, se lanzó de golpe a la calzada, y sintió, junto con una exclamación de dolor, la sensación de que su pie pisaba algo blando: era el pie de Nelly, que iba a tomar el mismo colectivo.

Hay una buena norma de respeto a la estética femenina, según la cual una mujer, sobre todo si es joven y bonita, no debe ser jamás pintada en un relato cuando hay algo que le hace perder la elegancia de su silueta..., por eso nos resistimos a describir cómo Nelly, con un pie en el aire y saltando sobre el otro para conservar el equilibrio, murmuraba entre dientes cosas poco amables con respecto al tío Francisco, que la miraba medio cortado.

Su ingenua bonhomía lo incitó inmediatamente a congraciarse con la muchacha, poniendo en juego, esta vez para un asunto personal, la táctica con que siempre pacificaba querellas ajenas: tío Francisco intentó desplazar el asunto hacia lo que él llamaba "el lado ameno" y, haciendo un saludo más o menos torpe, murmuró:

—Perdone, señorita..., ¡he metido la pata!

—Sí, y encima de mis zapatos nuevos — respondió, enfadada, ella, que no estando para gracias, tomó al pie de la letra eso que para el tío Francisco era un chiste.

El insistió:

—¡Caramba!... ¡Disculpe usted!... ¡Cuánto lo siento! — exclamó con un acento tan consternado, que ella ya empezaba a ablandarse; pero su propensión a tomar todo por el dichoso "lado ameno" le hizo agregar:

—¡Y con lo que, por sí solos, duelen los zapatos nuevos!

Nada dijo ella; pero no debió sentarle muy bien esta broma, porque se irguió altiva y lanzó al pobre tío Francisco una mirada más elocuente que mil discursos, una mirada fría, tan llena de desprecio, que el buen hombre, pese a su volumen, se sintió chiquito, apocado, y quedó sin movimiento hasta que la bocina de un ómnibus, sonando junto a él, le hizo saltar, pesada y ridículamente, sobre la acera.

Dirigió su vista a Nelly, y ella lo miraba sonriente, divirtiéndose con su torpe pirueta de hombre gordo. Esa sonrisa de burla era más hiriente que el peor de los insultos.

Habían perdido el colectivo; quedaron en la esquina esperando otro, y el tío Francisco, que experimentaba la sensación de haber estado torpemente ridículo, estaba cabizbajo y cortado, sin atreverse a mirar a Nelly, porque le parecía que mantenía todavía fijos en él sus ojos burlones y le seguía dirigiendo esa hiriente sonrisa de mofa.

Llegó otro colectivo, y antes que él, la muchacha había subido ya ágilmente.

Sentado un poco atrás de Nelly, tío Francisco se atrevió a mirarla, al principio con curiosidad y enfado, enfadado hasta consigo mismo por esa timidez, esa falta de aplomo que jamás había experimentado...; pero, poco a poco, fué cambiando de parecer.

—¡Qué lástima! — pensaba — que sea así, porque tiene buena presencia..., y es linda..., linda, sí; pero, sobre todo, es elegante.

Y tío Francisco, recobrada ya su serenidad, la miraba con aire de persona entendida y el pulgar izquierdo apoyado en la sisa del chaleco.

—No debe ser tan joven como parece — siguió pensando, con el criterio de prodigalidad con que las personas entradas en años juzgan tantas veces la edad de las del sexo contrario; — es que aparenta ser joven; pero tiene un aire digno, una seriedad que muestra que no es ninguna chiquilla..., y su silueta es graciosa, su cuerpo fino y bien formado..., y hay que convenir en que le sienta la originalidad de llevar los cabellos largos... La nariz parece graciosa y respingada, no la veo bien desde este sitio; pero debe ser así... ¿Y los ojos?... ¿Cómo serán sus ojos? Me gustaría que los tuviera azules, aunque quizá...

Y se cortó el hilo de sus pensamientos, precisamente porque los ojos de Nelly se clavaron en él, fríos, despectivos, como si hubiese adivinado que la estaba mirando, y le hicieron bajar la vista, nuevamente turbado, sin acordarse siquiera del color que instantes antes tanto le había interesado.

—Linda, sí, pero ¡qué antipática mujer odiosa! Es un alma de chacal en un cuerpo de sirena.

Y se quedó pensando en si esta imagen tan literaria era o no del todo correcta.

Todavía el tío Francisco no había resuelto el problema de los chacales y las sirenas, cuando Nelly hizo parar el colectivo, y ya empezaba a sentirse aliviado, cuando advirtió que también él tenía que bajar en esa esquina; pero, si esto lo incomodó, lo puso aun más violento el notar que la muchacha tomaba la misma dirección que él debía seguir. Para no verla más, hizo tiempo esperando en la esquina, y recién al rato, de pésimo humor, emprendió el camino de su casa.

Tío Francisco, solterón sin parientes, ocupaba dos piezas del frente en casa de una familia modesta, y debieron oírlo entrar, porque una voz de mujer lo llamó:

—¡Venga, tío Francisco, venga!

—Ahora..., después..., dentro de un rato — respondió bastante poco amablemente.

—¡No! ¡No! ¡Venga ya!

—¡Venga! ¡Venga a ver! — gritaban en coro los chicos.

Había en estas voces una nota de alegría que disipó un poco su disgusto. Siempre se había sentido atraído por la alegría, y fué.

—¿Qué hay, doña Rosa?

—Venga. ¿Conoce usted a mi sobrina?

Y tío Francisco no se atrevió a decir que sí: se encontraba ante la chica del colectivo.

Recién entonces recordó que había oído hablar de Nelly, la sobrina que trabajaba en Montevideo, en una gran tienda que había quebrado con la crisis, y que venía a Buenos Aires en busca de sus únicos parientes y de alguna ocupación.

—Casualmente, nos conocemos — dijo ella, tomando entre sus finos dedos la enorme mano gordinflona. Y relató el encuentro con tanta gracia y tanto cuidado de no decir nada molesto, que todos rieron, sin que el tío Francisco pudiera sentirse rozado en lo más mínimo. Esto lo reconcilió inmediatamente con ella.

A la semana, Nelly valía para él un Perú; a los quince días, le resultaba indispensable, y antes de transcurrir un mes...

—¡Qué muchacha! — se decía. — ¡Qué señorita! Hermosa, digna, alegre y afectiva. ¡Qué cualidades para una esposa!

Y a medida que más se enamoraba, más insistía en avejentarla.

—Estoy seguro de que tiene arrugas; pero que no se le notan porque es sana y está bien conservada.

Y esta teoría de las arrugas invisibles entretuvo sus sueños durante un par de días.

No conocería a Nelly quien creyera que no había adivinado los tiernos pensamientos del tío Francisco, y hasta podría asegurarse que al arreglar — como siempre lo hacía — los papeles y las cosas de su nuevo amigo, había tropezado con documentos bancarios que denotaban un tentador saldo favorable, porque un domingo se invitó:

—¿Dónde me lleva usted a pasear esta tarde? ¿A algún cine? ¿Al teatro? ¿A algún parque?

Salieron, pasearon, cenaron en un restaurante, y al regreso ella venía casi colgada del brazo fornido de su

el señor González

CARLOS BLIXEN



Bailaba con otro, mientras con ojos lánguidos su esposo la miraba dar ágiles vueltas.

ILUSTRO J. A. JOSSE

grueso y feliz acompañante. Se habían puesto de acuerdo en todo, menos respecto a cuál de los dos debía comunicar a los tíos de Nelly la inesperada nueva.

El barrio se vistió de gala para el casamiento del tío Francisco, que fué mucho menos cordial de lo que la popularidad del novel marido pudo hacer esperar.

Una copa de champaña tomada en la intimidad, con eso bastaba: no había necesidad ninguna de invitar a "esa gente". Tales eran las ideas de Nelly, que consintió en casarse en la pequeña iglesia del barrio; pero nada más que "consintió", dejando entrever que con ello cedía ya demasiado, y exigió, en cambio, que tras una breve luna de miel en las sierras, se instalaran en un coqueto departamento de lo más céntrico de la ciudad; declaró que no podía soportar por más tiempo la vieja casita ni el trato familiar que todo el vecindario daba al tío Francisco.

—El día que alguno me llame tía Nelly, me lo como. ¡No aguanto más!

Como el tío Francisco — y es explicable — atravesaba por uno de esos estados de ánimo en que el hombre pierde por completo la facultad de razonar, no hacía nada más que sonreír y decir que sí a todo. Experimentaba un nuevo e indescriptible placer al sentirse dominado por tan adorable mujercita.

—¡Ella me quiere, me quiere! — se decía. — Es porque me quiere que aspira para mí a algo superior. Trata de mejorarme, y en verdad lo necesito... ¡Bendita sea ella, que con su amor viene a traerme una segunda juventud! ¡Una segunda juventud dignificada! Parece mentira que a mis años esta muchacha me esté haciendo gente. ¡Y qué bien me hace!

Vivían como la "gente bien". Ahora nadie le llamaba tío Francisco: ahora era el señor González.

Ya los chiquillos no se colgaban de su antes lustrosa y ahora inmaculada solapa. Ya nadie lo llamaba "groseramente" a gritos desde la acera de enfrente, pronunciando su apodo a pulmón lleno... Ahora, cuando el señor González recordaba esas escenas, sonreía con tolerancia y, complaciente para consigo mismo, murmuraba:

—¡Qué vida de soltero que tuve!—Y volvía a sonreír, compenetrado de la importancia de que todo eso hubiera pasado.

El señor González, en su departamento de la calle Sarmiento, se desayunaba infaliblemente después de la una. Aunque no leía ningún diario, y sólo los hojeaba, recibía unos cuantos, principalmente los más serios, los que tienen más páginas y menos títulos, porque su instinto le decía que esos eran los diarios importantes, los que debía leer un señor casado que vivía de rentas.

Los esposos González hacían económicamente sus comidas en el departamento; pero se mostraban en público tomando el aperitivo en locales de importancia, es decir, donde todo vale del doble para arriba; iban al teatro, al cine, y, dos o tres veces por semana (quizá algunas más, cuatro..., tal vez cinco) hacían una traviesa escapada a lo que la señora de González llamaba "algún sitio donde pueda bailarse".

Por desgracia, el señor González ignoraba el arte de mover las piernas al compás de la música. En sus tiempos — ¡es claro! — había bailado el tango, las cuadrillas y hasta el vals; pero ahora esto le resultaba imposible.

—Ya no tengo las mismas piernas — se disculpaba. Y con desdeñosa ligereza les echaba la culpa a sus piernas, despreciándolas, como si ellas no formaran parte integral de su persona.

Hubiera querido ensayar; pero el fallo de la señora de González fué absolutamente negativo.

—No sabes, ¡y basta!

Pero ella tenía que bailar; opinaba que ése era un ejercicio sano y, para conservar la línea bailaba con otro, mientras con ojos lánguidos su esposo la miraba dar ágiles vueltas tomada del talle por algún apuesto compañero.

Amigos, verdaderos amigos, el señor González no tenía ninguno. Trasplantado de golpe a otro ambiente, al que era completamente ajeno, pasaba al lado de millares de personas que llevaban una vida igual a la suya; pero no había intimado con nadie y mucho menos con Rodríguez, el apuesto bailarín, compañero inseparable de su esposa, quien le resultaba infinitamente más antipático que cualquiera de los otros jóvenes que había conocido en esos lugares "donde se puede bailar".

Y el señor González empezó a comprender que se aburría; que su vida, que antes era llenada por el amor de Nelly, se había convertido en algo absurdo, en una pantomima de aristocracia, en la cual ese amor ocupaba cada día un lugar más secundario.

Tenía que hablar con Nelly. ¡Quizá todavía fuera tiempo! ¡Pero qué raro le sonaba eso de "hablar con Nelly"!... Antes no hacía otra cosa, y ahora sólo cambiaba media docena de palabras... Ella no le contaba nada, y él tampoco tenía nada que contarle. ¡También, con esa vida artificial y monótona! ¿Qué cosa podría contar a nadie... y menos a ella, que le acompañaba en todas sus llamadas "diversiones" menos en la única que medianamente lo divertía, la de barajar los naipes y hacer un solitario cuando ella salía sola?

Después de haberlo resuelto unas cuantas veces, sin atreverse a hacerlo, el tío Francisco habló.

—Nelly: siento decírtelo, pero es forzoso que volvamos a la vieja vida. Esto es estúpido y estamos gastando más de lo que tenemos... Ya sabes que se acabó lo del banco, vendí el campo de Entre Ríos, y nos queda muy poco... Reflexiona en el porvenir, reflexiona en...

—¿Y ahora quieres que reflexione? ¡Debí haber reflexionado antes, cuando me casé con un viejo gordo y avaro como tú!

El señor González quedó mudo, perplejo.

La señora de González miró el reloj, y como no tenía tiempo para sufrir un ataque de nervios, salió dando un portazo que sonó como un derrumbe en el corazón de su marido.

—¿Y para esto me casé? ¡Para esto me olvidé de todo, cambié de vida, dejé a mis amigos!... Para tener una mujer a la que no puedo besar nunca, porque de día le estropeo la pintura y de noche le saco la "crema de noche". ¡Nunca está esta mujer con la cara al descubierto!

Y sin saber por qué, estas palabras se le siguieron repitiendo, como martillándole en los oídos: ¡la cara al descubierto!... ¿Habría mostrado Nelly la cara al descubierto?

Aún estaba sentado en el living cuando ella volvió. Había querido pensar, pero se sentía tan turbado, que le era imposible coordinar nada... Sólo veía con claridad el recuerdo de la sonrisa despectiva y de los ojos fríos con que Nelly lo miró por primera vez.

Quiso hablarle, pero ella le puso un dedo sobre los labios, le dió un beso indiferente, y le advirtió:

—Mira que no quiero oírte hablar más de eso.

Y con toda esa altivez con que antes le había herido, lo dejó para acostarse. Tenían ya cuartos separados.

En los días que siguieron cambiaron de vida. Nelly salía sola, y ni la menor insinuación de ninguno de ellos para ir juntos. Durante los pocos momentos que los esposos se veían, gastaban una convencional y fría cortesía insoportable para el señor González, que salía temprano, comía fuera de casa y vagaba por las calles haciendo un vano esfuerzo por pensar.

Una mañana, se desayunaba leyendo los diarios. Crímenes..., guerras..., crisis..., desfalcos. ¡Rodríguez! ¡Pero si es el mismo!

—¡Miren a Rodríguez! ¡Ese subgerente alto y rubio que bailaba más a menudo que nadie con mi esposa! ¡Casi cien mil pesos!... Yo vi desde un principio que era un truhán; era el que menos me gustaba... Ella no quería creer; pero yo estoy seguro de que la galanteaba... ¡Me alegro de que se vayan descubriendo solos!

Estaba todavía el tío Francisco sumido en estas agradables reflexiones, cuando sintió las voces de alguien que insistía en hablar con él: era un cobrador a quien su esposa había dicho que le sería abonada en el acto la factura que días antes había dejado.

—A ver — dijo a la mucama, — ¿hay cuentas de la señora?

Y le trajeron lo que no esperaba: crecidas facturas por sombreros, tapados, ropas de todas clases..., y valijas..., y un baúl...

—¡Llame a la señora!

—No está, señor... Ayer tampoco vino.

Buscando el bálsamo de sus viejas amistades, de su antigua vida sencilla, quiso volver al barrio de sus pasados días felices.

Le molestaba ya el señor González, tan tonto, tan ciego, tan fatuo, tan lleno de falsa importancia.

Tumbado sobre el asiento de un taxi, doblado en dos por la pena, volvía derrotado, pero llevando en el fondo de su espíritu la vaga idea de que debía bendecir esta derrota que lo devolvía a otra vida que le era grata, a todo ese círculo de personas amigas que le brindaban su sencillo afecto, y pensaba con ternura en esas pobres callejuelas, tan embarradas los días de lluvia, tan carentes de todo atractivo exterior, pero tan llenas de almas buenas.

Por la ventanilla miraba las casas pequeñas, los jardines que florecían detrás de las verjas o de alambre tejido... La vidriera de don Sebastián..., siempre con los mismos lazos de papel azul y blanco..., los muchachos jugando...

Nadie allí sabía lo que había pasado, y después de las primeras efusiones vino la pregunta que no podía faltar:

—¿Y Nelly?...

—Nelly... Nelly... No hablemos de Nelly...

Y al ver dos gruesos lagrimones de hombre que corrían por las mejillas del tío Francisco, para poner su sabor amargo en esos labios que antes no habían hecho más que reír, todos comprendieron que no debían preguntarle.

El ESPEJO *de la* OPINION PUBLICA *en el* EXTRANJERO



1

GRAN BRETAÑA Y LA LIGA

—Es preferible que te quedes en casa, John Bull.

De "South Wales Echo"

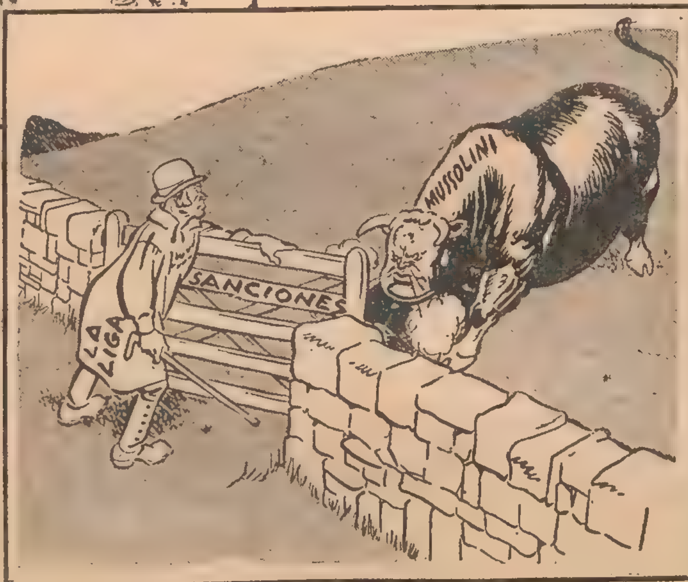


2

ESTADOS UNIDOS ANTE EL CONFLICTO

Tío Sam. — No me agrada esta música de ópera.

De "The Echo"



3

LAS SANCIONES

La Liga. — Si le cierro la tranquera, ¿qué pasará?

De "Daily Record"



4

LAS RELACIONES ANGLOITALIANAS

—¡Pase lo que pase, siempre seremos amigos!

Balance de la Política Mundial

1. — Esta caricatura refleja aquella fracción de la opinión británica que considera los compromisos contraídos en Ginebra por los gobiernos que componen la Liga, como peligrosas complicaciones diplomáticas de las cuales es preciso desligarse para mantener la paz.

2. — Se informa que Mussolini, para apuntalar las finanzas de Italia con el fin de hacer frente a la campaña de Abisinia, ha solicitado empréstitos a los **Estados Unidos, y que le fueron negados,** invocando razones de neutralidad.

3. — **La aplicación de sanciones a Italia por la Liga de las Naciones es una medida de dudosa eficacia,** para contener la arremetida de Mussolini contra las cláusulas del convenio y obligarlo a desistir de sus propósitos referentes a Etiopía.

4. — Mientras la Gran Bretaña refuerza sus posiciones en el Mediterráneo e Italia se prepara activamente para repeler cualquier agresión de parte de los miembros de la Liga, **ambos declaran que sus medidas no van dirigidas contra el otro, y que, por lo contrario, desean que se mantenga su tradicional amistad.**

5. — **La incuestionable popularidad de Mussolini entre el pueblo italiano al iniciar las operaciones en Africa, puede convertirse en repudio si,** como consecuencia de los derroches provocados por la guerra, el país se sume en la miseria, como muchos vaticinan.



5 **LA POPULARIDAD DE MUSSOLINI**

—¡Pequeño Duce! ¡Pequeño Duce! ¿Te querrán tanto el año que viene como te quieren hoy?

De "Daily Herald"

TIPOS DE LA COMEDIA COTIDIANA

A las redacciones siempre llega un hombre que trae la nota sensacional, la nota que los directores de diarios y revistas esperan todos los días..., pero que nunca llega, o que llega de tarde en tarde, porque para eso es nota sensacional.

Un día se presentó en la redacción un tipo que venía a ofrecer una nota de las más extraordinarias: se trataba nada menos que del hombre que, según él, era capaz de saber a qué sexo pertenece la criatura que va a nacer... Ustedes saben que la ciencia no ha alcanzado todavía esto, y, por consiguiente, aquello picó mi curiosidad.

EL HOMBRE DE LA NOTA SENSACIONAL



Por LOPEZ DE MOLINA

El hombre habló así:

—Yo, señor, con sólo ver los ojos de una mujer y hacerle ciertas preguntas, sé si será varón o mujer el hijo que tendrá.

—¿Es posible?

—Absolutamente. Tengo varios casos que lo prueban: la señora del doctor Gómez, la señora del capitán Antúnez, la señora del comerciante Garbelli... Y muchos más que podrán testimoniar que lo que acabo de decirle es verdad.

—¿Y qué quiere usted de nosotros?

—Quiero que la revista se ocupe de mí. Yo soy argentino, señor, y es hora que las publicaciones se acuerden de los hijos del país y dejen de mirar hacia el extranjero. Ustedes harán una nota verdaderamente sensacional, como jamás se ha publicado en ninguna revista argentina. ¡Figúrese usted el bien que se podría hacer indicando a las madres si será varón o mujer el hijo que traerán al mundo!

—Pero ¿ha hablado usted con algún médico de su sistema?

El hombre se exalta como si le hubieran pisado un callo.

—¡Los médicos son unos charlatanes! Con algunos que he hablado de esto se han reído en mis narices y hasta han insinuado que estoy loco... ¿Tengo yo cara de loco, señor? Dígame la verdad: ¿tengo yo aspecto siquiera de loco?

Y al decirme esto, yo juraría que aquel hombre, si no estaba loco, andaba haciendo peligrosos equilibrios sobre el abismo de la enajenación mental. Me clavaba los ojos de una manera que me hacía daño y crispaba los puños cual si se apercibiera para un tremendo pugilato.

—No haga usted caso de los médicos — le dije para calmarlo. — Los médicos nada saben de esas cosas ni de las otras... Si le pregunté si había hablado de su sistema con algún médico, fué por simple curiosidad, para saber qué le habían dicho.

—Yo hasta he desafiado a varios médicos invitándolos a hacer una apuesta por dinero. Pero ninguno ha sido capaz de aceptar. ¡Es claro! ¡Ellos saben que no saben nada de nada!

—¡Bien dicho! — exclamé entusiasmado.

—¿Así que le parece que pueden hacerme una nota, una especie de reportaje, como que parezca que han ido a visitarme a mi casa?... Podrían ir con el fotógrafo y tomar unas cuantas fotografías de mi mujer y de mí. Créame que todo sería muy interesante.

—Sí. ¡Naturalmente! La nota es sensacional... Pero nuestra revista no puede publicar notas de esa naturaleza, porque se prestaría a torcidas interpretaciones... Nuestro público, como usted no lo ignora, es demasiado suspicaz, se pasa de listo muchas veces, y quién sabe cómo interpretarían la nota . . . Creerían que tomamos por otro camino... ¿Me entiende usted?

El hombre, más descompuesto que nunca, se despachó a su gusto.

—¡Ya apareció la cobardía de siempre! Me lo temía. Ustedes los periodistas viven encadenados. No pueden publicar cosas que deberían hacerse públicas a todos los vientos. Y prefieren seguir envenenando a los lectores con pavaditas, con cuentitos, con chismecitos, con todas esas cositas que publican todas las semanas las revistas argentinas. ¡Es una vergüenza! En mi patria no he encontrado todavía una publicación que se decida a proclamar valientemente lo que yo he descubierto. Se habla de moralidad y de inmoralidad. ¡Mentira! Lo que pasa es que como soy un hombre humilde, nadie me hace caso y me toman por loco. ¿Loco yo? ¿Es que acaso tengo aspecto de loco? ¿Por qué soy loco?

Yo estaba apabullado. El hombre, presa de una irascibilidad enfermiza, se enfurecía cada vez más, como si sus propias palabras tuvieran la virtud de acrecentar su rabia. Hasta echaba espuma por la boca, como un perro hidrófobo.

—¡No importa! — continuaba el loco, digo, el visitante. — ¡De mí ha de hablar el mundo entero! ¿Por qué en todas las redacciones me dicen lo mismo? ¿Por qué en todas partes aparece la cobardía de no lanzar mi sistema, tan original como útil al género humano? ¿Por qué ustedes, los periodistas, rechazan lo que deberían acoger con los brazos abiertos?

Y viendo que yo no respondía a sus tremendas interrogaciones, el tipo dió media vuelta y se lanzó escaleras abajo barbotando palabrotas. El hombre de la nota sensacional, como de costumbre, no la había traído, aunque él sí que era toda una nota patológicamente sensacional.



AJEDREZ



Por ROQUE DE REINA

Con sobradas razones se ha denominado el juego que publicamos a continuación con el nombre de "La Partida Inmortal", conociéndosela con tal nombre en todas partes del mundo. El aficionado que la repase una y otra vez, encontrará en sus variantes una fuente inagotable de emociones.

En ninguna partida de las que recuerda la literatura ajedrecística puede verse como en ésta al espíritu agresivo de las piezas llevado a su máxima expresión. Adolfo Anderssen, a quien ya hemos presentado a nuestros lectores, anteriormente, tuvo una oportunidad magnífica para dar rienda suelta a su inagotable fantasía, y la aprovechó como sólo los genios saben hacerlo. Esta es una de sus más admiradas producciones, jugada después de realizarse el Torneo de Londres de 1851, certamen que reunió a los mejores jugadores de su época, entre los que también se encontraba su adversario.

Lionel Kieseritzky nació el 1º de enero de 1806, en Dorpat. Trasladóse en 1839 a París, donde daba lecciones de matemáticas, llegando a destacarse como uno de los maestros de ajedrez más ingeniosos de su época. Conspiraba contra la firmeza de su juego un natural sumamente irritable, pero tuvo ocasión de demostrar al mismo Anderssen sus conocimientos, ganándole nueve partidas, anulándole tres y perdiendo siete. Destacóse además por sus estudios teóricos, publicando una revista dedicada al ajedrez, llamada "La Regence", que dirigió desde 1849 hasta 1851.

Partida número 3

Jugada en Londres, el 21 de junio de 1851.

GAMBITO DEL ALFIL DE REY

A. Anderssen Blancas	L. Kieseritzky Negras
1. P 4 R	P 4 R
2. P 4 A R	....

Esta jugada constitutiva del gambito del alfil de rey, tiene por origen la frase italiana "dare il gambetto" o hacer la zancadilla, y es el más antiguo de los que conoce la literatura ajedrecística, pues Ruy López, en 1561, ya lo cita en su tratado. El sacrificio del peón tiende a conseguir las siguientes ventajas: 1º La apertura de la columna alfil rey en la cual una vez que se enroquen las blancas, su torre de rey colaborará con el alfil blanco en el ataque del punto 7 A R, que, por estar defendido por el rey negro, es el punto más vulnerable del segundo jugador. 2º Eliminado el peón central negro, las blancas podrán jugar P 4 D formando un sólido centro de peones para restringir las piezas contrarias.

....	P×P
3. A 4 A	D 5 T+
4. R 1 A	....

Con esta jugada las blancas pierden el derecho de enrocar, y, sin embargo, logran un juego perfectamente defendible.

.... P 4 C D

Contraataque favorito de Kieseritzky al cual se ha preferido 4..... C R 3 A o C D 3 A.

5. A×P ! ....

Necesario para evitar P 4 T D y A 3 T en ciertas variantes.

....	C R 3 A
6. C R 3 A	D 3 T

Generalmente se ha jugado D 4 T, pero las negras quieren dejar este jaquel libre para el C R.

7. P 3 D	C 4 T
8. C 4 T	....

Lo mejor. Para la amenaza de ganar calidad con C 6 C+; si 8. R 1 C o 2 A, seguiría D 3 C D+ ganando el alfil indefenso.

.... D 4 C

Ataque simultáneo a las dos piezas menores.

9. C 5 A P 3 A D

Al intento de ganar una pieza con P 3 C R hubiera seguido: 10. P4TR, C 6 C+ (si D 3 A, 11. C D 3 A, P×C; 12. D×C, etc.) 11. R 1 R, D 3 A (si D 4 C 12. C×C), 12. C×C, P×C; 13. D 2 R con excelente posición.

10. P 4 C R	C R 3 A
11. T 1 C !	....

El comienzo de una combinación genial, en la que colaborarán todas las fuerzas de asalto, rechazando las pocas piezas desarrolladas por el segundo jugador y terminando el juego con un mate estupendo.

....	P×A
12. P 4 T R	D 3 C
13. P 5 T	D 4 C
14. D 3 A	....

Ahora se ve mejor por qué razón entregó Anderssen su alfil. ¡Amenaza ganar la dama contraria!

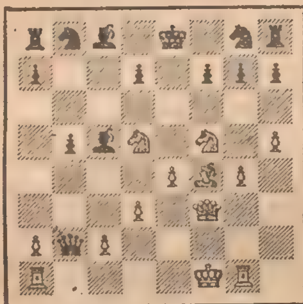
....	C 1 C
15. A×P	D 3 A
16. C 3 A	A 4 A
17. C 5 D	....

Las blancas no pierden tiempo en defender piezas que no colaboran en el ataque y continúan el desarrollo de su genial combinación.

.... D×P

Posición después de la jugada 17 de las negras.

Negras: Kieseritzky



Blancas: Anderssen

18. A 6 D ! ....

Cada movida lleva un sello admirable. El alfil no puede ser tomado sin peligro de un mate en cuatro jugadas: 18. ...... A × A; 19. C × A +, R 1 D; 20. C×P+, R 1 R; 21. C 6 D+, R 1 D; 22. D 8 A mate.

....	D×T+
19. R 2 R	....

¿Qué le importan a Anderssen todas esas torres inútiles?, dice un comentarista de la época en "La Nouvelle Regence". En cambio, va a ganar una ventaja más preciosa en la situación presente: un tiempo.

.... A×T

No puede tomarse D×T, pues seguiría 20. C×P+, y 21. A 7 A mate.

20. P 5 R ! ....

Decisivo. Intercepta la defensa del peón C R y amenaza otra vez mate en dos jugadas.

.... C D 3 T

Salva al rey del mate, pero no salva la partida. Si 20. ...... P 3 A o A 2 C se gana con 21. C×PC+, R 2 A; 22. C×P, R×C; 23. C 8 R+ etcétera. Si 20. ...... A 3 T seguiría 21. C 7 A+, R 1 D; 22. C×C !, D 6 A; 23. A 7 A+, D×A; 24. C×D, R×C, 25. D×T y no pueden hacer nada contra la jugada demoledora C 6 D.

21. C×P+	R 1 D
22. D 6 A+	C×D
23. A 7 R mate	

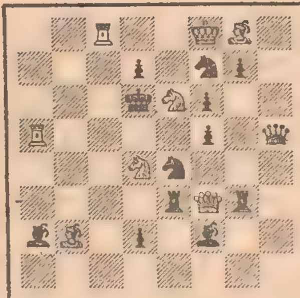
La profundidad de esta magnífica combinación ha estimulado a maestros de la talla de Steinitz y Tchigorin a analizar este juego para salvar a las negras después de vigésima jugada de las blancas, pero hasta ahora las tentativas han resultado infructuosas.

Problema número 2

DE I. NEUMANN

Primera mención honorífica en el 16º Torneo de la British Problem Society.

Negras 13 piezas



Blancas 8 piezas

Juegan las blancas y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 1 de A. Karlstrom

BLANCAS (10 piezas): R 7 D, A 7 T D, C 7 A R, A 6 T D, P 6 A D, C 4 T D P 3 C D, P 3 A R, T 2 T D, D 1 A R, T 1 R.

NEGRAS (7 piezas): R 4 D, C 4 C D, P 5 C D, A 6 A D, T 7 D, C 7 R, T 5 T R.

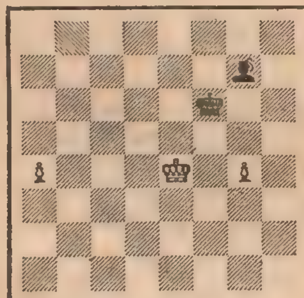
Juegan las blancas y dan mate en dos jugadas.

CLAVE: A 2 A y mate a la jugada siguiente.

Final número 2

Por H. OTTEN, de Nueva York

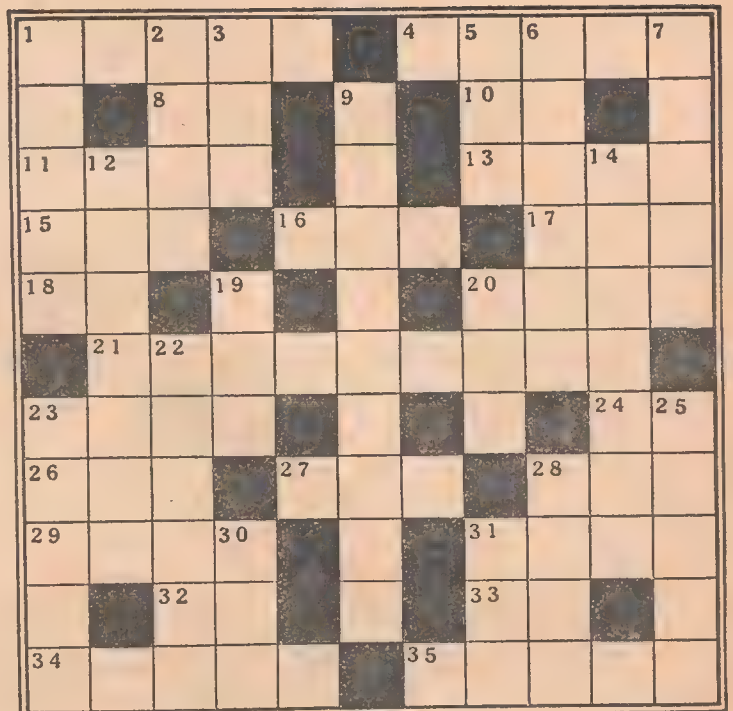
Negras 2 piezas



Blancas 3 piezas

Juegan las blancas y ganan.

El final que antecede es de una sencillez clásica, pero no por eso resulta menos instructivo. De las piezas menores, el alfil es la más ágil para detener los peones enemigos que van hacia su octavo jaquel a coronarse; en este caso la eficacia del alfil se paraliza con una maniobra ingeniosa y característica, cuyas variantes daremos en el número próximo.



Palabras Cruzadas

Problema número 2

HORIZONTALES

1—Sobrio, moderado en las comidas.
4—Segundo nombre de la capital etíope.
8—Interjección de aliento.
10—Sufijo aumentativo.
11—Río de Rusia.
13—Río de Inglaterra.
15—Tejido que forma malla poligonal.
16—Animal plantígrado.
17—Me trasladaré.
18—Terminación de verbo.
20—Nación.
21—Una de los grandes divisiones zoológicas.
23—Género de pintura.
24—Símbolo químico de sodio.
26—Hijo de Noé.
27—Hombre fuerte, valeroso y esforzado.
28—Arbusto leguminoso cuyas hojas se usan en infusión como purgante.
29—Tomad.
31—Uno de los secretarios de la primera junta de 1810.
32—Violoncelo siamés.
33—Prefijo inseparable que denota separación o alejamiento.
34—Atrevida, valerosa.
35—Río de la provincia de Buenos Aires.

VERTICALES

1—Instrumento para rayar el papel en que se aprende a escribir.
2—Verdadero, existente.
3—Oxido de calcio.
5—Serpiente americana de gran tamaño.
6—Mandad algo de un lado para otro.
7—Atalaje.
9—Dictador europeo contemporáneo.
12—Perteneciente al campo.
14—Tipo de sombrero (plural).
19—Une con ligaduras o nudos.
20—Imperativo del verbo poner.
22—Bulto que se envía de un lugar a otro.
23—Valiente, audaz.
25—Superficie metálica que se coloca en el polo positivo de la pila eléctrica.
28—Tiene conocimiento de algo.
30—Conceded, otorgad.
31—Igual o en todo semejante.

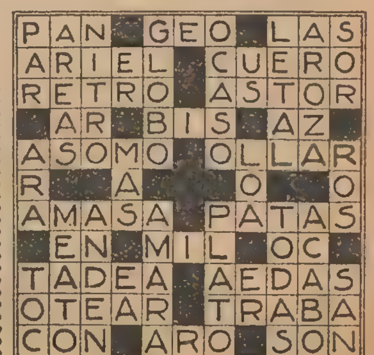
Jaques y pleitos

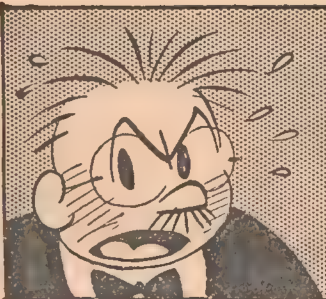
Es difícil que pase un match entre el Club Argentino de Ajedrez y el Círculo de Ajedrez sin que el calor de la lucha haga saltar una protesta basada en una u otra razón. Las fuerzas son parejas y la rivalidad muy grande, y este año la Federación Argentina de Ajedrez concede el título de Campeón Metropolitano al que demuestre poseer los veinte jugadores más fuertes. El honor es muy grande, y el título codiciable. Los equipos integrados por nombres famosos en nuestro ajedrez, por no decir los mejores, ya se han medido en un primer encuentro, que trajo la primer protesta; junto a ellos militan los elementos nuevos hasta completar el número de veinte jugadores que se exige, y lo mismo van a perfeccionarse en el manejo de las piezas, como en el manejo de los argumentos. Al torneo de ajedrez seguirá el certamen de dialéctica. He ahí un nuevo aspecto cultural del juego ciencia, que si no es por estos campeonatos hubiera pasado desapercibido.

****Se ha constituído en Córdoba el nuevo consejo directivo de la Federación Cordobesa de Ajedrez; bajo la presidencia del señor Angel Z. Auzzani, toda una garantía; es de esperar que armonicen los intereses locales en bien de la mayor difusión de este juego.*

****Doce ajedrecistas de Bahía Blanca vinieron un sábado a devolver una visita al Club de Ajedrez Ferrocarril del Sur, donde jugaron su partida de desquite y se fueron. Aún se comenta el esfuerzo realizado por las dos entidades que, en colaboración, dieron prueba de lo que pueden los dirigentes de iniciativa.*

Solución del problema número 1





Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO























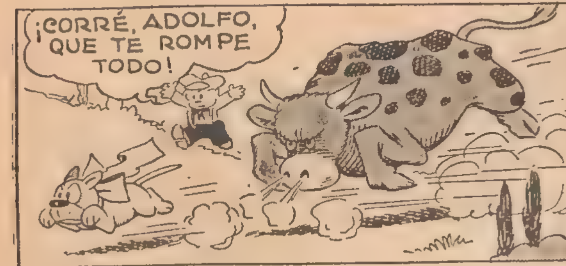


Don Pánfilo y su perro Adolfo
Por KNERR









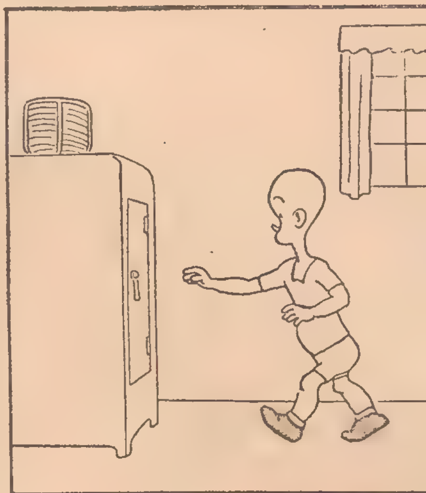




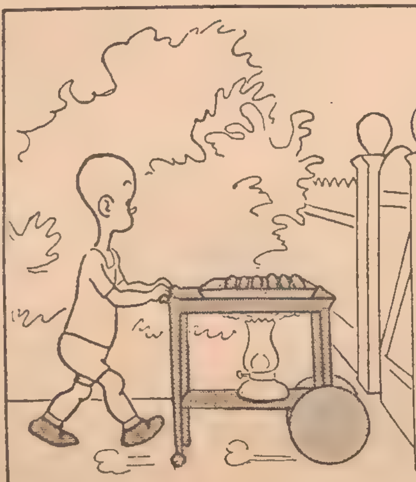


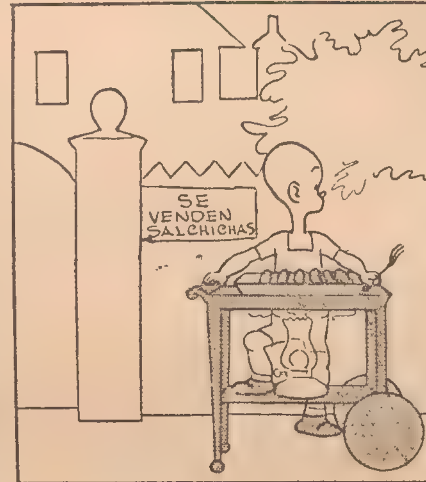


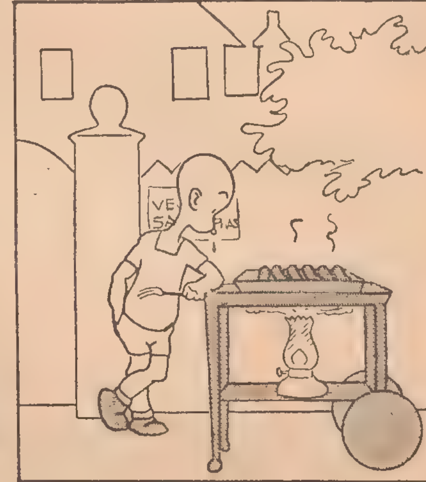






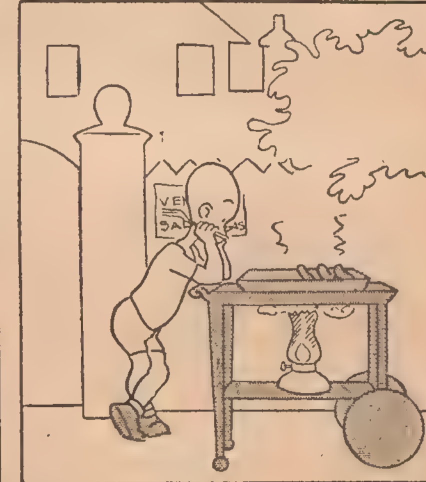


















Historieta muda

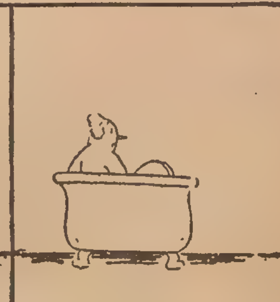
•

Método infalible









DEFIENDA USTED SU SALUD

EL CALOR Y LA ALIMENTACION

CON la llegada del calor la comida constituye para muchos un serio problema. Se sienten fatigados, inapetentes...

Y, no obstante, la estación estival debería ser la época ideal del año. Es entonces cuando el sol — fuente de vida y energía — brilla más intensamente; es entonces cuando podemos disfrutar mejor de paseos y deportes al aire libre, en el campo, las sierras o las playas, y, finalmente, es entonces cuando la naturaleza nos brinda más pródigamente los más preciados alimentos: las frutas y las verduras.

Está demostrado científicamente que es durante el verano cuando los alimentos contienen la mayor proporción de vitaminas y los vegetales de hoja de clorófila, substancia similar al pigmento de la sangre, la hemoglobina.

También en esa estación es cuando las valiosas sales minerales están más al alcance de todos: calcio, hierro, fosfatos, en forma de lechuga, espinacas, tomates, repollo, zanahorias, remolachas, zapallo, duraznos, melones, uvas: ¡en el puesto más cercano de frutas y verduras!





Al resolver el problema del menú en los días cálidos del verano, hay que tener en cuenta dos cosas: primero, que en verano no son necesarios los alimentos llamados "de combustión" — tales como los azúcares, los almidones y las porteínas — ya que el organismo no ha menester de más calor; segundo, que debemos reemplazar esos alimentos por otros más frescos, más saludables y digestivos: las frutas y las verduras.

Con eso no queremos significar que hemos de romper el equilibrio, tan precioso en todo régimen de alimentación. Los extremos, en todo orden de la vida, y muy especialmente en la nutrición, son peligrosos. No es el caso, pues, de hacerse vegetarianos y renunciar por completo a la carne, las pastas y los postres, sino que, simplemente, los incluiremos en una proporción mucho menor.

Por otra parte, es conveniente recordar que el proceso de la digestión produce calor, por lo que deberán descartarse todos aquellos platos pesados y difíciles de digerir.

En cuanto a la fatiga que nos sobreviene en la época de los calores, el mejor medio para combatirla es venciendo la acidez, para lo cual hemos de recurrir a los alimentos alcalinos por excelencia, que, como es sabido, son las frutas y las verduras.

Las meriendas que se preparan para llevar a los picnics, tan frecuentes a esta altura del año, deben ser a un tiempo apetitosas y livianas: sadwiches de pan negro, con queso, huevo, lechuga o tomate; frescas ensaladas y frutas en abundancia, es suficiente. Conviene también llevar líquidos frescos — jugos de frutas o leche — o caldo o bebidas calientes, para lo cual el comercio expende termos muy perfeccionados.

CUANDO LA SED NOS ABRASE

Otro de los problemas que trae la proximidad de los fuertes calores es el de la sed. ¿Qué, cómo y cuánto hay que beber?

En verano se ingiere una cantidad de líquido mucho mayor que en cualquier otra época del año. La razón es obvia: los líquidos mantienen un nivel constante de temperatura, equilibrando el calor exterior y la evaporación de los pulmones y de la piel. Según el doctor Du Bois, de la Academia de Medicina de Nueva York, el cuerpo humano elimina diariamente, y sólo por la piel, unos setecientos gramos de transpiración.

Es fácil comprender que esa cantidad de líquido que se evapora debe ser restituído al organismo. El problema es: ¿cómo? No con agua, pues si bien ésta logra aplacar la sed, no devuelve al organismo las sales orgánicas que se han disuelto con la transpiración. Los jugos de frutas, en cambio, sean puros o disueltos en algo de agua, constituyen una bebida ideal para el verano, pues no sólo apagan la sed, sino que suministran las sales minerales y las vitaminas necesarias para proporcionar energías y contrarrestar la acidez.

También las verduras, ya crudas o en ensaladas, ya ligeramente hervidas, proveen al organismo líquidos en abundancia. Las ensaladas constituyen, en todo sentido, el plato ideal para la época de los grandes calores. Frescas, variadas, son a la vez deliciosas, livianas y nutritivas. Sean mayonesas de pescado, salmón o atún; ensaladas mixtas, de lechuga, huevo y tomate; de apio, pepino, zanahorias, repollo, remolachas, berenjena, coliflor y toda clase de frutas, la buena ama de casa ha de presentarlas atractivamente, para que resulten apetitosas hasta para los que se muestren más reacios a ellas.

Las sopas también resultan eficaces para calmar la sed, siempre, claro está, que no sean muy pesadas ni elaboradas, ni tengan demasiado condimento. El caldo frío, sea de pollo o de verduras, es muy indicado. Las sopas de verduras son mucho más recomendables que las de harinas de legumbres, ya que éstas carecen de las materias de desecho tan necesarias para el buen funcionamiento de los intestinos.

Pero entre todos, los mejores alimentos para aplacar la sed son, indudablemente, las frutas.

Los melones, las sandías, las uvas, las peras, los duraznos, las ciruelas, el ananá contienen altas proporciones de agua, a más de otros elementos más preciosos, como son las sales minerales y las vitaminas. Sus propiedades alcalinizantes, por otra parte, aumentan aun más su prestigio.

La mejor manera de comer las frutas es al natural, crudas, ya sea separadamente o en exquisitas ensaladas; pero, de tanto en tanto, conviene variar y comer compotas o frutas asadas, para lo cual la buena ama de casa no ha de concretarse tan sólo a la manzana, sino emplear la pera, el durazno, la ciruela, la banana y, en suma, las que se le ocurran.

Seamos modernos, pues: obremos con inteligencia y criterio y cuando la sed nos abrase, recurramos a otros medios más eficaces y beneficiosos que el consabido vaso de agua.

el consejero de los novios

Por NENUFAR

LAS PARTICIPACIONES correspondientes a su novia deben ser encabezadas por ella misma, desde el momento que carece de pariente alguno en este país.
Que sea usted muy feliz.

Contestando a "Ignorante", de La Plata.

● ●

SI ESTA A MERCED DE VOLUNTADES que anulan la propia, no puedo condenar su rebeldía manifiesta.
Levante su protesta; no es posible depender hasta ese extremo de influencias extrañas. Si nada consigue, a pesar de sus protestas, ponga en práctica sus planes.
Mis deseos de que su conflicto tenga la más favorable de las soluciones.

Contestando a "Rita", de Belgrano.

● ●

DICHOSO DE USTED que en esta época de ambiciones desmedidas se siente rico al poseer la dicha inefable de poder disfrutar de las bellezas que natura le brinda: frescos y luminosos amaneceres campestres..., crepúsculos de ensueño, aromados de suaves perfumes...
Es usted un hombre soñador y romántico; no es posible que esta primera decepción disipe sus hermosas ilusiones. La primera vez se equivocó; nada más. Puedo asegurarle que hay mujeres capaces de comprender y amar de idéntica manera que la suya.
Confíe en hallarla y envíeme sus nuevas noticias.

Contestando a "Enrique Eugenio", de Maipú (Mendoza).

● ●

POR INTERMEDIO DE LAS MISMAS PERSONAS que le dijeron que él quería volver, olvidando lo pasado, puede hacerle saber de su arrepentimiento y que no sólo está dispuesta a aceptarlo, sino que ansía que vuelva a expresarle sus sentimientos. Además, cuando lo vea muéstrese diferente a como era antes; así será más notorio su cambio.

Contestando a "Flor de Cuyo".

● ●

1º EL CORTEJO NO ES OBLIGATORIO, así que si tropieza con los inconvenientes que me cita, es mejor suprimirlo.
2º Solicite muestras de telas blancas apropiadas para trajes de novia y podrá elegir alguna de entre las muy lindas modernas.
3º Le va a quedar más juvenil el velo de tul de ilusión.
Reciba mis felicitaciones.

Contestando a "Margarita", de Santa Fe.

● ●

OCURRIO LO INEVITABLE, no podía ser de otra manera; la previne del peligro aconsejándole retirarse a tiempo, pero...
Ahora, roto el encanto y satisfecha su "peligrosa curiosidad", ante lo irreparable, sólo le queda una amargura cruel. ¡Qué lástima! Lo siento de verdad, querida amiguita; si al menos pudiera culpársele de todo al verdadero amor...
Las "consecuencias lógicas", pueden, como no pueden, ser; entonces, ante su dilema, considera más conveniente esperar y no tomar medidas anticipadas.
En lo que respecta a su confesión, no debe arrepentirse de haberla hecho; ya que fué desleal, no fué cobarde.
En cuanto a si seguirá siendo amada como antes, es algo problemático, al menos por ahora; hay una sombra, aquello..., pero si cumple la última promesa, quizá logre desvanecer el odioso fantasma que se ha levantado ante su felicidad.
No me olvide.

Contestando a "Mariposa porteña", de capital.

PENSO QUE SOLO UN MARIDO podría abrirle la puerta de esa "prisión", como llama a su hogar, y por eso aceptó sin amor a un hombre que le era más bien desagradable.
Ahora ve con horror que se acerca el momento de cumplir lo prometido; pero como la palabra definitiva no ha sido pronunciada aún, está a tiempo de evitar el derrumbe de su vida.
Es valentía saber defender la propia felicidad amenazada. Sea, pues, valiente, y rompa su compromiso como lo desea.

Contestando a "Imposible", de capital.

● ●

SU CONFLICTO tiene muy fácil solución. Debe enviarle a esa persona participación e invitación.
Agradezco su felicitación y deseo a mi nueva amiguita toda clase de venturas en su nueva vida.

Contestando a "Una amiga", de capital.

EL DINERO PUEDE PERDERSE, y está muy lejos de asegurar la verdadera felicidad.
No le aconsejaría, por lo tanto, esa boda.
Medite mucho antes de dar ese paso.

Contestando a "Aldeana", de Tucumán.

● ●

EL ANONIMO es un arma de que se valen los cobardes para herir a mansalva. De ninguna manera debe darle crédito ni contarle a él que lo ha recibido, y menos aún que la ha preocupado, porque eso sería probarle que da más fe a las mezquindades que escribió una mano vil que a lo que de ese joven ha podido conocer a través de su comportamiento.
En tanto, ya que la duda ha conseguido dominarla, nada impide que haga las averiguaciones pertinentes a fin de que su tranquilidad no sufra menoscabo.

Contestando a "Norteñita", de Corrientes.

A TUS MANOS

(Colaboración)

Tus manos evocan las caricias leves
que las mariposas brindan a las flores;
y en las noches largas de mi vida triste
cual mágicas vendas calman mis dolores.

Las llevo a mis labios, las lleno de besos;
las llevo a mi pecho, las aprieto fuerte;
y entonces contento respiro con ansia
y en éxtasis digo: — ¡Que nunca despierte!

Amada, yo quiero tus manos de nieve
que sabias prodigan caricias ardientes;
que broten las flores que viven en ellas
como si estuvieran en mágicas fuentes.

Amada, no niegues al ser que te implora
la dulce ambrosía de tus manos santas.
¡Quiero el sueño eterno dormir, mientras ellas
me acaricien leves al par que tu cantas!

MARIO R. MARTINEZ.
(Corrientes)

LA MODALIDAD DE SU NOVIA debe ser objeto de un estudio minucioso de su parte. Así, buen conocedor de sus cualidades como de sus defectos, le será fácil estimular las primeras y ser indulgente y tolerante con la otras.
Llegando a una mutua comprensión puede alcanzar en su matrimonio esa felicidad que tanto le preocupa encontrar.

Contestando a "Correntino preocupado", de Corrientes.

● ●

ME ES IMPOSIBLE DECIRLE si la persona que hizo esa consulta es el joven que usted desearía que fuese; pero para salir de dudas, cambie cuando lo encuentre, de actitud.
¿Por qué se hace la interesante si tanto le agrada?

Contestando a "Me quedé en duda", de Casilda.

EL PRETEXTO POR DEMAS INFANTIL con que ese hombre intentó justificar su incalificable conducta de último momento, ha puesto en evidencia que los años fueron desvaneciendo el amor.
En vista de que no accedió a su pedido, anticípese usted a la devolución.
Envíele con una persona de toda su confianza el anillo, manifestándole que después de lo ocurrido ya no tiene objeto el conservar esa alhaja, símbolo de un compromiso, que él mismo rompió voluntariamente.
Supongo que algo responderá. Si se mantiene en su inconmovible silencio, oriente su vida apartando de ella para siempre al ingrato.
Lamento, querida amiguita, lo ocurrido, y espero sus nuevas noticias.

Contestando a "Flor de durazno", de San Juan.

LA CARTA QUE MENCIONA no llegó. Me satisface su confianza en mí, que la hizo volver a escribirme, alejando la idea de que pudiese intencionadamente haber dejado sin respuesta su consulta, ¿por qué habría de hacerlo? Todas las que llegan a este "consultorio" son mis amiguitas espirituales; no podía ser menos una chica tan simpática y gentil como usted.
Envíeme sin temor a molestarme, sus confesiones, que tendré sumo placer en ayudarla, con mayor razón tratándose de una chica joven.
Las poesías que me envía, aunque lo siento, no se publicarán.

Contestando a "Nikke", de Salta.

● ●

PROCURE CON SU DISTANCIAMIENTO, cada vez más pronunciado, que ella vaya comprendiendo su desamor y haciéndose a la idea de que debe perderlo.
Evite asestar el golpe con toda la rudeza de su magnitud. Sea por lo menos un poco generoso con quien no mereció ser víctima de su inconstancia.

Contestando a "Abel", de Rosario.

● ●

ESE LATIR DE SU CORAZON a impulsos de una emoción desconocida, cuando se halla en persencia de esa jovencita, puede indicar muy bien síntomas de que está a punto de caer en las redes del amor. No se asuste ni dé tampoco demasiada importancia a estas primeras manifestaciones. ¡Es usted tan joven!

Contestando a "No entiendo", de Juárez.

● ●

A CIERTA EDAD ciérrase por lo común el corazón y sólo viven en él los antiguos afectos, que lo mantienen fuertemente ligado al pasado.
Tenga cuidado, no sea que este nuevo estremecimiento que le parece que ha vuelto a experimentar el suyo, le traiga demasiados contratiempos. Si sus días se deslizan felices y apacibles, ¿por qué exponerse a variar su corriente?

Contestando a "A los setenta", de La Plata.

● ●

EL LIBRO DE LA VIDA de cada persona encierra muchos capítulos. Haga cuenta que éste es uno de los tantos del suyo y piense que aún le quedan muchas páginas en blanco por llenar. Así le será más fácil resignarse.

Contestando a "Anita", de Quilmes.

● ●

RECIEN AHORA, tal vez un poquito tarde, se da cuenta de la importancia que ese cariño tiene en su vida.
Si según sus propias palabras, es su vida misma, si los lazos que lo unen a él son tan fuertes que no podría separarlos sin desgarrar su propia existencia, trate de dejarlo comprender así a quien le interesa. Busque la forma de borrar la mala impresión que produjeron los últimos acontecimientos. Tenga presente que una imprudencia basta a veces para perderlo todo.

Contestando a "Fuera de la ruta", de capital.

● ●

NO ARRIESGUE SU REPUTACION ni se exponga a ser tontamente condenada por apariencias engañosas. Si la quieren de verdad, no tema perder su amor por esta negativa; por el contrario, quizá sirva para robustecerlo.

Contestando a "Elsita", de San Juan.

EL AMOR PLATONICO ES EL EXORDIO DEL AMOR

Los secretos de la juventud y la hermosura

(Continuación de la página 45)

No como alimentos muy pesados, ricos o complicados en la cena, o mejor dicho, la suprimo por completo, a menos que tenga invitados o cene fuera.

EL REPOSO Y LA JUVENTUD

El descanso repone las fuerzas físicas y nerviosas. Todas las mujeres saben que el sueño tranquilo es un tónico, un reconstituyente.

Madame Walska se refiere también a él en el curso de la conversación.

— Me acuesto generalmente a las 11 o a las 11.30, y estoy en pie a las siete y media todas las mañanas.

Antes del desayuno doy un rápido paseo a pie, y paso el resto del día ocupada en tocar el piano y en cumplir mis obligaciones sociales.

Mi vida es, pues, por demás sencilla.

No contrariar a la naturaleza. He ahí mi famoso filtro de juventud.

— ¿Y no cree en los cosméticos?

Son las armas modernas de la belleza, y queremos averiguar cuánto crédito le merecen a esta mujer que parece conocer todos sus secretos.

— Sí — contesta la artista. — Uso algunas cremas, cualquiera de buena marca es igual, para reparar el desecamiento que causan el agua, el viento, el calor o el frío.

Y eso es todo. La célebre belleza ha descubierto ante todas las que quieran imitarla los ritos de su culto a la hermosura.

¿QUIEN LO DIJO? POR MAX SABELOTODO

Locuciones, refranes, aforismos y frases célebres desfilan por aquí, proclamando su verdadero origen unas veces, y negando otras el que les atribuye la versión popular aceptada con frecuencia hasta por los "eruditos", que los utilizan de segunda mano.

●

"Muero reina, a pesar de vosotras"

Esta frase data de hace cuatrocientos años y pertenece a Ana Bolena, reina de Inglaterra.

Ana Bolena, *hermosa mujer, hija de un embajador en Francia, aparece en la corte hacia 1514, al lado de la reina María, esposa de Luis XIII. De regreso a Inglaterra, hacia 1521, el cardenal Wolsey se opuso a su boda con lord Butler por "razones de estado". En 1526 la conoció Enrique VIII, cuyo asedio amoroso duró siete años, hasta que se casó con ella, conduciéndola al trono. Su vida conyugal fué una sucesión de graves infortunios, que remataron con su ejecución el 19 de mayo de 1536.*



Dijo aquella frase en el momento de subir al cadalso, magníficamente vestida, con intrépida firmeza, y al percatarse que algunas damas de la corte sonreían malignamente a su desdicha:

"Muero reina, a pesar de vosotras."

Cuento infantil

(Continuación de la página 21)

das, y dejó apagar el fuego en la chimenea.

Entonces salieron de las marmitas el médico, el abogado y el notario.

Los tres agradecieron a Pacho su servicio. Uno dijo:

— Pide al brujo, en cambio de tus servicios del año, el trapo que llevas como delantal.

— Pídele el atizador del fuego — dijo otro.

— Pídele la corneta — dijo el tercero. — Nosotros, que estuvimos aquí prisioneros, sabemos las virtudes de esos tres objetos.

Cuando el brujo llegó, Pacho tuvo buen cuidado de tener el fuego encendido y las marmitas tapadas, de modo que aquél no se dió cuenta de que había libertado a sus prisioneros.

— ¿Hacemos un nuevo contrato? — preguntó a Pacho.

Y éste dijo:

— Hace dos años que estoy aquí, y quiero irme. Como usted me dijo que me daría a fin de año lo que quisiera, quiero este trapo, esa corneta y ese atizador.

— De ninguna manera — repuso el brujo. — Ni el atizador ni la corneta. El trapo, llévatelo como salario del último año.

— Bueno — dijo Pacho, — con tal de que su carroza me lleve hasta el pueblo.

— Ahí la tienes en la puerta. ¡Adiós!

Pacho corrió a la carroza, temeroso de ser descubierto en el asunto de las marmitas.

El coche tomó vuelo, y pronto Pacho estuvo a las puertas de su pueblo. Descendió allí, hizo un saludo al cochero, y se dirigió a la fonda y pidió almuerzo.

— ¿Con qué pagarás? — preguntó el fondero.

Y Pacho sacudió el trapo y cayó un torrente de oro.

Se compró la mejor casa, se hizo los mejores trajes, se casó con la mujer más bonita de los contornos y fué amado por todos, pues en su pueblo no hubo más pobres. Los domingos, en la plaza pública, Pacho sacudía el trapo, y el oro que caía de él como un torrente era entregado a los necesitados.

El abogado, el médico y el notario le llamaban "hijo".

— Nos salvó del suplicio — decían, — y es un ejemplo de bondad. Es el único hombre capaz de pagar con bien el mal que recibió.

Mujer sin miedo

(Continuación de la página 23)

sato, innecesario, lo había realizado por mí. Desde entonces ha quedado débil y enfermiza. Y yo soy el único bien que le queda en este mundo. ¿Comprendes ahora, Ardeth?"

Carlos dejó de hablar. Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Ardeth. Lágrimas de honda emoción por el sublime sacrificio de aquella madre, y al mismo tiempo de júbilo porque las palabras de Carlos, de las que absolutamente no podía dudar, alejaban de su espíritu la terrible pesadilla en que había vivido durante tantas horas.

En brazos uno del otro permanecieron largo rato, acariciándose con los ojos, con la voz y con los labios.

Ya era tarde cuando emprendieron el regreso, alegres y optimistas. Demasiado tarde para que Ardeth llegara a su casa a tiempo para la cena. Resolvieron comer en un pequeño restaurante de la playa, donde era improbable que les sorprendieran miradas indiscretas.

— Tendremos que cuidarnos un poco al principio, querida — dijo él. — Hay que considerar a mamá. Si me presentara de pronto y le diera la noticia de que voy a casarme contigo, recibiría una impresión demasiado fuerte, y yo, mientras pueda, no quiero darle ningún disgusto.

Ella asintió, trémula de alegría.

— Sí, Carlos. Que nuestra felicidad no ponga tristezas en la vida de nadie.

Apenas lo dijo, evocó involuntariamente a Alberto Burke y se sintió afligida e inquieta. Como si hubiera presentido que algo desagradable iba a ocurrir aquella noche.

Al despedirse de Carlos, en la esquina, sintió miedo y se lo confesó, abrazándose a él fuertemente.

— No temas, alma mía — dijo él. — Confía en mí. Arreglaré las cosas bien.

Ardeth se quedó en la acera hasta que vió desaparecer la lucecita roja del coche, y la dominó una vez más una fría sensación de soledad y la vaga noción de un peligro que avanzaba hacia ella.

(Continuará en el número próximo.)

Atocha

(Continuación de la página 37)

dos de nervios, furiosos de rebeldía, encabritados y caprichosos. Alguno cae, otros resisten, y el potro, dominado por el castigo prieto de las piernas del paisano, pasa frente a la concurrencia, que le aplaude con delirio.

Llegan las carreras, el almuerzo criollo, el cabeceo a la sombra, la visita a la iglesia, a veces las confirmaciones, después el baile. Son fiestas alegres con rasgueos de guitarra, toques de caja, sones de quena y voces humanas trenzadas con nostalgias, sostenidas en un acorde melancólico.

Los poetas, los escritores, los periodistas que llegan a Salta, visitan a Atocha, plantan un árbol, firman el más documentado de los álbumes y reciben los homenajes de ese presidente tan original con su gris traje de gaucho salteño, su cabello liso y renegrido, su charla pintoresca, su fresca y desprevenida fe en la vida, sus versos que huelen a campo en flor, a pradera verdeante, a chorro de agua, a piedra a... sol.

Por esa república pasaron Mario Bravo, César Tiempo, Pío Collivadino, Xavier Bóveda, Córdoba Iturburu, Díaz Usandivaras, Soiza Reilly, Samuel Eichelbaum, Garet Mas, Guzmán Curruchaga. Es el decano de estos poetas Juan Carlos Dávalos. Han pasado y pasarán muchos poetas, mucha gente de arte, porque José Solís Pizarro gusta vincularse con artistas, gusta mostrar un rincón típico de la bella Salta y hacer que el que pasa, una a sus recuerdos los de esa Atocha, patria de los poetas líricos del Norte, como él ha dado en llamar a su rincón.

En el Museo Histórico de los tres topacios

según esta reseña hecha por
ILDEFONSO RODRIGUEZ



Don Norberto de la Riestra en la época en que era ministro argentino en Londres.

RECIENTEMENTE, después de una pintoresca odisea, ha sido enviado al Museo Histórico Nacional un valiosísimo cofre de oro con un enorme topacio engarzado en la tapa, que trajo al país en 1866 don Norberto de la Riestra, a quien le fué obsequiado por don David Robertson, como una especial distinción que señala la encomiástica dedicatoria grabada en el interior de la caja: "A su excelencia, don Norberto de la Riestra, ministro de Hacienda de Buenos Aires en 1857, de su sincero amigo David Robertson, caballero de Ladykirk, Lord Lugarteniente y miembro del Parlamento por el condado de Berwick, en señal de su alta estimación y gran respeto hacia el hábil estadista, el prudente financista y el hombre noble y honesto en todas las relaciones de la vida. — Ladykirk, Berwichshire, 12 de marzo de 1866."

Esa joya de tan alto valor, no es sino un índice de la estimación y gran respeto que se le tenía en Europa, sobre todo en Inglaterra, que fué donde más actuó, a ese gran argentino que fué don Norberto de la Riestra, y no es tampoco el único recuerdo que de él, por manos de sus hijos, pasa a un museo u otra institución nacional. En el ministerio de Hacienda se encuentra una estatua de Canning, tallada en plata, que le fué obsequiada, junto con un pergamino, por la intelectualidad, la nobleza y el alto comercio británicos como recuerdo de su campaña de 1857, que dió por resultado el levantamiento íntegro de la deuda de 1824, contraída por Rivadavia y desconocida por Rosas. El talento, el honor y la gran visión de estadista de de la Riestra, permitieron en aquella oportunidad a este país joven, que recién estaba echando las bases de su organización económica, el lujo inusitado, sin precedentes, de renovar en el extranjero obligaciones descartadas después de casi treinta años de falencia. Esa estatua, cuya procedencia se envuelve de un recuerdo tan grato para el honor argentino, fué lo único que aceptó de la Riestra, que declinó toda clase de distinciones y beneficios individuales.

En los archivos históricos se guardan también numerosos documentos cedidos por su hijo, el doctor Norberto de la Riestra, de Mitre, Derqui, Alberdi, Sarmiento, etc., de gran interés documental. No pasará mucho tiempo, y ese pergamino que ahora adorna el modesto escritorio, lleno de historia, del doctor Norberto de la Riestra, irá a colgarse en el salón suntuoso de alguna dependencia nacional. Y así, poco a poco, todo lo que fué de aquel ilustre hombre quedará para el Estado, que ya había recibido de él los beneficios de toda su vida intensa y laboriosa dedicada a la patria.

UNA JOYA MAGNIFICA



Doña Montserrat Agrelo de la Riestra, dama de rancio abolengo, esposa del prócer argentino.

Poco antes de regresar al país en uno de sus repetidos viajes a Inglaterra, en 1866, Lord Robertson quiso que su amigo tuviera un recuerdo suyo, y mandó al hotel en que vivía don Norberto de la Riestra con su familia, las joyas de su propiedad para que eligiera una. Volvieron todas a su dueño, con una esquela que agradecía la fineza de Lord Robertson, pero éste no se resignó a que su amigo no llevara algo suyo y, el día que embarcaba, le envió ese cofre magnífico, cuyo valor aproximado puede deducirse de la tasación con que fué asegurado, en cien mil pesos, cuando fué expuesto en la muestra de arte británico, realizada con motivo de la visita del príncipe de Gales a Buenos Aires.

La caja está hecha con libras esterlinas fundidas y primorosamente tallada. El topacio que adorna la tapa, de cuyas enormes dimensiones da una idea la fotografía que ilustra esta página, es de un color amarillo azafranado, de una transparencia y una pureza perfectas. Ya a mediados del siglo anterior era fama que los más valiosos topacios del mundo se encontraban en Escocia, y es este, precisamente, uno de los tres más grandes del mundo. Los otros dos, de las mismas características y del mismo valor, eran propiedad, por entonces, de la corona de Escocia.

Lo curioso y fantástico es que ese cofre de tan extraordinario valor, ¡era la caja en que Lord Robertson guardaba el rapé!... Algo así como la cigarrera que se pone en el escritorio para que se sirvan las visitas...

El doctor Norberto de la Riestra y sus hermanos donaron en 1920 esa joya al gobierno nacional. La donaron así, en un gesto, que se comprenderá mejor si se considera el valor de la alhaja y la circunstancia de que el doctor de la Riestra no es un hombre rico. El ministro Salaberry, en una conceptuosa nota agradeció a los hijos de de la Riestra el obsequio, que fué destinado a la junta del Crédito Público, "por ser la institución más antigua del país". Allí estuvo guardado el cofre hasta que al refundirse el Crédito Público en el Banco Central, pasó a esta nueva organización y comenzó la peregrinación de la joya, de la que como si fuera "tabú" nadie quería la responsabilidad de su custodia. Del Banco Central fué el Ministerio de Hacienda, de allí a la Presidencia, y de la Presidencia acaba de ser enviada al Museo Histórico Nacional, donde la guardan con tanto cariño y tanto miedo, que no será exhibida hasta que se construya una adecuada caja de seguridad con vidrio empotrada en la pared.

Está bien en el museo esa alhaja, que tiene la significación de un reconocimiento a la honorabilidad e integridad moral de un prominente hombre argentino del siglo pasado... Está bien allí, donde constituirá un recuerdo de horas honrosas de nuestra historia ante los ojos de los que se acerquen a verla; pero parece como si fuera una ironía eso de que en este momento político nuestro, pase a ser "cosa de museo", algo que recuerde la dignidad de nuestros viejos hombres de Estado...

AQUEL GRAN HOMBRE

Desgraciadamente no podemos asegurar que todos los hombres

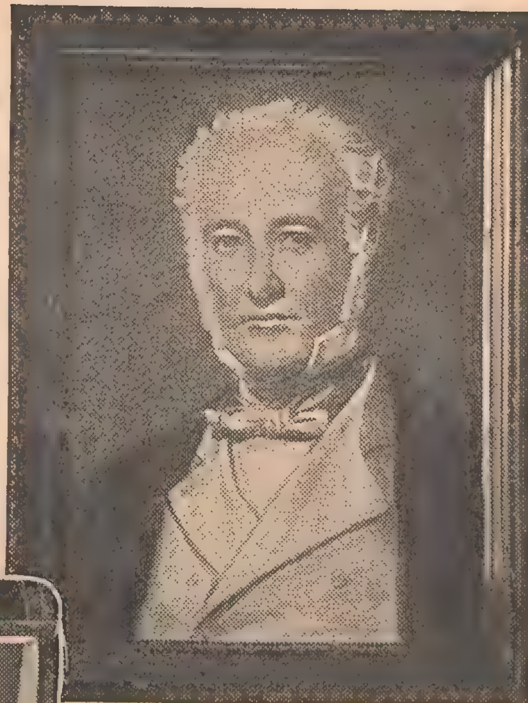
Nacional se guarda uno más grandes del mundo

que manejaron hasta hoy la cosa pública, se conformaran como él, en reconocimiento de sus gestiones, con el obsequio de una alhaja, una estatua de plata y un pergamino... ¡Muy poca cosa es eso hoy, como premio a su labor de haber levantado la ya desconocida deuda externa (deuda provincial de 1824, que se gastó en la guerra del Brasil); de fundar la primera empresa ferroviaria en el país (el F. C. Oeste, para el que compró la primera locomotora, "La Porteña"); de obtener con la fuerza de su gran prestigio el primer empréstito nacional, en 1866, que fué la piedra fundamental de nuestra organización económica (administración de Sarmiento); de salvar de la quiebra, diez años después, al F. C. C. Argentino, subscribiendo al gobierno, por su cuenta y riesgo, a doscientas mil libras en acciones; de fundar fuertes industrias, como ser el saladero "Santa Elena", de Entre Ríos (hoy Kemmerich), y, de una manera global, de conducir con el aplauso de sus amigos y enemigos la economía nacional durante casi treinta años, como voz y control desde la banca de la legislatura o como ministro de Hacienda en sus respectivos ministerios con Obligado, Valentín Alsina, Derqui, Mitre y Avellaneda.

La vida pública de de la Riestra comienza como puede deducirse de un parte policial de la época, que dice así:

"Viva la Santa Federación. Mueran los salvajes unitarios." "He recibido al preso Norberto Riestra. — Enero, 15-1841. — Nicolás Mariño."

Salido de la cárcel emigra a Londres, de donde regresa nueve años después al frente de la casa bancaria Nicholson Green, y poco tiempo después se incorpora a la vida política como diputado a la legislatura de Buenos Aires en 1852, donde empieza el ciclo de su gestión pública tan brillante como sabia e intensa, ciclo que ciera en 1876, aceptando, a requerimiento de Avellaneda, el ministerio de Hacienda en el gobierno de sus enemigos, "como el médico en el campo de batalla, que debe ejercer su noble misión sin contenerlo los emblemas de los combatientes (Mitre, "La Nación", mayo de 1876)." Renunció al cago tres veces el 23 de agosto del mismo año, hasta que le fué aceptada su renuncia y se retiró a la vida privada, falleciendo en 1879.


Lord David Robertson, noble de gran figuración social y política en Gran Bretaña, gran amigo del ministro argentino, a quien le obsequió el valioso cofre que él usaba para guardar rapé...


De las enormes proporciones del topacio se puede tener una idea comparándolo con el cofre, que tiene unos veinte centímetros de largo.


El director del Museo Histórico Nacional, doctor Federico Santa Coloma, contempla el cofre que ahora tiene a su custodia en aquella dependencia.

El talento y la obra de Riestra no escapaba al juicio y la admiración de sus mismos enemigos políticos. Uno de ellos y de gran talla, Alberdi, escribía a don Gervasio de Posadas comentando el proyecto de presupuesto cuyo rechazo en el Congreso había motivado la renuncia del ministro de Avellaneda, decía: "Desde el primer momento juzgué ese trabajo como un laurel para el gobierno actual, pues por su forma y fondo, por su tono y carácter, era lo más bello que había visto salir de nuestro gobierno en muchos años. Y ya sabe usted que nunca hemos sido de un partido político con el señor Riestra. Si usted le trata, le rogaría hacérmele una visita de respeto simpático de mi parte."

De él decía Mitre en una sesión de la Cámara de Diputados, refiriéndose al empréstito, que Riestra "obtuvo debido a su crédito personal", que "él es el restaurador, el verdadero fundador de nuestro crédito en el exterior. Sin él, no lo tendríamos hoy. Eso no se puede estimar en dinero. No habría sumas con que pagarlo." Y en 1862 le rechazaba la renuncia del ministerio por dos razones que son dos juicios definitivos: porque "como gobernante necesito de usted, y el país necesita de sus servicios".

También Derqui, contra la candidatura de Vélez Sársfield, opina de la figura de Riestra, de quien decía: "Es un hombre imprescindible en mi administración; sus dotes, como ministro y como caballero, me inspiran completa confianza y rehuiré siempre ponerle en el gabinete el menor obstáculo que embarace la acción que debe tener para hacer el bien de que es capaz."

El juicio, pues, de sus contemporáneos y de la historia, es terminante acerca de la personalidad extraordinaria del prócer. Y su obra un monumento para la gratitud nacional.

UN TREN DE PLATA

Los príncipes de la India son renombrados por su extraordinaria riqueza y fastuosidad, aunque no se da mucho el caso de modernizar las joyas como lo ha hecho el maharajá de Gualior. En el palacio real de este potentado existe un tren miniatura labrado en plata y operado eléctricamente. Su misión es recorrer la vasta mesa donde se sirven los banquetes llevando un cargamento de vinos, especies y frutas. Funciona automáticamente al levantar un plato.

SALPICON

¡IDEAS!

Hay dolores que matan; pero los hay más crueles, que nos dejan la vida sin permitirnos jamás gozar de ella.
Mme. C. FEE.

* * *

El instante en el cual tenemos mayor necesidad de ser amados, es ese en que nos sentimos menos amables.
P. GERALDY.

* * *

El amor se parece a la luna; cuando no crece, disminuye. SEGUR.

* * *

La justicia no es nada sin la firmeza; la firmeza puede ser un gran mal sin la justicia. DIDEROT.

* * *

La Naturaleza es el más admirable de los médicos, porque cura las tres cuartas partes de las enfermedades y porque no habla mal de sus colegas.
VICTOR CHERBULIEZ.

* * *

La primera dicha que puede dar el amor es el primer apretón de manos de la mujer amada. STENDHAL.

LA OCASION

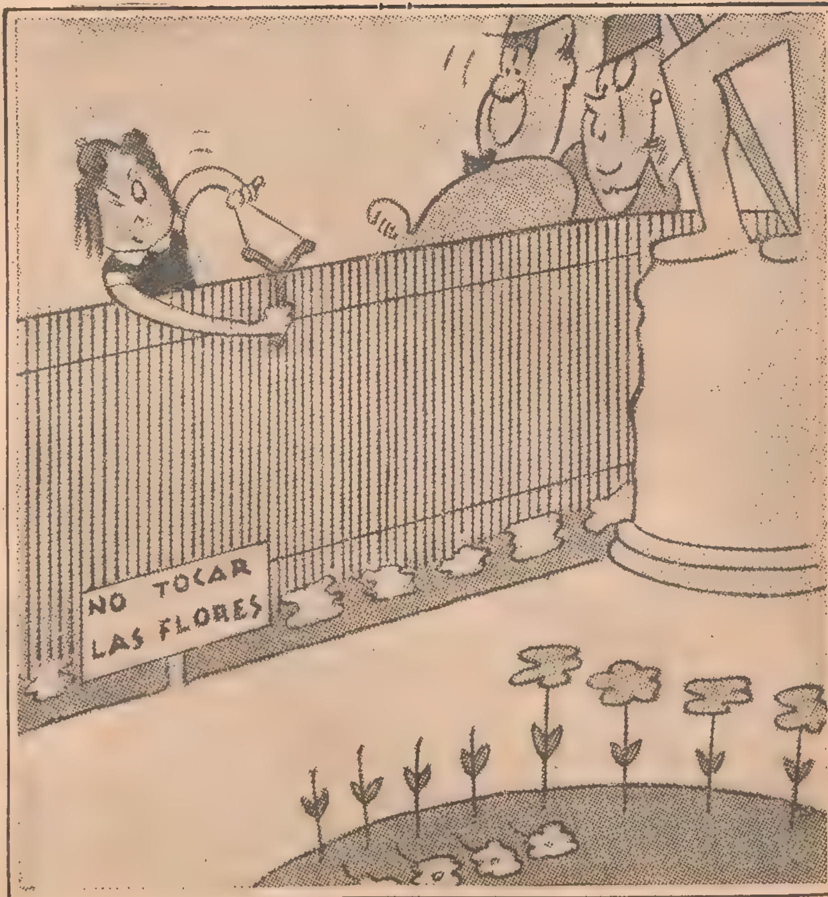
—¿Quién eres tú, que llevas en los pies esas ligeras alas?

—Soy la Ocasión, y voy sobre una rueda, recorriendo en veloz carrera el Universo. Para que nadie me conozca llevo el rostro cubierto con mis cabellos. Todos me miran con curioso afán.

—¿Y quién es ése, que te acompaña, sombrío y medroso?

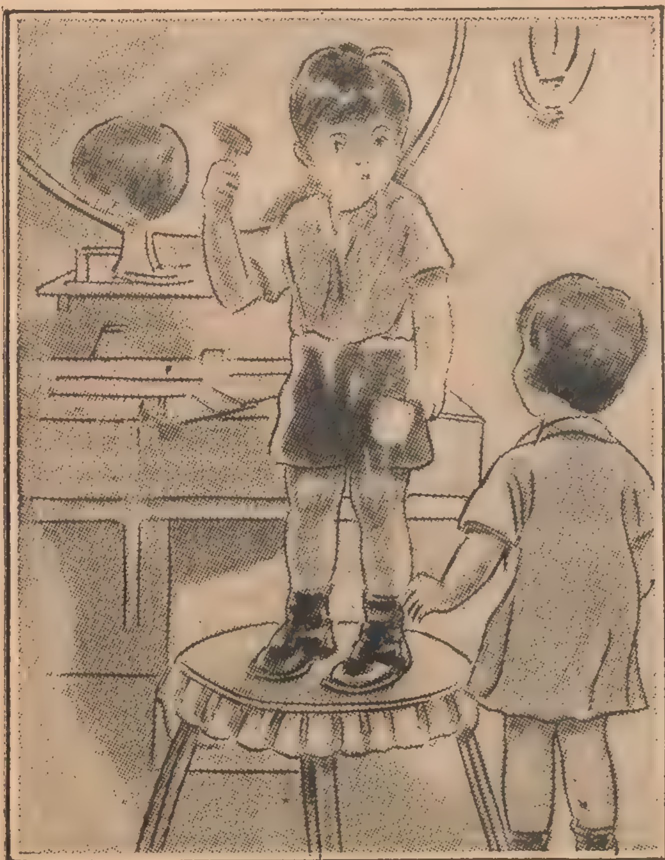
—Es el Dolor, que visita siempre al que no sabe aprovechar mi poderosa ayuda. Y tú mismo, por hacer preguntas inútiles, estás perdiendo un tiempo precioso. Teniéndome al alcance de tu mano, en lugar de sujetarme, te entretienes con vanas palabras, y ya no volverás a encontrarme jamás.

MAQUIAVELO.



¡LULU!

Por MARGE (De Nueva York)



El niño. — ¡Ay, Juanita! ¡Qué suerte has tenido tú de no nacer hombre!

(De "Lustige Blatter", Berlin.)

ULTRAMINUCIAS

Hay algo de telegrama cifrado que decepciona a los transeúntes, en la sonrisa con que, desde la calle, se despide un hombre de la mujer que está en el balcón.

* * *

A los militares que llevan el pecho empedrado de condecoraciones debíamos llamarlos: "Valores declarados".

* * *

Era tan fea y tan antipática la señora que anoche, a las diez, venía frente a mí en el tranvía, que me indignaba la idea de que, a lo mejor, estuvieran ya intranquilos en su casa.

* * *

Cuando uno se despierta en las altas horas de la noche, sintiendo una aguda punzada en el pecho, se pregunta alarmado si aquel dolor trae el penoso encargo de advertirnos que "ha llegado la hora", como el funcionario que despierta al reo en la madrugada de su ejecución.

RAMIRO MERINO.

De ANGEL GANIVET

La esencia del verdadero arte se afirma con más fuerza cuando subsiste en las ruinas de la obra y se agarra desesperadamente al último sillar en que formó parte del monumento; a la última estrofa, mutilada, que se salvó al perecer el poema; a un pedazo de lienzo que se libró al destruírse el cuadro. ¡Cuán diferente el arte de nuestros días, arte de coleccionistas y de baratilleros! ¿Veis ese palacio que dicen es un prodigio de arte? Sacad de él los tapices, los bronces y los cuadros; levantad cuatro tabiques, y tendréis una casa de huéspedes.

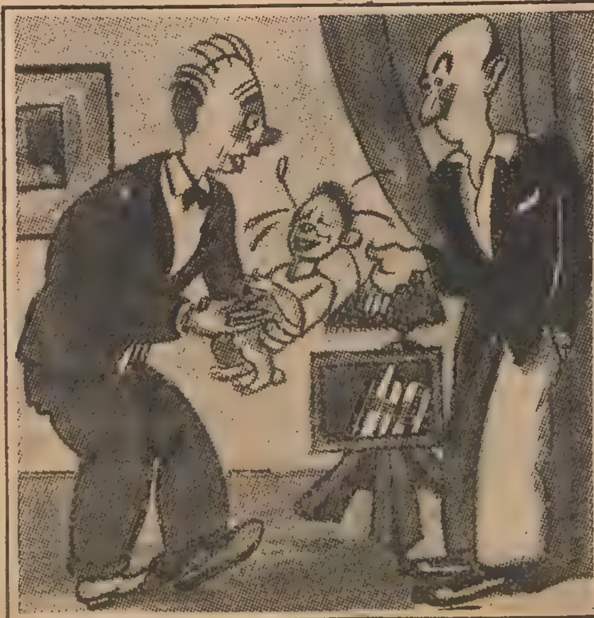
RELIQUIAS

De aquel amor guardo simpre,
como reliquia sagrada,
una rosa y un recuerdo,
un suspiro y una lágrima.
(Caprichos de mi ternura,
guardo lo que nadie guarda.)

* * *

Oyeme: duerme la rosa
de un libro en las hojas pálidas;
la contemplo, y de tu imagen
nace el recuerdo en mi alma,
y del recuerdo, el suspiro,
y del suspiro, la lágrima.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.



—¿No ha probado usted de cantarle algo cuando grita así, para que descansen los vecinos?
—Sí; pero verá usted. Los vecinos prefieren que grite el nene. ("De "Estampa", Madrid.)

ANECDOTARIO

Cuéntase que un día el autor de "Cavalleria Rusticana", trabajando en su escritorio, ayó que en la calle un organillero ejecutaba bastante defectuosamente un aria de la mencionada ópera. Indignado el artista, descendió rápidamente las escaleras, e increpando al músico ambulante, le dijo:

—Eso no se toca así. — Y empuñando el organillo ejecutó el pasaje.

Al día siguiente volvió a oír el mismo organillero que ejecutaba el trozo, ya corregido.

Por curiosidad, el músico asomóse al balcón y vió que en el organillo había un cartelito que decía: "Discípulo de Mascagni."

* * *

Luis XIV, jugando al "tric-trac", dió un día un golpe errado, y a pesar de esto pretendía haber ganado.

Los adversarios no querían darle el partido ganado y se acaloraban en demostrarle que había perdido. Los cortesanos callaban, y el asunto parecía volverse serio. Ya la discusión se agriaba, cuando llegó el conde de Grammont. Apenas Luis XIV lo vió, se calmó y le dijo:

—Venid aquí, conde, y juzgad vos quién tiene razón.

—Sire, vos no la tenéis.

—¿Cómo podéis decir que no la tengo, si todavía no sabéis de qué se trata?

—Sire, debéis comprender que, si hubiera una sola sombra de duda sobre el asunto, estos señores os habrían ya dado la razón.

* * *

Le preguntaban a don Santiago Ramón y Cajal si era muy difícil llegar a sabio.

—Muy difícil, muy difícil...; sobre todo por los detalles.

—¿Los detalles?

—Sí. El saber olvidar el sombrero..., mojar la pluma por el cabo..., meter el puro en la taza del café... En fin, muy difícil, muy difícil. Porque no se puede estar en todo.

LA GRAN VIDA

Por JOSE M. BRAÑA

DESPUES de treinta y cinco años de trabajo, treinta y cinco años en los que no había disfrutado de otra cosa que de una excelente salud, Hipólito Nazarín había cedido a las exigencias de sus superiores y se había retirado a vivir de sus rentas, no muy abundantes, y a gozar de la vida dentro del marco de sus posibilidades.

Tacaño por naturaleza, se le hizo duro pensar que al llegar fin de mes ya no tendría que pasar por la caja de La Chinche de Oro para recibir el sobre con el sueldo; y se le hizo más duro aún saber que, además de no ganar un solo centavo, tenía que gastar más que antes por el hecho de que, como todos decían, debía darse una gran vida.

Hipólito Nazarín no conocía nada: ni museos, ni cafés, ni teatros, ni recordaba haber viajado en tren desde hacía treinta años. Durante los primeros días deambuló por las calles, parándose en todas las vidrieras y aburriéndose de lo lindo. Cada vez que se sentía tentado de entrar en alguna parte, o de comprar algo, se apretaba el bolsillo, y se decía:

—¡No, Hipólito! ¡Ten juicio! La plata es para guardar y no para tirar.

Sin embargo, una tarde, al pasar frente a un teatro en cuyo vestíbulo sonaba insistentemente una campanilla, cayó en la tentación de entrar. Los dos pesos que le cobraron por la entrada le ahogaron el buen humor. ¡Era un robo, una explotación! En vano los artistas hicieron payasadas y dijeron chistes. El espíritu de Hipólito Nazarín no estaba para risas. Y así fué cómo juró muy sinceramente no volver a poner los pies en el teatro.

Y tornó a deambular por las calles, cada vez más aburrido. Si por un momento se olvidaba de que era un gran tacaño, le bastaba meter la mano en el bolsillo para recordarlo. No obstante, el diablo, que se proponía tentarle, debía vencer alguna vez. Su segunda victoria la obtuvo en el Once. Al ver el monumental edificio de la estación, Hipólito se dió una palmada en la frente.

—¡Zape! — se dijo. — No había caído en que podría dar un paseo en tren. Entró en la estación y se dirigió a la boletería.

—Déme un boleto de segunda para..., para Chascomús.

—Este ferrocarril no va a Chascomús — le repuso el boletero.

—¡Qué lástima! Porque resulta que yo tengo un pariente en ese pueblo. ¿Y adónde va el primer tren que sale?

—Hasta Luján.

—Pues déme un boleto hasta ahí.

A regañadientes pagó Hipólito Nazarín los dos pesos con ochenta que le cobraron por el boleto. Pasó al andén y se ubicó, lo más cómodamente posible, en un coche de segunda. Al cabo de una hora y media, todo cubierto de polvo y con la boca reseca, descendió en la estación de Luján.

—¿Y qué hago yo aquí? — se preguntó, parado en el andén y mirando a todos lados. — No conozco nada ni a nadie. ¡Si fuera Chascomús!... — Y se decidió a regresar.

A punto de tomar un tren descendente, se puso del color de las aceitunas.

—¡Tengo que sacar otro boleto!... ¡Otros dos pesos con ochenta tirados a la calle! ¡Pues sí que es bonito paseo el mío!

Tuvo deseos de volverse a pie; pero le dió miedo. ¡Ah, pero lo que era el tren no le sacaba un centavo más!

A pesar de sus desventuras de ese día, a la mañana siguiente se levantó optimista, con una gran ansiedad de dar un paseo en auto. Se vistió a la carrera y salió a la calle, dispuesto a detener al primer taxi libre que acertara a pasar. Pero el primero no le gustó, ni el segundo. "Ya que se trata de dar un paseo, que sea lo más cómodamente posible", se dijo. Por fin media hora después consiguió ubicarse dentro de un coche flamante.

—¿Adónde vamos? — preguntó el chófer.

—Adonde usted quiera. Sólo deseo pasear un rato.

Empezó el auto a dar vueltas por las calles sombrías de los alrededores. Se deslizaba tan suavemente que el bueno de Hipólito Nazarín acabó por dormirse como un angelito. Cuando, a raíz de un barquinazo, abrió los ojos, pegó un salto de espanto. "¡Me he dormido!", se dijo. Clavó la vista en el taxímetro, y no se desmayó por temor a que le robaran la cartera. ¡El endemoniado aparato marcaba ocho pesos con treinta!

Hizo detener el vehículo, pagó el precio del viaje, y se largó. Una hora después de marcharse el taxi aún permanecía Hipólito Nazarín plantado en el borde de la acera. Parecía como idiotizado. El vigilante de la esquina se acercó a él y lo sacó de su abstracción, diciéndole:

—Si espera el tranvía está perdiendo un tiempo precioso, porque no pasa ninguno por esta calle.



—¿Y qué hago yo aquí? — se preguntó, parado en el andén y mirando a todos lados.

Sus amigos, al encontrarse con él, le preguntaban si se divertía. A tal pregunta, Hipólito respondía con un tono que parecía profundamente sincero:

—¡Ya lo creo! Me divierto mucho..., demasiado..., tanto que estoy arruinándome.

Más despierta cada vez su tacañería, acabó por renunciar a salir de su casa, para no verse obligado a gastar.

—¡Es una injusticia! — se decía. — ¡Todo cuesta un ojo de la cara! No le dan a uno gratis ni un alfiler. Y así no se puede vivir. Decididamente, no tendré más remedio que volver al trabajo. En La Chinche de Oro, donde he vegetado estos últimos treinta y cinco años de mi vida, no serán tan ingratos que me nieguen un modesto empleo.

Pero, contra lo que se esperaba, se lo negaron.

—Es usted ya muy viejo, señor Nazarín. Nosotros queremos gente joven, animosa, fuerte...

—Pero...

—Es usted muy viejo, le digo. A su edad, y sobre todo teniendo ahorros, no debe pensarse en volver a la esclavitud. Disfrute de sus últimos años, no sea tonto. ¡Adiós!

Y como en todas partes le corrieran con la misma cantilena, acabó por comprender que no hay nada más triste que llegar a viejo.

¿Qué hacer? El pobre Nazarín parecía un derrotado. Seguía rodando por las calles haciendo esfuerzos por engañar la imaginación y la vista. No tenía adónde ir: los museos, el jardín zoológico, el puerto, carecían de incentivos para su curiosidad; por el hecho de ser "cosas gratis", no le atraían; de haber sido cosas caras, onerosas para su bolsillo, entonces sería otra cosa. Y el caso era que no podía seguir así, que iba a volverse neurasténico, loco, idiota... En la pensión donde vivía empezaron a temer por su salud, viéndole cada vez más aplastado.

Así las cosas, una tarde, regresando a su casa, un hombre que repartía sobres puso uno en sus manos. Sin mayor entusiasmo abrió el sobre, y extrajo de él un volante y un cartoncito. Aquel era un aviso de un remate de terrenos en Burzaco; en cuanto al cartoncito, con gran satisfacción de su parte, vió que se trataba de un boleto para viajar gratis el día de la subasta.

—¡Ah! — se dijo entonces, readquiriendo su cutis el color salmón de sus mejores días. — Ahora recuerdo que es corriente que los rematadores pongan trenes gratis cada vez que realizan una venta de tierras fuera de la capital. ¡Ya tengo paseo para los domingos!

En efecto, el domingo siguiente, que era el del remate, gozó como nunca dándose un paseo gratis hasta Burzaco.

Pero esta chiripa no vino sola. Al otro día, al pasar por frente a una casa a cuya puerta había una carroza fúnebre y un coche de acompañamiento, un hombre lo detuvo.

—Señor, ¿lleva usted mucho apuro?

—Ninguno — fué su respuesta.

—Entonces, ¿quiere tener la bondad de acompañarnos hasta la Chacarita? Porque resulta que el muerto no tiene parientes ni amigos y nos hace falta una persona para que nos ayude a transportar el féretro.

Ese día, después de un excelente paseo hasta la Chacarita, Nazarín cayó en la cuenta de que en lo sucesivo podía pasearse gratis en coche con sólo leer los avisos fúnebres de los diarios y concurrir al entierro más cercano.

Diríase que la suerte se proponía sonreírle. A la tarde siguiente, al pasar por junto al teatro de la Revolución, un ente grotesco puso en su mano un cartoncito, diciéndole al oído:

—Sírvase, señor. Es una contraseña de clac. Con ella puede usted entrar gratis esta noche al teatro. Se va a divertir mucho. Le ruego que no falte.

A partir de entonces todos sus amigos se sorprendían que ya no tuviera el aire huraño y taciturno de los días precedentes. Realmente, parecía sentirse satisfechísimo de la vida.

Mientras tanto, el gerente de La Chinche de Oro vivía presa de los remordimientos por no haber accedido a readmitir a aquel viejo servidor cuyas rentas pronto tocarían a su fin. Esto lo movió a enviarle una atenta carta instándole a que se presentara en los escritorios de la empresa, en donde se le tenía reservado un lugarcito. E Hipólito Nazarín se contestó, poseído del más legítimo de los orgullos:

"Le agradezco mucho su atención, señor Lebrijo, pero ya no necesito su empleo. Conforme a sus insinuaciones, estoy disfrutando grandemente de la vida.

Cartas de un argentino que se enoja

El banco y los agricultores

Señor Director:

"El directorio del Banco de la Nación — según leo en los diarios, — informa que, con el propósito de dar a los préstamos especiales de carácter agrario la aplicación más amplia y racional posible, y a fin de evitar las dificultades derivadas de la falta de asesoramiento técnico adecuado, solicitó del Ministerio de Agricultura la colaboración que puedan prestarle en ese sentido las diversas dependencias afines a las industrias agropecuarias." Procede con exacto sentido de sus funciones la institución de crédito cuando trata de asesorarse sobre nuestras actividades rurales. El Banco de la Nación y el Ministerio de Agricultura son dos instituciones oficiales que necesitan para el normal desempeño de sus actividades una vinculación constante.

La han tenido hasta ahora esa vinculación, pero nada se perderá con que cada vez sea más estrecha. Los gerentes del Banco de la Nación de las sucursales de la campaña, para llenar conscientemente su cometido, necesitan informarse sobre las industrias correspondientes a la zona de influencia de su respectiva sucursal. Sobre ellos recae la responsabilidad de los créditos. Esto los obliga a cerciorarse detenidamente acerca de cada uno de los solicitantes. No se trata allí de conceder o denegar un pedido de crédito, como se hace en la metrópoli, teniendo en cuenta nada más que la solvencia real del cliente, fundada en propiedades, títulos, etc. En el campo se considera en cierto modo la solvencia potencial del agricultor: extensión y estado de sus sementeras, que permiten calcular el producto de la próxima cosecha; forma de trabajar el campo y de utilizar el crédito, etc., etc.

El buen gerente de sucursales — y sobran en el Banco de la Nación los buenos gerentes, — no acuerda o niega las solicitudes de crédito sin otros antecedentes que la declaración de bienes escrita en el formulario; conoce personalmente al cliente, cuya chacra, por lo general, ha visitado más de una vez, informándose "como quien no quiere la cosa" de las actividades que allí se realizan, de las perspectivas, de las existencias, etc. Al adoptar su resolución toma en cuenta todos estos antecedentes. Merced a tal manera de proceder, el banco, sin descuidar sus intereses, llega a convertirse en un eficaz estímulo de los buenos trabajadores rurales, con lo que indiscutiblemente cumple los propósitos auténticos de una institución de crédito oficial.

Ese contacto perenne con los agricultores hace que los gerentes, poco a poco, se vayan interiorizando con las actividades rurales y adquieran empíricamente una versación cabal. Estoy seguro que muchas de las cuestiones agropecuarias que el directorio del Banco de la Nación aspira a conocer por intermedio del Ministerio de Agricultura, podrían ser satisfechas con sólo realizar una encuesta entre los gerentes de las sucursales del interior. Con lo que, no quiero decir que el asesoramiento requerido no sea oportuno, sobre todo por cuanto "deberá concretarse a la parte técnica y estadística". Pero no sólo constituyen los gerentes eficaces elementos de información para la casa central, sino también para el Ministerio de Agricultura, que no ha sabido hasta ahora aprovecharlos convenientemente.

He hablado alguna vez aquí de la necesidad de vincular más íntimamente las oficinas técnicas del Ministerio de Agricultura con los trabajadores del campo. El divorcio actual es perjudicial para los intereses de éstos, a la par que crea dificultades a las funciones de aquél. El ministerio necesita continuamente ir regulando las actividades agrarias para armonizarlas en lo posible con los requerimientos de los mercados. Conviene sembrar más o sembrar menos determinado cereal, adoptar la variedad de semilla tal y el procedimiento de cultivo cual. ¿Cómo se les hacen llegar continuamente estas sugestiones a los agrarios? Por otra parte, el ministerio necesita, a su vez, estar prolijamente informado acerca de lo que ocurre en el campo. Sus empleados, aun contando los de la Defensa Agrícola, que no se distinguen por su eficacia, resultan insuficientes para esta tarea.

Se me ocurre que la única forma práctica de conectar a los agricultores con el ministerio es utilizando las sucursales del Banco de la Nación. Hace años se hizo un interesante ensayo en este sentido, que permitió anticipar los buenos resultados que se lograrían con la iniciativa. Se solicitó a los gerentes de sucursales una lista de los agricultores más inteligentes y aplicados a su labor, con el propósito de convertir a tales agricultores en algo así como corresponsales del ministerio. Se les pedía tanto que ensayaran determinada semilla, y que comunicaran luego el resultado, como que difundieran un nuevo cultivo, practicándolo cerca de los alambrados con grandes carteles alusivos. La experiencia podría repetirse y ampliarse, en forma que la vinculación lograda circunstancialmente se hiciese permanente y efectiva. La sugestión no podrá caer en el vacío cuando el mismo directorio del Banco de la Nación acaba de reconocer, con su providencia reciente, la necesidad de informarse técnicamente en el Ministerio de Agricultura.

Argentino D. Veras

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60, Caballito 1020 - 29



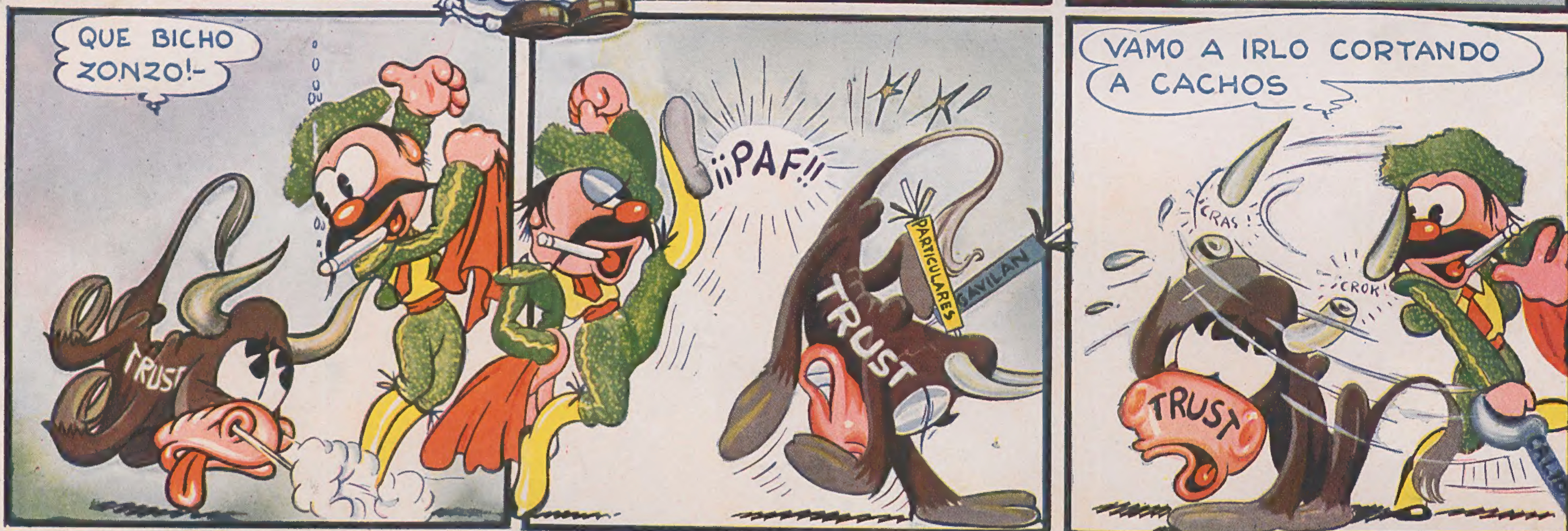


JOAN MARSH

sonriente y delicada estrella que cuenta, entre sus muchos triunfos, un famoso campeonato de belleza.









Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., s. a.